

HQN™



Carlota

en las



alturas

¿Qué hacer cuando tu vida perfecta se rompe?



MERCEDES ALONSO



MERCEDES ALONSO

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2015 Mercedes Alonso
© 2015 Harlequin Ibérica, S.A.
Carlota en las alturas, n.º 56 - enero 2015

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-687-6116-9

Editor responsable: Luis Pagni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

Capítulo 26

Epílogo

Publicidad

Capítulo 1

Adoro las novelas románticas. Durante toda mi vida he querido ser una de esas bellas heroínas de novela rosa que al final siempre consiguen su final feliz.

En contra de la opinión de muchos de mis amigos, que piensan que son poco serias y que leer una novela romántica es una secuela del trauma que me provocó leer cuentos como la Cenicienta cuando era pequeña, no puedo evitar devorarlas.

Quizá ellos tengan razón. Sé que no es lo mismo leer novelas románticas que a Keynes o a Platón (aunque he de decir que como lectora compulsiva que soy también lo hago), pero es una forma de desconectar de todo y relajarme que funciona. Así que en contra de todos, seguiré haciéndolo.

Mi heroína de novela rosa es una guapa mujer de pelo largo y sedoso, unas veces rubia, otras, morena o pelirroja, tiene unos preciosos ojos que cambian de color con la luz, su piel es perfecta, lisa y suave y es la elegancia personificada. Ella sigue siendo perfecta aún recién levantada o tras una larga noche de juerga y alcohol. Y en este último caso ni siquiera le huele mal el aliento por la mañana. Es inteligente, simpática, amable y un dechado de virtudes imposibles de enumerar una por una y aunque no siempre le ha ido bien en la vida, al final todos sus problemas se resuelven y alcanza la felicidad completa.

Y qué puedo decir de su enamorado... Alto, fuerte, de anchos hombros y asombrosos músculos. Rubio o moreno, no importa, de preciosos y profundos ojos color verde o azul. Mandíbula fuerte, nariz perfecta, dientes blancos y maravillosa sonrisa. Además es inmensamente rico y la ama, a ella, a esa perfecta mujer, hasta el fin de los días.

Como puedes suponer no tengo nada en común con ella. Soy demasiado alta, demasiado delgada, demasiado pelirroja y mis ojos son demasiado

castaños y grandes, tanto como mis labios, que casi todo el mundo piensa que son operados. Y por supuesto, no soy la elegancia personificada. Mi pelo largo y rizado se encrespa con facilidad, si no duermo bien las ojeras me llegan a los tobillos y mi presupuesto para ropa no da para Chanel, Prada o Versace, sino más bien para Mango, Zara y H&M. Y lo más importante: no hay nadie locamente enamorado de mí. Es más, mi novio acaba de dejarme por mi mejor amiga, América. Todo un clásico, lo sé. Pero cuando se repartió la originalidad en el mundo yo no estaba presente.

Así que estoy soltera de nuevo, mi cuenta corriente está en números rojos porque mi ex se niega a pagar su parte de la hipoteca y también su carísimo televisor Bang&Olufsen, aunque no ha dudado en llevárselo adonde quiera que viva ahora. Por si fuese poco, tengo que escuchar a todas horas a mi madre decir que lo veía venir, que ya me había advertido una y mil veces que Hugo no era trigo limpio y que cualquiera día me la jugaría y me dejaría plantada.

¿Que si yo lo veía venir?

Sinceramente no. Bueno, es cierto que yo cedía mucho más que él. Cedí al comprarnos un carísimo ático en lugar de un pisito en un barrio más asequible, cedí muchas veces al elegir el lugar en el que pasar nuestras vacaciones y también dejé un poco abandonadas a mis amigas de toda la vida porque él las consideraba vulgares.

Pero nos iba bien. Eso creía yo. Nos divertíamos mucho, teníamos buen sexo y casi nunca peleábamos.

¿Cómo podía imaginar que todo acabaría de la noche a la mañana sin previo aviso? ¿Cómo imaginar siquiera que Hugo me dejaría por mi mejor amiga, a la que él consideraba una choni de barrio? ¿Cómo imaginar que América me traicionaría de ese modo después de toda una vida de amistad?

A mi heroína de novela rosa nunca le hubiese sucedido algo así, porque acto seguido su príncipe azul habría aparecido junto a ella y se habrían enamorado con tan solo una mirada. Pero aquí me tienes, sola, hasta arriba de deudas y sin saber cómo salir de este lío.

Capítulo 2

Camino por la Gran Vía bajo el sol de un caluroso día de julio a las tres de la tarde. No sé por qué he tomado este camino y no otro. Pero poco importa. Acaban de despedirme después de siete años de duro trabajo con una palmadita en la espalda y una indemnización de tan solo veinte días.

No me han dado muchas explicaciones. Tan solo me han dicho que las cosas no van bien y que aunque lo lamentan mucho, así es la vida.

Creo que voy a desmayarme en cualquier momento. Pero seguramente si me caigo redonda en plena Gran Vía nadie me ayudará. Probablemente la gente pensará que estoy borracha o drogada y, por supuesto, no aparecerá milagrosamente un medico alto y guapo que se enamorará de mí a primera vista y me rescatará de mi cruel destino. No. Eso le pasaría a mi querida heroína, pero no a mí. Su enamorado aparecería para salvarla de cualquier contratiempo ya fuese en un bonito corcel blanco, un moderno Porsche o un clásico Roll Royce.

No sé cómo, llego a casa y me tumbo directamente en el sillón de piel que Hugo y yo compramos hace tan solo seis meses. Da un calor horroroso y al cabo de un rato siento que mi piel y la del sillón son una misma cosa. Pero no me importa porque tengo cosas más urgentes en las que pensar.

Estoy sin trabajo y mi cuenta corriente hace tiempo que no levanta cabeza. En el trabajo solo me han dado veinte días de indemnización por año trabajado y aunque creo que demandándoles podría conseguir una cantidad mayor, no puedo gastarme ese dinero en un abogado. Y estoy segura de que con esta terrible crisis por la que atraviesa el país no conseguiré trabajo en mucho tiempo y si lo logro será un trabajo mal remunerado y por tanto insuficiente para pagar mis enormes deudas.

Hace tan solo dos meses creía ser feliz. Tenía un buen puesto de trabajo, un guapísimo novio con el que me lo pasaba en grande la mayor parte del

tiempo y un ático idílico que era la envidia de todos nuestros amigos.

Me sentía como la reina del baile. Sin embargo, ahora, dos meses después, mi reinado se ha acabado y no tengo fuerzas para seguir adelante.

Lloro durante un rato, durante un día, y otro día y otro más, hasta que pierdo la noción del tiempo. El sillón de piel y yo somos una misma piel. Si sudo, suda conmigo y si lloro me acompaña en mi llanto.

No me ducho, apenas como y duermo casi todo el tiempo.

Sé que esto no puede durar eternamente. Pero no sé como comenzar de nuevo.

Capítulo 3

—Charlotte, toc-toc-toc, Charlotte, toc-toc-toc, Charlotte, toc-toc-toc.

El que grita al otro lado de la puerta intercalando mi nombre en inglés con unos horrorosos golpes en la puerta es mi vecino Lolo.

Lolo es un buen hombre, siempre está ahí cuando le necesito, pero tiene un enorme defecto. Es un absoluto fan de la serie *The Big Bang Theory* y está completamente enamorado de su protagonista, Sheldon Cooper, un genio con asperger que tiene la horrible manía de llamar a su vecina Penny golpeando la puerta mientras intercala su nombre entre golpe y golpe.

No sé por qué no utiliza el timbre, ni por qué demonios imita al personaje de una serie de televisión aunque sabe que me pone de los nervios.

Dudo entre abrirle o colocarme un cojín sobre la cabeza e ignorarle, pero si hago esto último utilizará la llave de mi casa que le di cuando Hugo se marchó.

—Charlotte, toc-toc-toc, Charlotte, toc-toc-toc, Charlotte, toc-toc-toc.

Si sigue golpeando la puerta no solo me volverá loca, además conseguirá que todos los vecinos salgan de sus casas para ver qué está pasando.

—¡Ya voy! —grito mientras intento levantarme, algo complicado después de pasarme varios días sin apenas moverme del sillón, que se ha pegado a mi piel como una banda de cera fría y se niega a soltarme.

Cuando logro ponerme en pie, no sin antes pelearme un rato con el sillón y dejándome la piel en él, corro a abrir la puerta antes de que algún vecino llame a la policía.

Lolo aparece ante mí perfectamente vestido y peinado, como siempre. Es un guapísimo hombre de treinta y cinco años que se dedica al mundo de la moda y siempre va a la última.

—Hola, Lolo —le saludo llevándome la mano a la cabeza e intentando peinarlo con los dedos. Algo que me resulta del todo imposible después de varios días sudando sobre un sillón de piel a 40° C.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado? —me pregunta dando una vuelta a mi alrededor—. Tu pelo parece un estropajo de aluminio después de lavar una paellera para doscientos comensales.

—Muchas gracias —respondo mientras vuelvo al salón para volver a fundirme con mi querido sillón.

—Tienes un aspecto horrible —dice tras de mí.

—El tuyo en cambio es inmejorable —le miro de arriba abajo. Esta guapísimo con sus vaqueros azules y una camiseta blanca que marca sus bíceps, tríceps y demás músculos del cuerpo, y que probablemente serán de alguna carísima marca o diseñador. Además, huele genial y su pelo está perfecto, como si acabara de salir de una sesión de peluquería.

—¿Te gustan mis pantalones? ¿No crees que me hacen el culo un poco respingón? —y da la vuelta sobre sí mismo dejando su culo a la altura de mi cara.

—Te quedan como un guante —y aunque no lo digo, pienso que sería capaz de comerme ese culo y el resto del cuerpo que lo acompaña. Es una lástima que Lolo sea gay porque el sería el hombre perfecto para mí.

—Y ahora cuéntame qué te pasa —se sienta a mi lado y arruga la nariz con un gesto de repugnancia—. Nena, perdona que te lo diga, pero creo que alguien necesita una ducha

—Me han echado del trabajo —digo ignorando su último comentario y notando cómo las lágrimas vuelven a anegar mis ojos. Lolo no sabe nada aún porque estos últimos días ha estado de viaje.

—¿Cómo dices?

—El martes... me... me echaron del trabajo el martes —intento ahogar los sollozos, pero me resulta imposible y me pongo a llorar a moco tendido.

—Ven aquí —tira de mí y a pesar de mi mal olor me abraza con fuerza.

Me dejo llevar. Me relajo entre sus brazos y dejo que las lágrimas resbalen por mi cara libremente empapando su camiseta recién lavada y planchada.

Su abrazo me reconforta y llorar en su hombro es mucho más efectivo que los litros de lágrimas que he vertido en soledad en los últimos días.

—Lo siento, te he mojado la camiseta —me disculpo.

—No importa, nena, no pensaba ir a ninguna parte —y me limpia las lágrimas con sus manos en un gesto muy dulce.

—Tengo una pinta terrible —le digo intentando esbozar una sonrisa.

—Y hueles fatal —me recuerda él—. Así que ve a darte una ducha

mientras preparo algo para cenar y después me cuentas toda la historia.
Aunque estoy seguro de que tienes ese magnífico frigorífico americano vacío.

—Pero hace unos cubitos de hielo fantásticos —bromeo.

Y me voy la ducha sintiéndome mucho mejor que en todos estos días de soledad.

Capítulo 4

—Estoy bien, mamá, de verdad —intento tranquilizar a mi madre por teléfono después de contarle la pérdida de mi puesto de trabajo. Sabía que le iba afectar enormemente después de lo ocurrido con Hugo, pero se lo ha tomado peor de lo que esperaba.

—Deberías vender ese maldito piso y venirte al pueblo con nosotros —me repite por décima vez, aunque conoce perfectamente mi respuesta.

Mis padres viven en un pequeño pueblo de León, el lugar donde nacieron y que abandonaron al casarse buscando una oportunidad de progresar. Hace un par de años, tras la jubilación de mi padre y habiéndome independizado tiempo atrás, decidieron volver a vivir allí, algo que mamá no lleva del todo bien porque se preocupa demasiado por mí, que soy hija única.

—No puedo, mamá. No lo podría vender ni por la mitad de lo que le debo al banco y también es de Hugo —le recuerdo.

—¡Maldito sea!

—Cálmate, por favor. Yo estoy bien, encontraré un trabajo y saldré de esta. Además, Lolo está cuidando de mí —añado porque sé que mi madre adora a Lolo, a pesar de que solo le ha visto en tres o cuatro ocasiones.

—Dale un beso de mi parte. Pero no intentes desviar la conversación. Es necesario que hables con Hugo y esa pilingui de su novia y le digas que debe pagar su parte de la hipoteca —mi madre está muy enfadada por lo sucedido con Hugo y América y así me lo recuerda constantemente.

—Ya lo sé, pero no me coge el teléfono y no estoy segura de donde vive ahora —supongo que en casa de América, pero no se lo digo a mi madre porque sería capaz de volver del pueblo y presentarse en casa de ambos para decirles lo que piensa de ellos.

—Da igual, sabes donde trabaja, así que ve a verle al trabajo o de lo contrario iré yo y no creo que le haga mucha gracia volver a verme —

amenaza mi madre y sé que lo haría sin dudar, ya que por su hija sería capaz de darle una paliza a base de paraguazos si lo considerase necesario.

—Es una idea estupenda, mamá. Iré a su trabajo y no le quedará más remedio que escucharme si no quiere que monte un espectáculo delante de todo el mundo.

—Eso es, cariño. Y si no funciona, tu padre y yo te daremos el dinero que necesites.

—Gracias, mamá, pero creo que podré resolverlo —le digo en tono optimista, aunque ni yo misma creo en mis palabras.

Confío en ti Carlota y ya sabes que puedes contar con nosotros.

—Te quiero, mamá. Intentaré ir a veros muy pronto —le digo y noto que los ojos comienzan a picarme y amenazan con nuevas lágrimas.

—Yo también te quiero, y si no puedes venir iremos nosotros.

—Un beso.

—Un beso, Carlota, y dale otro a Lolo de mi parte.

Cuelgo el teléfono sintiéndome fatal. Ya es hora de que haga algo, me digo poniéndome en pie y dirigiéndome al baño para darme una ducha, algo que últimamente no hago con la frecuencia que sería recomendable.

Dice el refrán que «a perro flaco todo son pulgas» y no le falta razón, pero pienso acabar con todas las pulgas se llamen Hugo, América o como quieran llamarse.

Capítulo 5

Esta mañana me he levantado con energías renovadas. Estaba dispuesta a arreglar todos mis problemas, empezando por el préstamo hipotecario y acabando por encontrar un trabajo. Pero todas mis energías se han visto mermadas en cuanto el director del banco ha abierto la boca.

—Lo siento mucho, Carlota —me ha dicho con voz aflautada sin levantar la vista de los papeles que tenía sobre la mesa— pero si no quieres que el banco se quede con tu piso tienes que seguir pagando. Te recuerdo, además, que el embargo no acabaría con el problema ya que aún seguirías manteniendo una deuda con nosotros debido a que el precio de los pisos ha bajado... y bla, bla, bla, bla.

Le he mirado sin dar crédito a lo que me estaba diciendo. Ese hombrecillo no tenía nada que ver con aquel simpático director que nos concedió el préstamo hipotecario por el 110% del valor del piso, que nos animó a financiar el carísimo televisor del que Hugo estaba enamorado e incluso nos ofreció un préstamo personal para financiar las vacaciones en Tailandia.

—No he dicho que no vaya a pagar lo que debo, pero acaban de despedirme del trabajo y mi ex se niega a pagar su parte de las deudas. En esta situación es lógico que no pueda hacer frente a una cuota tan alta, así que lo único que le estoy pidiendo es que lleguemos a un acuerdo y me reduzcan las cuotas hasta que mi situación mejore.

El hombrecillo ha levantado la cabeza de los papeles y me ha mirado por primera vez. Sus ojos, normalmente amables, parecían echar chispas y he sentido la imperiosa necesidad de salir corriendo. Pero he aguantado el tipo y me he quedado allí sentada esperando alguna respuesta por su parte.

—Eso no es posible —ha dicho con voz dura, tras lo cual ha vuelto a sumergirse en sus papeles ignorándome por completo.

He comenzado a sentir un calor intenso que me subía desde el estómago y

que se ha ido extendiendo por mi pecho, ascendiendo por el cuello hasta llegar a la cabeza. De pronto he recordado una frase que como un mantra, han repetido hasta la saciedad en la televisión, la radio y los periódicos, tanto algunos periodistas, como muchos políticos y algún que otro economista iluminado de esos que tanto abundan y que vieron la crisis cuando ya nos había arrollado: «Hemos vivido por encima de nuestras posibilidades», nos dicen ahora. Como si el hecho de tener un techo bajo el que vivir fuese un lujo y no una necesidad. Reconozco mi parte de culpa en este asunto. No debería haberme dejado convencer para comprar ese ático, sino que debería haber persistido en mi idea de comprar algo más modesto. Tampoco debí ceder con el carísimo televisor de cuarenta y dos pulgadas. Y ya puestos, no deberíamos habernos ido de vacaciones a Tailandia, sino a cualquier otro destino más económico. Pero en mi defensa he de decir que ambos teníamos un trabajo fijo, un buen sueldo y nos lo podíamos permitir. Aún podríamos seguir pagando sin problemas si Hugo no me hubiese dejado y yo siguiera trabajando. Sin embargo, todo ha cambiado y no me queda más remedio que aceptarlo. Pero no a cualquier precio.

—Está bien —he dicho poniéndome en pie y en voz alta para llamar la atención del director que seguía estudiando sus papeles como si no hubiese nada más importante en el mundo—. Quédense con el maldito ático y engorden aún más su ya de por sí enorme cartera de pisos. Y no olvide que mañana puede ser usted quien se encuentre en mi situación —he continuado diciendo cada vez más animada y con un tono de voz más alto—. Son ustedes unos chorizos que siguen cobrando un sueldo gracias a los ciudadanos que tenemos que pagar los agujeros que su pésima gestión ha originado en la mayoría de las entidades financieras de este país.

Me he callado un momento para coger aire y entonces me he dado cuenta que todo el mundo estaba en silencio y tenía la vista fija en mí. Debería haber dado media vuelta y salir de allí, pero ahora que por fin había comenzado a desahogarme no pensaba quedarme a medias.

—Han engañado a la gente vendiéndoles productos tóxicos que ahora no valen nada. Han concedido préstamos hipotecarios por importes superiores al valor de unas viviendas que ahora tampoco valen nada. Así que demándenme, desahúciénme o hagan lo que quieran porque no pienso pagarles nada.

Todo estaba en silencio, hasta que alguien ha comenzado a aplaudir,

primero tímidamente y después con energía. Y uno a uno los allí presentes se han unido a ese aplauso que finalmente ha sido unánime.

Al fondo, el guardia de seguridad se ha removido incómodo y tras una señal del director ha comenzado a caminar hacia mí llevándose la mano a la porra situada en su cinturón. Una vez que ha llegado a mi altura me ha cogido por los brazos y aunque he intentado soltarme, era demasiado fuerte y no lo he conseguido.

Entonces alguien ha venido en mi ayuda cogiendo al guardia de seguridad por la espalda por sorpresa y consiguiendo que me soltara.

Finalmente mi ángel de la guarda y yo hemos sido expulsados a la calle como dos vulgares delincuentes.

—¿Estás bien? —ha preguntado mi salvador una vez en la calle.

—Supongo que sí —he respondido, aunque no era cierto ya que estaba temblando desde los pies hasta la cabeza.

—Te invito a un café —y cogiéndome de la mano prácticamente me ha arrastrado hacia una cafetería que se encontraba a pocos metros de la entidad bancaria.

Capítulo 6

Una vez dentro de la cafetería me ha hecho sentarme en una mesa mientras él iba a la barra a hacer el pedido. Entonces he podido examinarle detenidamente por primera vez.

Mi salvador no es exactamente un príncipe azul. Es alto, sí, y también delgado. Tiene el pelo un poco largo, algo revuelto y barba de varios días. Viste vaqueros y una camiseta con la leyenda *Ni un desahucio más*. Parece muy seguro de sí mismo, pero no es el apuesto caballero del que se enamoraría mi heroína de novela rosa. Tampoco parece multimillonario, ni luce un traje de Armani, ni creo que tenga un bonito Porsche rojo aparcado en la puerta.

—Aquí tienes —ha dicho poniéndome delante una taza de café con leche.

—Gracias —le digo y le miro por primera vez a los ojos.

Los suyos son de color azul y están rodeados por unas negrísimas y espesas pestañas por las que cualquier mujer mataría. Además sonrío y tiene una preciosa sonrisa de dientes blancos perfectamente alineados

—Lamento la escenita —me disculpo sintiéndome avergonzada una vez que soy consciente del lamentable espectáculo que he debido dar, gritando como una loca al director del banco y después siendo expulsada por el guardia jurado a la calle.

—Creo que has estado genial —sonrío de nuevo y no parece estar mintiendo.

—Nunca había hecho nada parecido —confieso—. Pero estoy muy enfadada y...

—Te entiendo. Hay mucha gente que como tú se siente estafada por los bancos y cajas de ahorro. Ya has visto como la gente te aplaudía.

Sus palabras me consuelan. La gente me ha aplaudido y no tengo que sentirme avergonzada por lo que he hecho, sino contenta porque me he

despachado bien a gusto con el director y por fin he hecho algo que tan solo unos días atrás no me habría atrevido a hacer.

—Supongo que estás metida en un buen lío, ¿me equivoco? —dice mi salvador sin dejar de sonreír.

—Sí, quiero decir, no, no te equivocas.

—Puedes confiar en mí. Trabajo en una ONG ayudando a personas que se encuentran en una situación similar a la tuya.

Quiero confiar en él. Tiene una mirada sincera, una bonita sonrisa y además se dedica a ayudar a personas en situación de desahucio. Supongo que puedo confiar en él y contarle lo que me sucede. Pero antes de que pueda detenerme mis palabras brotan de mis labios atropelladamente y sin apenas darme cuenta le estoy contando mi vida.

—Mi novio me dejó hace dos meses por mi mejor amiga y ahora no quiere hacerse cargo de su parte de la hipoteca y por si no fuera suficiente el martes me echaron del trabajo, así que...

—Has pensado que podías hablar con el director del banco para buscar una solución —concluye él la frase.

—Ese hombre prácticamente nos obligó a endeudarnos a punta de pistola. Bueno, no fue así literalmente, pero todo eran facilidades y buenas palabras. Ahora ni siquiera ha levantado la vista de los papeles que tenía sobre la mesa para escucharme —pensar en el director del banco y en su reciente actitud me hace sentir muy enfadada.

—Te entiendo. Hay demasiadas personas que están en tu misma situación. De hecho algunas han perdido sus casas y sus trabajos y, además, tienen hijos.

—Eso es mucho peor —me lamento—. Yo ni siquiera he incumplido un solo pago aún.

—Puedo ayudarte —dice sorprendiéndome, porque acabo de conocerle hace menos de una hora y ya me ha ayudado muchísimo—. Soy abogado y entiendo un poco de esto.

—Te lo agradezco mucho. Pero ya me has ayudado bastante y además no podría pagarte.

—Ninguna de las personas que acuden a la asociación pueden pagarme. Trabajo allí en mi tiempo libre y como el resto de los compañeros lo hacemos de forma altruista.

—Pero...

—Piénsalo y llámame —y me da una tarjeta en la que aparece su nombre, su número de teléfono y una dirección de correo electrónico.

Durante unos minutos me quedo mirando la tarjeta fijamente y después observo como mi salvador se pone en pie y se marcha.

Mi ángel de la guarda se llama Pablo y él ni si quiera sabe mi nombre.

Capítulo 7

—¡Dios mío, nena! Suena como una de esas novelas románticas que lees —es Lolo, quien ha escuchado atentamente mi historia sobre el arrebató colérico en el banco de esta mañana y mi encuentro con Pablo—. Y además es guapísimo.

—Yo no he dicho que Pablo sea guapo —me quejo.

—Claro que sí, Charlotte, tu cara habla por sí sola.

Reconozco que no está mal, aunque es un poco desaliñado para mi gusto.

—Eso tiene fácil arreglo. ¿Pero no te das cuenta? ¡Es un milagro! Y un apuesto príncipe de ojos azules con camiseta azul celeste y la leyenda *Ni un desahucio más* ha venido a salvarte.

—Solo me ha ofrecido su ayuda. Supongo que pretendía ser amable conmigo dado el estado de nervios en el que me encontraba.

—Y lo es. Un hombre amable y guapo. ¿Qué más se puede pedir? —tiene razón, no se puede pedir más, pero ahora no tengo la cabeza para más líos.

—Un príncipe azul de verdad y una bonita carroza que no se convierta en calabaza a media noche —respondo.

—No seas petarda, nena. Me encantan los hombres de aspecto desaliñado y barba de varios días. Son tan sexys...

—Ya sabes lo que opino de eso —le recuerdo. Lolo conoce bien mis gustos respecto a los hombres, aunque no parece estar en absoluto de acuerdo conmigo.

—Sí, tienes un gusto pésimo. Como Hugo, repeinados, engominados y con polos horteras de caballitos que no paran de crecer.

—Pues sí, ese es el tipo de hombre que me atrae. Además, no sé cómo puedes hablar así de la ropa de marca. Tú eres estilista y te encanta esa ropa —le reprocho.

—Lo soy, pero jamás vestiría uno de esos polos en los que bordan un

caballo cada vez más grande —se ríe de su propia gracia—. ¿Te has dado cuenta del tamaño que está alcanzando el caballo? Cualquiera día será un caballo con un polo en vez de un polo con un caballo —se ríe nuevamente.

—Eres tremendo —y aunque no estoy de humor su risa es tan contagiosa que termino partiéndome de risa yo también.

Finalmente, acabamos los dos tirados en el suelo y riendo a mandíbula batiente. Hacía tiempo que no me reía así. El estómago comienza a dolerme y estoy segura de que mañana tendré agujetas.

Cuando por fin nos tranquilizamos y el ataque de risa desaparece Lolo se pone muy serio y mirándome fijamente me dice:

—Espero que llames pronto a tus amigas.

—¿Llamar a mis amigas? —me sorprende oír a Lolo hablar de mis amigas porque, aunque sabe de su existencia, no las conoce.

—Sí, esas a las que dejaste de ver por culpa de tu engominado novio —me recuerda.

—Hace demasiado tiempo que no hablo con ellas —pensar en mis amigas me pone triste, no me he portado bien con ellas y ni siquiera les he devuelto las llamadas—. Supongo que estarán muy enfadadas.

—Al contrario, ellas quieren hablar contigo —me asegura muy serio.

—¿Cómo sabes tú eso?—pregunto intrigada.

—Tu contestador.

—¿Quieres decir que has oído los mensajes de mi contestador? —le pregunto empezando a perder la paciencia.

—Sí, algo que por lo visto tú no has hecho.

—No tienes derecho a...

—Vale, vale. Sé lo que me vas a decir y quizá tengas razón, pero estaba aquí esperándote, alguien llamo por teléfono, dejó un mensaje, sentí curiosidad y solo pretendía escucharlo. Pero una cosa llevo a otra y al final escuche todos los mensajes —me confiesa, pero no parece para nada arrepentido—. Nena, llevas días sin escuchar los mensajes, tienes el buzón de voz hasta arriba.

—¡Qué morro tienes! —estoy enfadada, o desearía estarlo, pero cuando se trata de Lolo eso es algo bastante difícil.

—Llámalas o al menos escucha los mensajes. Te animarán.

Lolo se levanta del suelo, donde aún permanecemos sentados tras el ataque de risa que nos ha hecho revolcarnos por él hace tan solo unos

minutos y se va.

Cuando me quedo sola empiezo a pensar en nuestra conversación. Sé que tiene razón, debería llamar a mis amigas y disculparme con ellas. Debería escuchar los mensajes del contestador. Algo para lo que tengo que reunir el valor suficiente.

Me levanto y me dirijo a mi dormitorio y cuando llego a la cama doy media vuelta y vuelvo al salón. Me he prometido a mí misma que voy a salir de esta y eso es lo que voy a hacer. Y creo que será mucho más fácil si puedo apoyarme en mis amigas.

Así que cojo el teléfono y me dispongo a escuchar todos esos mensajes.

Capítulo 8

El primero es de Silvia, me dice que sabe lo de Hugo y América y que espera que la llame pronto para ponernos al día y «despellejar a esa zorra».

Silvia es una persona vital y sincera que llegó a mi vida cuando ambas estudiábamos bachillerato.

Siempre dice lo que piensa, aunque a veces pueda doler, y aunque también es amiga de América, deduzco por su comentario que le ha retirado la palabra.

El siguiente es de Ana, la dulce Ana, a quien conocí mientras estudiaba en la Universidad. Al igual que Silvia quiere que la llame para ponernos al día, y aunque también lamenta lo sucedido con Hugo, no es de las que llamaría zorra a nadie.

Después me llega la voz de Bea, vecina y amiga de toda la vida junto con América, mi mejor amiga. Las tres fuimos inseparables durante mucho tiempo, hasta que yo empecé a salir con Hugo y la dejé en la estacada, llamándola cada vez menos y viéndonos solo en unas pocas ocasiones.

Bea me pregunta cómo estoy y me dice que la llame cuando quiera, sea la hora que sea, si necesito hablar.

Echo mucho de menos a mis amigas, a todas ellas.

Durante toda mi niñez y adolescencia pude contar con la amistad de Bea y América. Pasábamos juntas todo el tiempo en el colegio y después cuando salíamos de clase, quedábamos cada día en casa de una de nosotras para hacer los deberes, aunque en realidad pasábamos la mayor parte del tiempo haciendo el tonto y hablando de los chicos que nos gustaban.

Después conocí a Silvia y a pesar de su carácter arrollador e impulsivo tan contrario al mío, no pude escapar a su encanto.

Silvia se unió enseguida al grupo que ya formábamos Bea, América y yo, y las cuatro terminamos convirtiéndonos en inseparables.

Finalmente llegó Ana, a quien llamamos la Dulce, porque ella siempre tiene algo bueno que decir de los demás. De toda la gente que conocí en la universidad es la única con quien finalmente he mantenido la amistad a través de los años.

Las lágrimas se apoderan de nuevo de mis ojos. Creo que de seguir así me quedaré seca. Pero me alegro de que Lolo haya escuchado los mensajes y me lo haya contado. De lo contrario, tal vez yo jamás lo habría hecho.

«Una nueva mañana», pienso al levantarme de la cama. Una nueva mañana que tendré que aprovechar a tope dado lo rápido que pasan los días.

Mis planes para hoy incluyen llamar a mis padres y también a mis amigas.

Tras una rápida ducha y un desayuno equilibrado consistente en café, zumo de naranja natural y tostadas, cojo el teléfono dispuesta a enfrentarme a un nuevo reto.

Pero antes de marcar el número de teléfono de mis padres me detengo a pensar qué les voy a contar. En estos momentos soy una decepción para ellos. Quizá nunca lo reconocerían, pero no puedo llamarles para decir que aún estoy perdida y que no he tomado las riendas de mi vida.

Aparte de mi frustrada y frustrante visita al banco, ¿qué más podría contarles?

Aún no tengo trabajo y ni siquiera he comenzado a buscarlo. No he hablado con Hugo y sé que el único modo de hacerlo será hacerle una visita sorpresa al trabajo. Tal vez me esquive y no quiera recibirme, pero al menos debería intentarlo.

Por otro lado sigo llena de deudas, que seguirán ahí hasta que la actitud de Hugo cambie, encuentre un trabajo que me permita pagarlas o hasta que lo mande todo al carajo y me decida a cambiar todo lo que no me gusta de mi vida.

¿Y que podría contarles a mis amigas?

La respuesta es la misma. Que no tengo trabajo, ni novio ni perrito que me ladre.

Todo eso es la realidad que me envuelve. Y aunque yo lo reconozco, no estoy preparada para hacerlo ante nadie.

Antes de hacer esas llamadas tengo que hacer otras cosas y la primera de ellas tiene nombre propio: Hugo.

Pongo manos a la obra y selecciono la ropa que voy a ponerme. Me maquillo durante casi una hora, que es lo que me lleva disimular las ojeras y conseguir un look natural. Me seco el pelo y me aplico una buena cantidad de espuma para que los rizos queden esponjosos y brillantes. Por último me pongo la ropa elegida: unos vaqueros que me regaló Lolo y en los que hace una par de semanas no cabía pero que ahora se adaptan a mis curvas como una segunda piel, un top negro sin mangas con un original bordado de estilo étnico y unas sandalias negras con un tacón de vértigo, que si bien no son de diseño, dan el pega y elevan mi estatura por encima del metro ochenta.

Un último vistazo al espejo y estoy lista. Preparada para matar.

Cuando llego al edificio donde están ubicadas las oficinas en las que trabaja Hugo, estoy tan nerviosa que creo que voy a vomitar.

Hugo es el jefe de compras de una multinacional de publicidad, trabajo del que siempre se ha sentido muy orgulloso puesto que le reporta un generoso sueldo a final de mes además de prestigio.

Sin pensarlo demasiado me planto ante la recepcionista, una rubia de voluptuosas curvas y generosos labios que se parece sospechosamente a la nueva Nancy Choni, y a la que ya conozco, puesto que la he visto otras veces.

Sin embargo, Jennifer, que así se llama, no da muestras de reconocerme.

—¿En que puede ayudarla? —pregunta amablemente con una sonrisa de oreja a oreja.

—Desearía ver a Hugo Sánchez —respondo y le devuelvo la sonrisa.

—¿Tiene usted cita con él? —repregunta acrecentando mi malestar.

Sé que me ha reconocido. Hugo nos presentó hace tiempo y hemos coincidido en varias fiestas relacionadas con el trabajo de él, así que siento unos deseos casi irrefrenables de zarandearla y decirle que se deje de tonterías. Pero me contengo, respiro hondo y me muerdo la lengua.

—No... esto... no... es... es... un asunto personal —consigo decir.

—Sí, ya veo. Espere un momento —se sienta, coge el teléfono y marca un número que supongo es la extensión de Hugo. Después gira la silla dándome la espalda, por lo que no puedo oír lo que dice ni leer sus labios.

—¿Cuál es su nombre? —pregunta volviéndose de nuevo hacia mí.

—Soy Carlota.

—¿Su apellido?

—Ruiz de Nalón —respondo mientras la Nancy rubia gira de nuevo la silla y unos segundos más tarde cuelga el teléfono.

—El Sr. Sánchez está ahora mismo reunido. Déjeme su teléfono y él se pondrá en contacto con usted lo antes posible.

No sé cómo reaccionar ante la negativa de Hugo a verme. Sabía que era lo más probable, pero aun así, no tengo un plan B.

Estoy dispuesta a marcharme. Me giro hacia la puerta de salida y doy un par de pasos, pero entonces vuelvo sobre mis pasos y me planto de nuevo ante la muñequita Jennifer. Ella me mira con curiosidad, pero sin dar muestra alguna de sentirse molesta y armándome de valor le digo:

—Dígale a Hugo que hay ciertas cosas que tal vez prefiera mantener en secreto.

—Pero...

—Dígaselo —la interrumpo—. Se lo agradecerá.

Jennifer repite la misma operación de antes. Teléfono, giro de silla, colgar teléfono y... ¡sorpresa!

—El Sr. Sánchez bajará inmediatamente —me informa Jennifer

—Gracias, estaré fuera esperándole.

Capítulo 9

Salgo al exterior y respiro hondo. Jamás pensé que haría algo así. Nunca se me habría ocurrido amenazar a alguien con contar un secreto traicionando así su confianza. Pero él me ha traicionado con mi mejor amiga, se ha negado a hacer frente a sus deudas y en cierto modo es culpable de la situación en que me encuentro y que debo resolver cuanto antes.

Hugo aparece pocos minutos después. Está nervioso, porque se pasa la mano por el pelo un par de veces como intentando colocar un inexistente mechón en su sitio, un gesto que conozco muy bien y que es totalmente innecesario dado que utiliza gomina extrafuerte y hace falta algo más que una amenaza para despegarlo de su sitio.

La preocupación de Hugo está justificada, puesto que si su secreto fuese desvelado podría hacerle perder el trabajo.

Durante años Hugo se ha encargado de la negociación con los proveedores eligiéndolos en función de las comisiones que estos pudiesen proporcionarle y no del mejor precio ofertado a la empresa. Dicho de otro modo, Hugo es un ladrón, quizá de guante blanco, pero un chorizo después de todo. Si alguien en la empresa se enterase de algo así, significaría la inmediata salida de Hugo de la misma, y no precisamente por la puerta grande.

Así que supongo que hará lo que sea para ocultarlo.

—No te servirán de nada las amenazas —me dice en voz baja y señalándome de forma acusadora con el dedo—. Aunque aún no te hayas enterado no voy a volver contigo.

—No quiero volver contigo —le digo rotundamente, con una seguridad que ni yo misma puedo creer y me doy cuenta de que es cierto, no quiero volver con él, no lo haría por nada del mundo.

—Entonces, ¿a qué has venido? —parece sorprendido por mis palabras.

—He venido porque aún no hemos resuelto lo del piso y lo del televisor,

que, por cierto, estás disfrutando tú mientras que soy yo la idiota que se encarga de pagarlo.

—Si quieres que te pague el televisor lo haré. En cuanto al piso, eres tú quien vive en él, por tanto...

—Vivo en él porque no puedo marcharme y alquilar otro ya que soy yo quien se encarga de pagar la hipoteca.

—Lo pondremos a la venta —afirma.

—Eso no es posible. El precio de los pisos ha bajado y con el dinero que obtendríamos de la venta no podríamos hacer frente a la hipoteca —le explico mientras le miro fijamente a los ojos que me esquivan una y otra vez.

—Está bien, lo hablaremos tranquilamente en otro momento, ahora estoy trabajando —me mira con ojitos suplicantes y por un momento consigo engañarme y estoy dispuesta a marcharme y dejarlo estar.

—Está... está... —intento decir que está bien, que ya lo hablaremos otro día, pero esas palabras se niegan a salir de mi boca y en su lugar otras toman el relevo—. Esta situación no puede continuar. Me acaban de despedir y no puedo hacer frente a las deudas que tenemos pendientes. Además, tampoco es justo que lo haga yo sola ya que son responsabilidad de los dos.

—¿Qué quieres que haga? —pregunta elevando el tono de voz considerablemente—. Te llamo esta noche y lo hablamos.

—No te creo. Durante estos dos meses no has atendido ninguna de mis llamadas y tampoco has intentado ponerte en contacto conmigo para solucionar las cosas. ¿Por qué debería creerte ahora?

—Porque tengo tantas ganas como parece tener tú de acabar con esto y seguir adelante con mi vida —me escupe las palabras con rabia.

—Esta noche, a las nueve en el ático. Espero que aparezcas o de lo contrario prepárate para lo que te espera —le amenaza.

No espero a que responda, doy media vuelta y camino con paso firme y seguro alejándome de él tan rápido como me permiten las malditas sandalias.

Si algo he aprendido en estas últimas semanas es que no puedes confiar en nadie más que en ti misma y que si es necesario, debes utilizar todas las armas a tu alcance para defenderte.

Capítulo 10

Lolo me felicita por millonésima vez por mi charla con Hugo. Está tan emocionado que incluso se ha perdido varios capítulos de su adorada *The Big Bang Theory*, aunque no estoy segura de que se haya dado cuenta aún.

Me ha hecho repetir una y otra vez el diálogo que he mantenido con Hugo, aunque su parte favorita de la historia es la descripción de la Nancy rubia, a quien a lo largo de las múltiples descripciones he ido añadiendo tallas de sujetador y capas de maquillaje, hasta convertirla en un personaje grotesco.

Cada vez que repito el relato añado algún nuevo elemento, un gesto, una frase, una sola palabra. Me voy animando cada vez más ante el atento oído de Lolo que únicamente me interrumpe de vez en cuando con una carcajada o unos aplausos.

—Nena, eres genial —su cara de emoción me confirma que es totalmente sincero y que no está exagerando para hacerme sentir mejor—. Menudo chorizo está hecho Hugo. Ahora me explico vuestro tren de vida y sus trajes de Armani.

—Yo ni siquiera tengo ropa de diseño —me quejo, sintiéndome molesta porque me meta en el mismo saco que a Hugo.

—Lo sé, nena, no hay más que verte —afirma mirándome de arriba abajo con desaprobación.

—Ni siquiera tengo una joya de valor —digo ignorando su comentario y mostrándole el enorme anillo que llevo en el dedo y que compré en Blanco Accesorios por 1,99€.

—¡Roñoso! —exclama Lolo refiriéndose a mi ex.

—De hecho siempre tuvimos cuentas separadas, excepto una cuenta corriente en la que ambos ingresábamos mensualmente una cantidad para hacer frente a los gastos de la casa —sigo explicándole—. Pero desde que se fue no ha vuelto a ingresar nada en esa cuenta.

—No te preocupes, Charlotte, estoy seguro de que esta noche vendrá dispuesto a escucharte atentamente. Después de tu amenaza no creo que sea tan idiota de arriesgarse a que hables y cuentes todos sus secretos.

—Eso espero —suspiro—. Y hay algo más. Quizá te parezca frívola por lo que voy a decirte, pero, aunque no ha pasado mucho tiempo desde nuestra ruptura, siento que ya no estoy enamorada de él y tengo serias dudas de haberlo estado alguna vez —le confieso a mi amigo.

—Eso es divino, nena —Lolo aplaude de nuevo ante mis palabras haciéndome sonreír.

—¿No crees que es un poco extraño? Solo han pasado dos meses.

—Charlotte, eres una ingenua. Yo creo que Hugo te deslumbró con su evidente encanto, su gomina, sus trajes de diseño y su más que probable habilidad en la cama...

—¡Oye! —exclamo y le doy un golpe en el brazo con la novela que sostengo en las manos.

—No interrumpas, guapa. Como te decía, te deslumbró y tú creíste caer rendida a sus pies, pero probablemente nunca estuviste enamorada de él.

Pienso detenidamente en las palabras de Lolo. Si bien es cierto que nunca he tenido las mismas sensaciones y emociones que las protagonistas de las novelas románticas experimentan, siempre he pensado que esos sentimientos no existían y solo eran fruto de la desbordante imaginación de sus autoras. Pero quizá, después de todo, Lolo tiene razón y nunca he estado enamorada de Hugo.

—¿Qué vas a ponerte para la cita con tu enemigo? —me pregunta Lolo cambiando de tema.

—Nada —respondo mirando la ropa que llevo puesta, unos pantalones cortos azules y una vieja camiseta verde que ha conocido tiempos mejores. Además, voy descalza porque hace mucho calor y mi cuenta en números rojos no me permite abusar del aire acondicionado.

—Vamos a tu habitación, te ayudaré a elegir algo —y sin esperar una respuesta me coge de la mano y tira de mí hasta ponerme en pie y me arrastra hasta mi dormitorio.

Aunque me lleva de la mano y solo va un paso por delante de mí, cuando me pongo a su altura Lolo ya ha abierto el armario y ha descartado varias prendas que va tirando sobre la cama.

—¡Esto! —exclama triunfal mostrándome un diminuto vestido rojo de

tirantes.

—No pretendo seducirle, sino mantener con él una conversación seria — me cruzo de brazos mostrando así mi rechazo a ponerme un vestido que no alcanza a taparme las bragas.

—Tienes que mostrarle lo que se pierde —y de nuevo me tiende el vestido. Pero no me muevo del sitio y giro la cabeza hacia el lado contrario para mostrarle mi rechazo.

Lolo se rinde y tira el vestido sobre el montón de ropa que ya cubre la cama.

Dos horas más tarde estoy sola, sentada en la cocina tomándome un gin tonic y vestida para matar.

Lolo no se ha rendido y se ha negado a marcharse hasta que he accedido a ponerme una ridícula minifalda color rosa chicle y un top verde sin mangas que ni siquiera recordaba y que debí comprar cuando tenía unos catorce años.

Además, se ha empeñado en peinar mi larga y leonina melena pelirroja con un cardado imposible y me ha maquillado más de lo que lo estaba Liz Taylor en *Cleopatra*.

Al menos ha dejado que me quede descalza, eso sí, porque me ha asegurado que me daba un toque muy sexy tras revisar cuidadosamente mis pies y comprobar que mi pedicura era reciente.

Resultado: parezco una auténtica zorra.

Abro la puerta a un asombrado Hugo que parece quedarse perplejo ante mi nuevo look.

En los tres años que hemos estado juntos, dos conviviendo, jamás he tenido este aspecto y mucho menos para andar por casa.

Me avergüenzo y agacho la cabeza maldiciendo a Lolo e intentando ocultar mis mejillas encendidas por el rubor. Es lo malo de ser pelirroja y tener una piel tan blanca.

—Aquí me tienes —dice Hugo sin saludarme y pasando a mi lado para dirigirse directamente al salón.

Estoy a punto de decirle «estás en tu casa», pero una vez más me muerdo la lengua y me limito a seguirle hasta el salón.

También estoy a punto de ofrecerle alguna bebida, pero cambió de opinión enseguida y decido no hacerlo. No se trata de una visita de cortesía,

ninguno de los dos nos sentimos cómodos y cuanto antes acabemos con esto mucho mejor para ambos.

Hugo se sienta en el sillón que siempre ocupaba cuando vivía aquí. El más cercano a la terraza, bajo la rejilla del aire acondicionado y frente al televisor. Por supuesto, el mejor sitio, aunque ahora no hay televisor, el aire acondicionado está apagado a pesar del calor sofocante y las puertas de la terraza están abiertas en busca de un poco de aire fresco que parece que no va a llegar nunca, o no al menos esta noche.

—Fui a hablar con el director del banco para negociar las cuotas a pagar, pero se negó siquiera a considerarlo —inicio la conversación sin más preámbulos y voy directa al grano.

—Tenemos que poner el ático a la venta cuanto antes. Ahora vivo de alquiler y no puedo permitirme más gastos —me informa aparentando tranquilidad, pero una vez más su gesto de pasarse la mano por el pelo le delata—. En cuanto al televisor, aquí tienes —me tiende un cheque que saca del bolsillo de la camisa y que le arranco literalmente de las manos.

—¿Es una broma? —mi voz suena chillona y me sorprende incluso a mí, que siempre he sido una persona tranquila y educada. Pero todo parece estar cambiando muy deprisa a mi alrededor, incluso yo misma.

El cheque que acaba de darme Hugo muestra la cantidad de 3.000 €, una cifra que no cubre ni la mitad del precio del maldito televisor y mucho menos el préstamo que pedimos al banco.

—Teniendo en cuenta que se trata de un televisor de segunda mano, creo que es justo —no se inmuta tras decir estas palabras que solo consiguen sacarme de mis casillas.

—¿De segunda mano? Lo compramos solo un par de semanas antes de que te fueras de casa y, que yo sepa, solo lo ha manejado una mano: la tuya —argumento—. Debemos al banco 11.000 €. ¿Pretendes que sea yo quien pague el resto de algo que no tengo?

—Lo compramos entre los dos —dice tranquilamente con su cara más dura.

—En aquel momento pensaba que lo disfrutaríamos los dos —le digo devolviéndole el cheque.

—Está bien. ¿Qué es lo que quieres exactamente?

—Para empezar quiero que pagues el televisor y después que decidamos qué demonios vamos a hacer con el piso.

—Ya te he lo he dicho, lo pondremos a la venta —insiste.

—A menos que encuentres a alguien dispuesto a pagar lo que debemos al banco, esa solución no es válida. Si lo vendemos, teniendo en cuenta la situación actual, perderemos dinero y si dejamos de pagarlo se lo quedará el banco y aun así seguiremos teniendo una deuda.

Hugo se pasa la mano por el pelo un par de veces más. A este paso terminará con la gomina extrafuerte.

Supongo que hasta ahora no se había parado a pensar detenidamente en el piso y dio por hecho que la idiota de Carlota, es decir, yo, seguiría pagándolo junto al televisor sin quejarme nunca por ello.

—Sé que tenemos un auténtico problema. La única solución que se me ocurre es que sigamos pagando, algo que a ninguno de los dos nos hace demasiada gracia.

Sin embargo, una idea comienza a abrirse paso en mi mente. Quizá Hugo no esté de acuerdo con mi propuesta, pero a estas alturas tengo que ser valiente y jugármelo todo a una carta.

—Creo que tengo la solución —digo de repente rompiendo el silencio y consiguiendo toda su atención—. ¿Por qué no os quedáis con el ático América y tú? Firmaré los papeles que sea necesario para poner mi parte a su nombre.

—No creo que...

—Piénsalo bien —le interrumpo—. Habla con América, estoy segura de que a ella le encantará la idea. Vosotros dos necesitáis un lugar donde vivir y yo no necesito tanto espacio. Además, este sitio lo elegiste tú.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Por qué? Sé que a América le gusta este piso. Te recuerdo que hasta hace poco era mi mejor amiga y ella me lo dijo un millón de veces, así que estoy segura de que estará de acuerdo —intento convencerle, aunque en realidad me importa muy poco si a América le gustará o no la idea, lo único que quiero es largarme de aquí cuanto antes.

—Lo hablaré con ella y te diré algo lo antes posible.

—Hazlo, por favor —intento que mi voz suene firme y no suplicante, pero no sé si lo consigo—. En cuanto al televisor, quiero un cheque por el importe total de la deuda que tenemos con el banco.

—¿Qué harás de lo contrario? —pregunta con una sonrisa de suficiencia.

—Mejor no preguntes —le respondo intentando aparentar seguridad y por

su cara de sorpresa creo que lo he conseguido.

La mañana siguiente a mi charla con Hugo me siento fresca como una lechuga y ligera como un pájaro.

Aún me quedan algunas cosas por resolver, incluido el ático, pero he dado un paso hacia adelante para resolver los problemas en lugar de esconderme de ellos.

Esta mañana tengo cita en el Servicio de Empleo Público Estatal para solicitar la prestación por desempleo. La larga cola de las oficinas de empleo hace que se me caiga el alma a los pies, pero no me queda más remedio que esperar pacientemente mi turno.

Dos horas y media después acabo con toda la burocracia y decido ir andando hasta la Plaza de Callao y tomarme uno de esos hipercalóricos cafés en Starbucks, un lujo que no suelo permitirme dada mi tendencia a engordar.

Starbucks está lleno y de nuevo me armo de paciencia y me pongo a la cola a esperar.

Estoy pensando en el café que voy a elegir y si lo acompañaré de unos de esos trozos de tarta que parecen tan apetitosos, cuando una voz a mi espalda me sorprende.

—Aún sigo esperando tu llamada —dice la voz.

Me doy la vuelta para descubrir a su dueño y parpadeo un par de veces antes de reconocer al hombre que se encuentra ante mí. Es Pablo, el abogado que me invitó a un café y se ofreció a ayudarme hace unos días tras mi arrebató verbal en la sucursal bancaria, y si he tardado unos segundos en reconocerle es porque viste traje y corbata y no hay rastro de la incipiente barba que lucía días atrás.

—¿Pablo? —pregunto sorprendida ante su impecable aspecto.

—Ese soy yo —sonríe mostrándome su bonita y perfecta dentadura.

—El otro día ni siquiera nos presentamos —digo devolviéndole la sonrisa —. Mi nombre es...

—Carlota —termina él la frase.

—Pero...

—Se lo oí decir al director del banco —me aclara.

—Ya veo.

—¿Qué hay de esa llamada? —insiste.

—Creo haber solucionado el problema con el piso, aunque no lo sabré hasta dentro de unos días.

—Me alegra oír eso, pero seguiré esperando esa llamada.

Siento que mis mejillas se encienden ante sus palabras. Me está tirando los tejos descaradamente y hace mucho tiempo que no me sentía así. Y además no se trata de un hombre cualquiera, sino de uno realmente agradable a la vista.

Pablo está muy guapo con traje y corbata y casi preferiría que tuviera el aspecto desaliñado del otro día.

—Te invito a un café —dice él.

—No —niego con la cabeza y leo la decepción en sus ojos—. Hoy invito yo.

Pablo me cuenta que trabaja en un bufete de abogados en la Gran Vía especializado en derecho laboral y que dedica su tiempo libre a Ni Un Desahucio Más, asociación que presta su ayuda a las personas que se encuentran en situación de desahucio.

Descubro a un Pablo divertido, comprometido y tan encantador como el día que le conocí y que tan amablemente se portó conmigo.

Es una pena que no disponga de mucho tiempo porque tiene que volver enseguida al trabajo y nos despedimos ante la puerta del edificio donde trabaja no sin antes prometerle que le llamaré pronto.

Vuelvo a casa dando un largo paseo, al fin y al cabo no tengo nada mejor que hacer y por el camino paro a hacer algunas compras.

Esta noche cocinaré para mi amigo Lolo porque quiero agradecerle de alguna manera todo el apoyo que me ha prestado desde que Hugo se fue de casa. Y nada mejor que una cena a la luz de las velas.

Capítulo 11

—Por supuesto Rosa, no te preocupes que la cuidaré bien —le dice Lolo a mi madre a través del teléfono—. Sí, sí, está divina. Precisamente acaba de prepararme una cena para chuparse los dedos —continúa diciendo.

Lolo prácticamente me ha arrancado el teléfono de la mano cuando ha entrado en casa y se ha dado cuenta de que estaba hablando con mi madre. A pesar de que mi madre y él solo se han visto en unas pocas ocasiones parecen conocerse de toda la vida.

Sé lo mucho que Lolo echa de menos a su madre, a quien apenas ve y con quien nunca habla por teléfono debido al rechazo que esta siente hacia su homosexualidad. Así que, en cierto modo, entiendo que se lleve bien con mis padres que desde el primer día le acogieron con cariño y a quienes su condición sexual no les importa en absoluto.

—Ja, ja, ja. La próxima vez que Carlota vaya a veros la acompañaré —dice zalamero—. Estoy seguro, preciosa —se calla y asiente con la cabeza aunque mi madre no pueda verle—. Muchos besos para vosotros también, Rosa. Adiós, adiós —se despide y cuelga el teléfono con una radiante sonrisa.

—¿Qué es eso de que me acompañarás en mi próxima visita al pueblo? —le pregunto.

—Tu madre me ha invitado a visitarles y yo educadamente he aceptado —dice inocentemente, aunque ha sido él quien se ha autoinvitado—. Pero no cambies de tema. me has dicho por teléfono que les has ofrecido a Hugo y a América tu parte del piso. ¿Estás loca?

—Estoy más cuerda que nunca. No puedo pagarlo, no podemos venderlo sin perder dinero y sé que América se muere de ganas por vivir en un sitio como este. Creo que es la solución perfecta —concluyo con una sonrisa.

—No te reconozco, Charlotte. Creía que eras una niña buena que jamás llevaba la contraria a nadie.

—Sigo siendo buena, aunque quizá ya no soy una niña. Ya era hora, ¿no crees?

—¿Qué haré sin mi vecina favorita?

—Te daré las llaves de mi nueva casa y podrás venir cuando quieras, siempre que no te empeñes en vestirme de mamarracho —bromeo para quitarle hierro al asunto y Lolo abre mucho los ojos sin dar crédito a mis palabras.

—¿Vestirte de mamarracho? Estoy seguro de que Hugo se quedó boquiabierto al verte.

—Desde luego —afirmo—, pero no porque estuviera maravillosa, sino porque parecía un zorrón pidiendo guerra.

—¡Serás bruja! Para que lo sepas, nena, soy un estilista de mucho éxito —afirma enfadado.

—Lo sé y aprecio tu trabajo, de verdad —le aseguro—. Pero no es lo mismo posar para unas fotografías que intentar solucionar unos asuntos económicos con tu ex.

—Te perdono porque sé que no estás pasando por tu mejor momento, pero te advierto que la próxima vez serás tú quien suplique mis servicios profesionales.

—Ja, ja —me río—. Eso habrá que verlo.

—Ya lo verás, nena —y me quita un canapé de las manos para acto seguido comérselo de un solo bocado.

Voy a echar mucho de menos a Lolo cuando me vaya. Hace dos años que nos conocemos y desde el primer día nos caímos bien, aunque no sucedió lo mismo entre Hugo y él. Muy al contrario, lo suyo fue desamor a primera vista.

A Hugo nunca le gustó lo que él llamaba «la pluma de Lolo». Solía decir que era exagerado, dramático e incluso ridículo.

Lolo, por su parte, opina que Hugo es prepotente, engreído e increíblemente egoísta.

Yo siempre estuve en medio de ambos, intentando calmar los ánimos, pero como pareja de Hugo no tuve más remedio que hacerle ver que estaba de su lado. Bueno, eso pensaba yo. Ahora veo las cosas de otro modo y me doy cuenta de que mi forma de actuar no fue la más justa.

Lolo no parece guardarme ningún rencor. Al contrario, desde que Hugo se marchó se ha convertido en mi ángel de la guarda. Jamás podré agradecerse

lo suficiente.

Buscar trabajo es lo siguiente en mi lista. Algo que, estoy segura, pronto se convertirá en mi peor pesadilla.

Desde que salí de la universidad, hace ya siete años, siempre he trabajado en JP Gestión, una empresa dedicada a la gestión de impagados.

Increíble, ¿verdad?

La vida a veces resulta tremendamente paradójica. Aquí estoy, justo al otro lado de la ecuación. Después de siete años trabajando en una empresa dedicada al cobro de deudas ahora soy yo quien no puedo pagar las mías.

Aunque en los comienzos de mi andadura tuve que hacer todo tipo de trabajos, incluido preparar el café para mi jefe y recogerle los trajes de la tintorería, con el tiempo me trasladaron al departamento de grandes cuentas donde conseguí muy buenos resultados y como consecuencia mi carrera ascendió rápidamente.

Creía sinceramente que tenía un trabajo estable, que me reportaba unas altas comisiones y que así continuaría a lo largo del tiempo. Sin embargo, en la vida no hay nada completamente seguro y mucho menos ahora con la gran crisis en la que está inmerso el país.

Tal vez debería reinventarme y buscar en otro sector, pero ¿por dónde empezar? Con un título en Administración de Empresas y después de desempeñar mi trabajo en el mismo sector durante años, lo tengo muy complicado.

La mayoría de las ofertas de trabajo requieren al menos dos años de experiencia en un puesto similar, algo que mi flamante título universitario no puede suplir.

Ingreso mi currículum en varias páginas web de empleo, aunque estoy segura de que esto no será suficiente y si quiero encontrar un trabajo tendré que esforzarme mucho más.

A las dos de la tarde hago un descanso para comer algo.

Hugo aún no me ha llamado y cada hora que pasa mi ansiedad aumenta al mismo ritmo que mis esperanzas merman.

No sé qué pensar. Quizá la falta de noticias sea una buena noticia o tal vez me equivoque y se trate de malas noticias.

Sé que América estaba enamorada del ático porque así me lo dijo un día

mientras ambas comíamos en la terraza, aprovechando que Hugo estaba de viaje, puesto que a él no le gustaban ninguna de mis amigas.

Tres dormitorios, dos cuartos de baño, una amplia cocina, un enorme salón y una maravillosa terraza de setenta metros cuadrados que rodea toda la casa y a la que puede accederse por cada una de las habitaciones.

Hugo se encargó de la decoración interior, un estilo minimalista y demasiado frío para mi gusto, así que acordamos que yo me haría cargo de la terraza, aunque he de reconocer que él accedió a regañadientes.

El resultado fue perfecto, muebles de teca, mullidos sillones blancos y una bonita pérgola bajo la que cobijarse del sol veraniego. También compré numerosos maceteros, todos pintados de un color blanco roto en los que trasplanté plantas con flores de múltiples colores para dar un toque de color.

Es un rincón perfecto para desconectar de todo, organizar cenas con amigos o simplemente tomar el sol en verano.

Cuando Hugo vio los resultados tuvo que reconocer, eso sí, a regañadientes, que había hecho un buen trabajo.

Aquel día, mientras América y yo comíamos en la terraza, se enamoró del ático y así me lo hizo saber.

—Me encanta —dijo mirando a su alrededor aquel soleado día del mes de mayo, mientras las plantas crecían voluptuosas en las macetas llenas de hermosas flores.

—¿De verdad te gusta? —pregunté sintiéndome muy orgullosa.

—Creo que comparado con mi piso este lugar es un palacio. Algún día yo también viviré en un lugar como este —respondió. Por supuesto yo la creí, porque América siempre conseguía todo aquello que se proponía.

Pienso en Hugo y América juntos, algo que ya no me incomoda, al contrario, empiezo a pensar que me ha hecho un favor. Si realmente mi historia con Hugo fue solo un enamoramiento con fecha de caducidad prefiero que haya acabado a haberme tenido que enfrentar a una desagradable situación más adelante teniendo que dejarle al descubrir que mis sentimientos hacia él nada tenían que ver con el amor.

Pero ahora, lo más importante es esa maldita llamada que no llega.

No puedo quedarme de brazos cruzados. Estoy dispuesta a cualquier cosa para acabar de una vez con esta incertidumbre. Así que, decidida a no esperar un minuto más una respuesta, me doy una ducha, me visto y me voy en busca de América.

América trabaja en una peluquería situada en mi antiguo barrio y muy cerca de donde ella vive o al menos de donde vivía hasta que ella y Hugo se fueron a vivir juntos.

Tiene un horario infernal que le ocupa prácticamente todo el día, así que espero encontrarla todavía en su puesto de trabajo.

Decido ir en metro en lugar de coger el coche, aunque eso signifique más de una hora de trayecto debido a los numerosos transbordos que tendré que hacer.

Cuando llego frente al edificio donde trabaja, veo a América a través de los cristales de la peluquería. Creo que ha cogido peso en estos últimos meses, aunque quizá mi opinión no sea muy objetiva y confunda la realidad con mis deseos.

En cualquier caso, no es el tipo de mujer que el Hugo que yo creí conocer elegiría. Con tan solo un metro cincuenta y cinco de estatura, algo llenita y un gusto muy estrafalario en lo que a vestuario se refiere, es lo más alejado al prototipo de mujer de Hugo. Sin embargo, ella ha sido la elegida, a pesar de su antipatía mutua, algo que no deja de sorprenderme y que demuestra que nunca llegamos a conocer del todo a las personas que nos rodean aunque compartamos cama con ellas cada noche.

Tampoco imaginaba que Hugo era el tipo de hombre que América hubiese elegido como pareja, no solo porque ella no paraba de decir que Hugo no le caía bien, sino porque su aspecto de niño bien era algo que siempre le había desagradado.

En definitiva, ellos parecían odiarse mutuamente mientras la tonta de Carlota estaba en medio de ambos apaciguando los ánimos y repartiendo mi tiempo de forma absurda.

Todo era una gran mentira y ella, mi mejor amiga, ni siquiera me ha llamado a lo largo de estos dos meses para darme algún tipo de explicación.

América sale de la peluquería sonriendo. Va masticando chicle, una costumbre que Hugo solía criticar porque le parecía de lo más vulgar, y va vestida con una minifalda blanca extremadamente corta y una camiseta fucsia con un enorme escote y muy ceñida que marca sus michelines. Completan su atuendo unas sandalias de plataforma del mismo color que la camiseta y unos enormes aros dorados en las orejas.

Cuando América advierte mi presencia, se para en seco, escupe el chicle y hace un gesto de fastidio que acompaña de alguna frase que no acierto a oír

pero que intuyo.

—Me cago en todo —una frase que utiliza constantemente cuando algo le desagrada.

Comienzo a andar hacia ella que intenta librarse de mí entrando de nuevo en la peluquería.

—¡América! —la llamo con tono de voz firme y ella se para y se vuelve hacia mí con los ojos en blanco.

—¿Qué coño quieres? —dispara sin ningún preámbulo.

—Te agradezco la bienvenida —le digo con sarcasmo.

—Sí, vale. Tengo prisa, así que suelta lo que sea cuanto antes y lárgate.

—Siempre tan educada. Ya veo que hay cosas que no cambian.

—Antes no te quejabas de mi educación.

—Supongo que a veces suceden milagros y hasta los más ciegos recuperan la vista —respondo—. Pero no he venido a hablar del pasado, sino del presente.

—¿No habrás venido a decirme que quieres que sigamos siendo amigas? —parece sorprendida y, sin embargo, ese es el concepto que ella tiene de mí. La buena de Carlota, a quien puedes pisar una y otra vez como si de un felpudo se tratase.

—¿Por quién me tomas? —le pregunto ofendida, no puedo creer que piense que soy tan ingenua, por no decir tan tonta de remate—. He venido para hablar del ático. Hugo me dijo que lo hablaría contigo y me llamaría enseguida.

—Sí, Hugo me lo contó.

—¿Y bien? —estoy nerviosa, tanto que podría acercarme a ella y zarandearla hasta conseguir una respuesta.

—Aún no hemos tomado una decisión —responde tras lo que me parece una eternidad.

—Está bien. Dile a Hugo de mi parte que espero su respuesta antes del lunes —le digo a una sorprendida América.

—Eso parece una amenaza —sonríe con suficiencia.

—Hugo sabe perfectamente lo que tiene que hacer —respondo y me alejo de ella sin despedirme.

Cuando cojo el metro siento una gran opresión en el pecho que apenas me permite respirar producto de los nervios y de la enorme contención de la que he tenido que hacer gala para no estrangular a mi amiga.

Durante todos los años que duró nuestra amistad, nunca pensé que pudiese traicionarme del modo en que lo ha hecho, pero si hay algo que no esperaba es que después de todo lo sucedido se comportara conmigo como una auténtica zorra.

Es viernes, solo quedan un par de días para el lunes y para entonces espero haber solucionado para siempre el problema del piso y dejar atrás a Hugo y a su exquisita, dulce y educada amiguita.

Capítulo 12

Cuando suena el teléfono dejo lo que estoy haciendo y corro a cogerlo antes de que cuelguen.

Llevo toda la mañana limpiando la terraza, quitando hojas y flores secas a las plantas, barriendo el suelo y pasando el aspirador por la tapicería de los sillones. Últimamente tengo un poco abandonado mi pequeño jardín, y aunque la posibilidad de que sean Hugo y la bruja de América quienes lo disfruten a partir de ahora casi me disuade del trabajo, abandonarlo a su suerte me produce un malestar aún mayor.

—¿Dígame? —pregunto descolgando el teléfono.

—¿Carlota?—suspiro aliviada al oír la voz de Marga, mi amiga y hasta hace unos días compañera de trabajo.

—Hola, Marga. Te debo una disculpa por no haber respondido a tus llamadas, pero...

—No te disculpes, cariño, imagino por lo que estás pasando y no te culpo por no querer hablar con nadie —me tranquiliza.

—Te lo agradezco. Pensaba llamarte, de verdad, pero antes quería resolver algunas cosas.

—¿Qué tal tu vida de parada?

—La verdad es que no he estado muy parada —respondo riendo mi propia gracia—. ¿Qué tal estás tú? ¿Cómo va todo por ahí?

—Yo estoy bien, echándote de menos. Y por aquí demasiados cambios. Ayer echaron a María y a Antonio, el encargado de mantenimiento. Creo que si siguen así, subcontratando a todo el personal, pronto estaremos todos en la calle —me confiesa.

—No creo que puedan prescindir de ti —la animo—. Eres la secretaria del director y llevas muchísimos años trabajando en la empresa.

—Nunca se sabe en los tiempos que corren. Pero cambiemos de tema,

quería preguntarte si tienes planes para mañana por la noche.

—Pues no, la verdad —mis únicos planes últimamente son estar sola y por supuesto mis comidas y cenas improvisadas con Lolo.

—¿Te gustaría que quedáramos para cenar? —me pregunta.

—Me encantaría. ¿Qué te parece si vienes a mi casa?—le propongo.

—¿Cenaremos en esa preciosa terraza que solo conozco en fotografías?

—Por supuesto —respondo y me muerdo el labio inferior sintiendo remordimientos una vez más por la poca atención que he prestado a mis amigas durante mi relación con Hugo.

—En ese caso acepto. Estaré allí sobre las nueve y no te preocupes, tengo tu dirección.

—Hasta mañana entonces —me despido.

Cuelgo el teléfono sintiéndome bien por mi próxima cena con Marga. Ella es una bellísima persona y durante todo el tiempo que pasé en JP Gestión se portó conmigo como una auténtica amiga, alegrándose por mi rápido ascenso y lamentando sinceramente mi despido.

Cuando acabo con la terraza, me doy una ducha para quitarme el calor de encima y al peinarme me doy cuenta de que tengo las puntas del pelo abiertas. Ahora que América y yo no somos amigas, no tendré más remedio que buscar una nueva peluquera.

Creo que ha llegado el momento de cambiar de look. Después de todo, ahora sé que América se estaba beneficiando a mi novio mientras aseguraba que mi corte de pelo era fantástico. No estaría de más poner sus palabras en entredicho.

Capítulo 13

—Estás realmente chic, nena —me adula Lolo nada más ver mi nuevo corte de pelo.

—¿De verdad te gusta? —le pregunto mientras me llevo la mano a la cabeza y estiro uno de mis rizos, mucho más corto de lo que acostumbro.

Aunque ayer me veía muy bien recién salida de la peluquería, esta mañana al mirarme en el espejo recién levantada he tenido serias dudas al respecto.

—Me encanta —dice dando una vuelta a mi alrededor y asintiendo con la cabeza—. Esa amiga tuya siempre tuvo un gusto muy vulgar, y que quieres que te diga, Charlotte, llevabas un corte de pelo de los años noventa.

—¿Cómo te...?

—Calla, por favor. No quiero hablar más de esa zorra —me interrumpe—. ¿Puedes decirme a que viene este cambio de imagen? ¿Hay algún... objetivo en el horizonte?

—Si con objetivo te refieres a algún hombre, lamento informarte que no, no hay ningún hombre a la vista.

—¿No vas a llamar a Pablo? —insiste.

—No sé si lo haré más adelante, pero no de momento.

—Entonces, ¿a qué se deben todos estos deliciosos manjares? —pregunta señalando las bolsas de la compra que hay sobre la encimera de la cocina y cuyo contenido estoy colocando en el frigorífico.

—He invitado a Marga a cenar esta noche —le informo y veo decepción en sus ojos—. Puedes venir si no tienes otros planes.

—Siento privaros de mi compañía, pero esta noche estoy invitado a una cena en casa de una de esas famélicas modelos que la gente tanto admira. Tendré que tomar un tentempié antes de irme si no quiero morir de inanición.

—Creía que mañana te ibas a París —Lolo viaja mucho debido a su trabajo y hace unos días me dijo que se iba a París para una sesión

fotográfica.

—Mi vuelo sale mañana por la tarde —me informa.

—Entonces te llevaré al aeropuerto.

—¿Harías eso por mí, Charlotte? —pregunta dando saltitos de alegría.

—Por supuesto, y te recogeré a la vuelta, si quieres.

—¡Sí quiero! —exclama entusiasmado dándome un abrazo y yo apoyo la cabeza en su pecho enormemente agradecida por su amistad—. Bueno, nena, me voy. Tengo que prepararme para la cena y aún no sé que voy a ponerme.

—Estarás guapísimo con cualquier cosa y, además, eres un profesional de la moda —añado guiñándole un ojo.

—Gracias por el cumplido, pero resulta más complicado elegir la ropa adecuada para uno mismo que para otros.

—Bueno, no lo sé. Creo que tienes un gusto exquisito para vestirte, Sin embargo, tengo que decirte que lo de la falda rosa y el top verde...

—No me lo vas a perdonar jamás, ¿verdad? —parece ofendido, pero creo que solo esta fingiendo.

—Ja, ja, ja. No te ofendas, solo era una broma. La verdad es que fue muy divertido. Especialmente ver la cara que puso Hugo al verme —le digo riéndome.

—Repetiremos cuando me lo supliques. Y ahora, nena, te dejo.

—Que te diviertas y gracias por la mousse de limón.

—Es un placer —y sale de la cocina caminando como si estuviese desfilando por la pasarela Cibeles.

Marga y yo nos lo pasamos muy bien durante la cena. Hablamos de multitud de cosas y nos reímos mucho recordando montones de anécdotas del trabajo. Me siento muy relajada y hasta consigo desconectar totalmente de la realidad que me envuelve durante unas horas.

Marga tiene cuarenta y siete años, lleva diecisiete trabajando en JP Gestión, está divorciada, no tiene hijos y dedica muchísimo tiempo al trabajo, igual que yo antes de que me echaran de un día para otro sin explicación alguna. Siempre fue mi mejor y más fiel amiga en JP, así que el día de mi despido no pudo evitar derramar alguna lagrima de tristeza por mi mala suerte.

—¿Y qué tal va todo por JP? —pregunto finalmente.

—Tal y como te conté por teléfono siguen despidiendo gente y creo que la sangría aún no ha acabado.

—No lo entiendo, precisamente con la crisis el trabajo en la empresa ha aumentado considerablemente y, por lo que sé, todo parecía ir muy bien, económicamente hablando —muestro mi estupor ante las palabras de Marga, pues no consigo entender el motivo de tantos despidos.

—La crisis es la excusa perfecta para deshacerse de los trabajadores y subcontratar les sale más barato —me explica mi amiga.

—¿Puedes creer que solo me han indemnizado con veinte días por año trabajado?

—¿Por qué no consultas a un abogado? Estoy segura de que puedes reclamarles los cuarenta y cinco días que te correspondían.

—No lo sé, Marga. Estoy metida en un auténtico lío —le confieso—. Desde que Hugo se fue apenas puedo hacer frente a los gastos de la casa y a menos que encuentre una solución pronto, el banco terminará quedándose con ella.

—¡Cuanto lo siento, Carlota! —se lamenta y me coge de la mano—. No tenía ni idea.

—No puedo permitirme pagar a un abogado en este momento.

—Yo te dejaré el dinero que necesites —me ofrece Marga.

—No sabes cuánto te lo agradezco, pero no puedo aceptarlo.

—¿Por qué no? Yo apenas tengo gastos y no sé en qué emplear el dinero. Te aseguro que puedo permitírmelo.

—Mis padres también me han ofrecido su ayuda, pero para serte sincera preferiría no endeudarme más. Ni siquiera sé cuándo podría devolvértelo —le digo apurando mi copa de vino.

—Me lo devolverás cuando ganes el juicio —dice sonriente—. Porque estoy segura de que vas a ganar.

—Deja que lo piense, ¿de acuerdo? —le doy un fuerte apretón en la mano agradeciendo su bonito gesto que, por otro lado, sé que es completamente sincero.

—Está bien —acepta poco convencida—, y ahora dime, ¿por qué no me habías dicho que tenías tan buen gusto para la decoración? —pregunta mirando a nuestro alrededor.

La terraza del ático está preciosa esta noche. Las plantas crecen exuberantes en los enormes maceteros, el jazmín está lleno de flores que

desprenden un aroma delicioso y las pequeñas velas que he colocado estratégicamente a nuestro alrededor dan un toque muy acogedor al ambiente.

—¿Te gusta? —le pregunto sintiéndome, una vez más, muy orgullosa de mi trabajo.

—Creo que podrías dedicarte a ello profesionalmente si te lo propusieras.

—No exageres. Reconozco que fue muy divertido, pero no creo estar capacitada para dedicarme a ello profesionalmente. Seguro que me moriría de hambre —sonríó—. Me dará mucha pena tener que marcharme y dejar todo esto.

—Bueno, no adelantes acontecimientos. Quizá todo se solucione pronto y puedas quedarte —me anima Marga.

Y entonces, mientras nos tomamos unas caipiriñas disfrutando de la noche y de la mutua compañía, le cuento a Marga todo lo que ha ocurrido en las últimas semanas y mis conversaciones con Hugo y América.

Capítulo 14

Es lunes, son las doce y media del mediodía y Hugo no ha dado aún señales de vida. Paseo a lo largo y ancho de toda la casa, entrando y saliendo de cada una de las habitaciones y sin perder de vista el teléfono fijo y el móvil. Llevo uno en cada mano y de vez en cuando compruebo que tienen línea y que, por tanto, funcionan perfectamente. Decido que si en treinta minutos Hugo no se ha puesto en contacto conmigo seré yo quien lo haga.

Pero no es necesario, porque pocos minutos después llaman al timbre y al abrir la puerta me encuentro frente a frente con mi ex.

Me alegro de estar presentable. Aunque no voy vestida como la última vez que nos vimos, llevo unos vaqueros cortos y una camiseta azul turquesa que me favorece mucho. No pretendo mostrarle «lo que se pierde», como me sugirió Lolo, pero tampoco quiero que piense que estoy hecha polvo y no levanto cabeza desde que me dejó.

—Estaba a punto de llamarte —le digo sin saludarle.

Él no dice nada y se dirige directamente hacia el salón. Le sigo y me quedo callada mientras él echa un vistazo a su alrededor, sorprendido supongo por los últimos cambios que he realizado durante el fin de semana moviendo todos los muebles de sitio.

—Me gusta como ha quedado —dice asintiendo con la cabeza dejándome sorprendida, porque siempre pareció dudar de mi buen gusto en cuanto a la decoración.

—¿Habéis hablado América y tú? —le pregunto mientras me siento en el sillón lo más alejada de él que es posible.

—Sí, hemos hablado —no añade nada más dejándome en suspense.

Me tiemblan las manos, tanto que las escondo bajo un cojín para que Hugo no se dé cuenta de mi estado de nervios. Él parece estar tomándoselo con calma y permanece callado un buen rato hasta que soy yo quien me

decido a hablar.

—¿Y que habéis decidido? —rompo el silencio y me doy cuenta de que llevo un rato conteniendo la respiración.

—Nos lo quedamos.

—¿De verdad? —pregunto notando un alivio infinito al oír sus palabras —. Quiero decir, que es... es... la mejor solución.

—Por supuesto, puedes quedarte unos días mientras encuentras un sitio para vivir —me dice y creo que se siente generoso.

—¿Unos días? Estamos a principios de mes, acabo de pagar la cuota del préstamo y teniendo en cuenta que estoy en el paro y que no dispongo de mucho dinero, creo que lo lógico y lo más justo es que me vaya a final de mes.

—Nosotros habíamos pensado mudarnos...

—Me da igual lo que vosotros hayáis pensado —le interrumpo enfadada —. No voy a irme hasta el treinta y uno de julio.

—Está bien, se lo diré a América, aunque se va a sentir muy decepcionada —dice el muy capullo.

—Sí, ya me lo imagino.

—¿Que insinúas?

—Nada, no insinuó nada. Y por cierto, creo que tienes que darme algo —estiro la mano hacia él.

Hugo mete la mano en el bolsillo de su camisa y me entrega un cheque. Esta vez por importe de 11.000 €.

—¿Todo arreglado? —me pregunta. Y aunque deseo fervientemente contestarle que no y decirle lo que pienso de él, una vez más me muerdo la lengua y asiento con la cabeza. No merece la pena y ahora que por fin todo ha terminado me siento muy aliviada.

—En ese caso me voy —se pone en pie y vuelve a mirar a su alrededor.

—Te acompaño —le digo deseando que se vaya de una vez por todas.

Camino delante de él y abro la puerta para dejar que se marche. No puedo evitar pensar que probablemente esta sea la última vez que estemos los dos juntos en este lugar. Me siento decepcionada por lo que ha sucedido entre nosotros, por su infidelidad, por sus mentiras y por su comportamiento egoísta al desentenderse de las deudas que ambos habíamos contraído tiempo atrás.

Sin embargo, hay otro yo que se siente liberado, no solo por el hecho de

haber solucionado lo del piso, sino porque de ahora en adelante Hugo es historia y estoy deseando comenzar una nueva vida lejos de él.

—Hablaré con el banco y con el notario de los cambios que queremos hacer y te llamaré para informarte de la fecha de firma —le digo antes de que se vaya.

—Sí, por supuesto.

—Me llevaré la cama de forja y el resto de los muebles de la habitación pequeña. Como ya sabes fue un regalo de mis padres.

—¿Algo más? —empieza a impacientarse tal y como delatan sus manos que se pasa un par de veces por el pelo.

—Nada más —sonrío y cuando me dispongo a cerrar la puerta Hugo estira el brazo impidiéndomelo.

—Ese corte de pelo te favorece mucho —y dando media vuelta comienza a bajar las escaleras sin esperar la llegada del ascensor.

¿A que ha venido eso?, me pregunto.

Cierro la puerta dispuesta a no dedicarle ni un solo pensamiento más a Hugo.

¡Que te aproveche América! Y no puedo evitar una sonrisa.

El miércoles llamo al director del banco para informarle de los cambios que Hugo y yo queremos hacer en la titularidad de las escrituras, tanto de propiedad como de la hipoteca. No se muestra demasiado amable, pero decido ignorarle, ir al grano y contarle exactamente lo que quiero.

Mucho más tranquila, decido dar un paso más y llamar a Pablo para hacerle una consulta legal. Después de todo él es abogado laboralista y yo necesito los servicios de uno.

Pablo se muestra bastante sorprendido por mi llamada y me cita a las dos de la tarde en la Plaza de Callao para ir a comer. Insisto en ir a su despacho para tratar el asunto que quiero consultarle, pero se empeña en invitarme a comer y tratar el tema durante la comida.

A las dos en punto estoy en Callao. Hace mucho calor, el termómetro marca cuarenta grados al sol y apenas encuentro una sombra bajo la que cobijarme.

Me bebo una botella de agua, me abanico con la carpeta que llevo en la mano y cuando Pablo llega, con diez minutos de retraso, estoy a punto de

licuarme y convertirme en zumo de Carlota.

—Siento haberme retrasado. Una llamada de última hora —se disculpa mientras me besa en las mejillas. Va bien afeitado, como la última vez que nos vimos y, aunque viste traje y corbata con este calor insoportable, no parece inmutarse.

—Estoy a punto de fundirme con el asfalto—le confieso.

—Ven, vamos a buscar un sitio fresco —me dice cogiéndome de la mano y tirando de mí, que tengo que hacer un esfuerzo notable para seguir su ritmo.

—¿No iremos muy lejos? —pregunto con mirada suplicante.

—No, aquí mismo. Subiremos a la cafetería que hay en el Corte Inglés. Hay unas vistas espectaculares de la Gran Vía.

Cuando por fin entramos en el centro comercial suspiro aliviada al sentir el fresco ambiente del interior y pienso que es un auténtico placer poder disfrutar del aire acondicionado en verano.

Las vistas desde la cafetería son impresionantes, tal y como Pablo me había asegurado. Saco el móvil del bolso y me dispongo a inmortalizarlas con la cámara.

Pedimos las bebidas, agua para los dos y un par de ensaladas para comer e inmediatamente después Pablo va directo al asunto que nos ocupa.

—Y bien, ¿qué querías consultarme?

—Habría preferido ir a tu despacho, no quiero que pienses que estoy abusando de tu confianza y, por supuesto, quiero dejar claro que en caso de que puedas ayudarme pagaré tus honorarios, incluida esta consulta —le digo sintiéndome un poco tonta.

—Me encantaría haberte oído decir que me has llamado porque no puedes resistirte a mis encantos, pero ya que no es así... —hace una breve pausa—, cuéntame el problema y después te diré si soy la persona adecuada para ayudarte —sonríe mostrándome su perfecta dentadura y sus ojos se iluminan volviéndose aún más azules.

Es muy guapo, la verdad. Podría quedarme mirándole eternamente, pero supongo que ya es suficiente con la cara de tonta que debo tener, como para encima quedarme callada y mirándole un rato más.

—Se trata de mi despido —comienzo a decir—. Tengo serias dudas de que fuese objetivo como me indican en la carta de despido, en lugar de improcedente. Aquí está la carpeta con todos los papeles que necesitas.

Pablo coge la carpeta, la abre y echa un vistazo rápido a su contenido.

Saca la carta de despido, la lee con atención y después vuelve a colocarla junto a los demás papeles, cierra la carpeta y la deja a un lado, sobre la mesa.

—¿Qué te parece si comemos primero? Si no te importa dejarme los papeles me los llevaré al despacho, les echaré un vistazo y cuando lo haya hecho te llamaré para darte mi opinión.

—Me parece estupendo —respondo devolviéndole la sonrisa.

El tiempo pasa muy rápido junto a Pablo. Después de comer, para alargar nuestro encuentro lo máximo posible, le acompaño de vuelta hasta el trabajo, nos despedimos con dos besos y con la promesa de que me llamará tan pronto haya revisado todos los papeles.

Vuelvo a casa en metro, pensando en Pablo y lo agradable que es su compañía y bajo al garaje a buscar el coche. El vuelo de Lolo llega a las cinco de la tarde y apenas tengo cuarenta minutos para llegar a tiempo al aeropuerto.

Lolo viene hacia mí con una enorme maleta y me pregunto qué demonios llevará dentro. Solo ha estado fuera de casa tres días, pero cualquiera diría que vuelve después de una larga temporada.

Me saluda con la mano y cuando llega donde estoy nos fundimos en un abrazo.

—¿Qué tal ha ido el viaje? —le pregunto mientras caminamos hacia la salida.

—Ha sido un auténtico infierno, nena. Estoy muerto después de pasarme tres infernales días trabajando más de quince horas diarias —me explica—. Sustituyeron al fotógrafo en el último momento y el muy cretino nos ha hecho la vida imposible a todo el equipo.

—Entonces no has tenido tiempo de visitar la ciudad.

—Ni siquiera he tenido tiempo de visitar la cama —se queja enfadado.

Su aspecto, impecable como siempre, no delata ningún signo de cansancio. Al contrario, parece recién llegado de unas relajantes vacaciones.

Subimos al coche y pongo el aire acondicionado a tope. A pesar de haberlo dejado a la sombra y de que el avión de Lolo ha llegado puntualmente, la temperatura en el interior es sofocante.

—¿Qué hay de ti? ¿Has tenido noticias de Hugo?

—Sí y buenas noticias además. Se quedan con el piso —le respondo radiante.

—Supongo que debo felicitarte por ello —su voz delata una profunda

desilusión y me siento culpable por ser la artífice de ese sentimiento. Le voy a echar muchísimo de menos.

—Me encantaría que las cosas fuesen diferentes pero...

—Lo sé, Charlotte, a mí también. Sé que te voy a echar de menos pero también sé que esto es lo que más te conviene y me alegro por ti —dice dándome un fuerte apretón en el brazo—. Aun así no pienses que vas a perderme de vista fácilmente.

—Tú tampoco a mí. Aún nos queda casi todo el mes por delante y vamos a aprovecharlo al máximo.

—Así me gusta, voy a pegarme a ti como una lapa.

—¿Quieres que cenemos juntos esta noche? —le propongo.

—Te lo agradezco, nena, pero estoy muy cansado después de estos tres días de intenso trabajo y mañana tengo que ir temprano a la oficina. ¿Te parece bien si lo dejamos para mañana?

—Me parece bien —acepto aunque me siento un poco desilusionada. Había pensado en compartir una agradable cena con Lolo y que me contara todo lo sucedido estos tres días que ha pasado trabajando en París.

Aparco el coche en el garaje y ayudo a Lolo con la maleta, que pesa como si estuviera llena de pesadísimas rocas.

Subimos en el ascensor en silencio y al llegar a nuestra planta nos despedimos con un beso hasta el día siguiente.

Una vez dentro de casa me siento terriblemente sola. «Estoy es lo que hay, nena», me digo. Y a falta de un televisor, pongo la radio para sentirme menos sola.

Capítulo 15

Estoy mortalmente aburrida. Después de inscribirme en prácticamente todas las ofertas de trabajo que he encontrado y tras toda una mañana sin escuchar la voz de otro ser humano que no sea yo misma, que a veces hablo en voz alta, creo que sería capaz de morirme de aburrimiento.

Lolo aún no ha regresado de la oficina. Después de varios días fuera, supongo que tendrá muchas llamadas que devolver y un montón de trabajo acumulado que resolver. Pero en cuanto vuelva voy a proponerle que vayamos al cine. Hace mucho tiempo que no voy a ver una película, en realidad, hace varios meses que no salgo a ninguna parte y creo que ya va siendo hora de reanudar mi vida y empezar a salir un poco.

Y el primer paso es llamar a mis amigas,

Tímidamente cojo el teléfono dispuesta a hacerlo. Creo que lo mejor será llamar en primer lugar a Bea. Es mi amiga más antigua y por tanto se lo debo a ella más que a nadie.

Como tan a menudo me ocurre últimamente, siento una opresión en el pecho que va en aumento cuando a la quinta señal de llamada no he obtenido respuesta.

A punto de tirar la toalla una voz jadeante al otro lado del teléfono responde.

—¿Bea? —pregunto aliviada al oír su voz en lugar de la del contestador automático.

—¿Carlota? ¿Eres tú? —parece sorprendida y no me extraña después de semanas sin dar señales de vida, al menos inteligente.

—Sí, soy yo —respondo tímidamente.

—No sabes cuánto me alegrar oír tu voz. Hace solo un momento estaba pensando en ti. ¿Qué tal estas? ¿Estás en el trabajo?

—No, estoy en casa, me despidieron hace solo unas semanas —le explico

a Bea.

—¿Cómo que te han despedido? —vuelve a sorprenderse y no me extraña, mi vida parece un mal culebrón de esos que ponen a mediodía en la tele—. No sabes cuánto lo siento, parece que te ha mirado un tuerto, chica.

—Sí, eso parece —suspiro.

—Me enteré de lo de Hugo y América y te llamé varias veces.

—Lo sé, he oído todos tus mensajes y también los de las chicas y lamento no haber respondido antes, pero todo ha pasado tan deprisa que apenas he tenido tiempo para ir asimilando las cosas —me disculpo.

—Ya me lo imagino. Esa zorra de América... ¿Cómo ha podido hacerte algo así? Yo le habría arrancado la cabeza si le hubiese echado el ojo a Alberto. Para lo que le sirve... —me dice enfadada y la creo. Si América se hubiese fijado en el novio de Bea probablemente habría salido escaldada, con mucho menos pelo y llena de moratones.

—Para serte sincera yo también lo pensé, pero no merece la pena, te lo aseguro —y no puedo evitar reírme ante el fuerte temperamento de mi amiga.

—Pues claro que sí. Te habrías quedado la mar de a gusto.

—En realidad quería pedirte un favor —le digo a Bea—. Me gustaría quedar contigo y con las chicas para disculparme con vosotras. ¿Crees que estarán dispuestas a darme una oportunidad? —temo su respuesta y me muerdo el labio inferior deseando que no sea demasiado tarde aún.

—Pues claro que sí, Carlota. Todas estamos deseando verte —me asegura—. No te preocupes por nada, yo me encargaré de todo. Llamaré a Silvia y a Ana para saber qué día les viene bien quedar y después te llamaré para decírtelo.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Bea.

—Para eso estamos las amigas.

—Sí, lo sé, aunque lamento haberlo olvidado durante un tiempo.

—Bueno, no te preocupes, te llamaré pronto.

—Un beso fuerte —me despido

—Otro para ti —dice Bea—. Y llama si necesitas algo.

Respiro hondo sintiéndome muy contenta de haber hecho esa llamada. Debería haberla hecho mucho antes en lugar de permanecer encerrada en mi misma, lamiéndome las heridas y apartada de todas mis amigas. Aun así, no es demasiado tarde y ese pensamiento me da fuerzas para seguir adelante.

Lolo y yo vamos al cine a ver la película *Las brujas de Zugarramurdi*. Salgo encantada después de ver la actuación de Carmen Maura, una de mis actrices favoritas y a quien he seguido a lo largo de toda su carrera cinematográfica.

Lolo en cambio, solo ha tenido ojos para Hugo Silva que, según me ha confesado, tiene un increíble parecido con el fotógrafo que le hizo la vida imposible en París.

Más tarde, sentados en la terraza de mi casa tomando un tentempié, decido preguntarle a Lolo por el misterioso fotógrafo a quien ya ha mencionado varias veces esta noche.

—Así que el malvado fotógrafo se parece a Hugo Silva —le digo esperando su habitual verborrea.

—Sí, se parecen bastante —dice escuetamente.

—Es una lástima que el fotógrafo sea tan guapo pero tan capullo —sigo diciendo para tirarle de la lengua.

—Jorge —dice Lolo.

—¿Jorge?

—El fotógrafo se llama Jorge y no es tan capullo.

—¡Ah! ¿no?

—Pues no, lo que pasa es que es muy exigente con el trabajo —me explica.

—Uyuyuy. Aquí hay algo que no me estas contando.

—¿Por qué no vas a la cocina y traes una botella de vino? —dice intentando desviar mi atención.

—Lo haré si me cuentas que está pasando con el fotógrafo.

—Mira que eres pesadita, Charlotte. Desde que no tienes novio te has convertido en una fisgona, nena.

—Y eso lo dice alguien que se dedica a escuchar los mensajes telefónicos de los demás —digo con ironía.

—Vale, pesada, te lo contaré. Jorge me ha invitado a una fiesta el domingo por la noche.

—¿Y? —estoy cada vez más intrigada y no entiendo nada.

—Me ha pedido que sea su acompañante —me aclara.

—Entonces Jorge también es gay —afirmo empezando a comprender lo que pasa.

—Pues claro, Charlotte, a veces pareces no enterarte de nada —dice fingiendo sentirse ofendido pero la sonrisa le delata.

—Me alegro mucho por ti, Lolo. Empezaba a pensar que estabas fuera del mercado.

—Solo soy exigente —dice con el rostro serio—. Y ahora que tu curiosidad está satisfecha, tengo algo que proponerte. Pero primero trae el vino —me ordena.

Voy a la cocina, saco una botella de vino de la nevera y la descorcho antes de volver a la terraza junto a Lolo. Este se sirve una copa del rojo líquido y después toma un sorbo lentamente.

—¿Crees que serías capaz de hacer en mi terraza algo parecido a lo que has hecho aquí? —me pregunta mirando a su alrededor.

—¿Quieres decir que si podría decorar tu terraza? —me siento muy intrigada por la pregunta de mi amigo y adónde quiere llegar con ella.

—Estás un poquito espesa hoy, nena. Pero sí, eso es exactamente lo que te he preguntado —me aclara.

—¿Me estas pidiendo que te ayuda a....

—Nada de ayudarme, Charlotte, quiero que lo hagas tu solita —dice rotundamente.

—Pero...

—Hace tiempo que pienso en ello. Mi terraza es más grande que esta y podría organizar fantásticas cenas para toda esa gente con la que trabajo. Como ya sabes, una parte importante de mi trabajo consiste en relacionarme con la gente.

—Pero tú ya tienes un nombre dentro del mundo de la moda —le digo.

—Mira, Charlotte, la fama viene y se va, lo importante es mantenerse y seguir trabajando, algo cada vez más complicado en los tiempos que corren —dice Lolo muy serio.

—Te entiendo.

—Me encanta en lo que has convertido este lugar —me alaba—. Es demasiado sobria quizá para mí, aunque supongo que para el soso de tu ex es más que suficiente —dice paseando la vista por los distintos rincones de la terraza—. Así que, Charlotte, quiero que te ocupes de la decoración integral de mi terraza. Tendrás carta blanca y un generoso presupuesto. Y si todo sale bien, que estoy seguro que así será, organizaré algunas cenas y le diré a todo el mundo que tú eres la artífice del trabajo.

—Pero...

—Escúchame bien, nena. Se reconocer el talento cuando lo veo y tú tienes un talento natural para esto y no deberías estar encerrada en una oficina todo el día nunca más. Esta puede ser tu oportunidad —Lolo está hablando totalmente en serio y no sé qué decir ante sus halagos y su propuesta.

—¿Estás diciendo que debería dedicarme a ello profesionalmente? —esta noche voy de sorpresa en sorpresa.

—Exactamente, nena. Eso es lo que quiero decir.

Cuando Lolo se va a su casa me meto en la cama inmediatamente, pero no logro dormirme hasta muchas horas después, porque sus palabras han hecho una profunda mella en mí y no paran de dar vueltas y vueltas en mi cabeza.

El viernes por la mañana vuelvo a inscribirme en todas las ofertas de trabajo que encuentro y después intento concentrarme en la lectura del periódico, pero soy incapaz porque no puedo dejar de pensar en mi conversación de la noche anterior con Lolo.

Siempre me ha interesado la decoración y cada semana compro varias revistas para estar al día de las últimas tendencias y copiar alguna idea interesante, pero de ahí a dedicarme profesionalmente a ello va un auténtico abismo.

Por supuesto me encantaría ayudar a Lolo y tengo muchas ideas que podrían encajar muy bien en su terraza.

El teléfono me sorprende en medio de estos pensamientos y casi me siento aliviada por ello.

—¿Hola? —respondo.

—Hola Carlota, soy Pablo. ¿Tienes un momento?

—Sí, por supuesto, como ya sabes ahora tengo demasiado tiempo libre —le respondo sintiéndome contenta al oír su voz.

—He estado estudiando los papeles que me dejaste —comienza a decir—. Sinceramente no podemos saber si las causas económicas que indican en la carta de despido son o no ciertas, pero... —hace una pausa para dar énfasis a la siguiente frase—. Por lo que me contaste el otro día, creo que deberías poner la demanda. Tal vez podríamos hacer algunas averiguaciones por nuestra cuenta, pero es el juez quien puede pedir judicialmente la documentación pertinente.

—Entonces, ¿crees que tengo alguna posibilidad?

—Sí, lo creo, pero no puedo asegurarte nada al cien por cien, Carlota.

—Todo esto tiene un coste y no me gustaría arriesgarme y...

—Sé que no aceptarías que te defendiera sin cobrarte, así que he pensado que lo mejor para ambos es que yo cobre una comisión.

—¿Una comisión?

—Si ganas me llevare el diez por ciento de lo que obtengas —me explica.

—¿Y si pierdo?

—Nada.

—No puedo aceptarlo —me niego, porque sé que la posibilidad de perder existe, que tal vez es incluso mayor de lo que él reconoce ante mí y me parecería injusto que no cobrara por su trabajo.

—Pues claro que puedes aceptarlo. Mi intuición me dice que tienes muchas posibilidades de ganar —intenta animarme.

Sé perfectamente que no está siendo totalmente sincero conmigo pero su gesto me resulta tan encantador que en lugar de negarme a aceptar su oferta decido aceptarla. Además, es la excusa perfecta para volver a vernos.

—De acuerdo, acepto —digo finalmente.

—Pondré manos a la obra enseguida y te mantendré informada.

—Muchas gracias, Pablo —no quiero colgar, me gusta hablar con él pero no sé qué decir para mantenerle al teléfono. Así que me resigno y espero sus palabras de despedida.

—Por cierto, Carlota —me dice y recupero la esperanza—. ¿Te gustaría cenar conmigo alguna noche?

—Me encantaría —digo enseguida—. ¿Qué te parece si preparo algo en mi casa?

—¿En tu casa? —pregunta y parece sorprendido por mi proposición.

—Tengo una bonita terraza que tendré que abandonar pronto y me gustaría disfrutar al máximo de ella mientras pueda.

—Por supuesto, me encantaría ver esa terraza —dice en tono sugerente y percibo una sonrisa en sus labios—. Este fin de semana estaré fuera, pero a partir del lunes soy todo tuyo.

No respondo inmediatamente. El lunes me parece un día perfecto, tengo muchas ganas de volver a verle y cuanto antes suceda esto mejor, pero no quiero que note mi impaciencia.

—¿Te parece bien el martes? —le pregunto y acto seguido me arrepiento

e intento arreglarlo—. O el miércoles, creo que también estoy libre el miércoles.

—El martes me parece bien. Pásame la dirección en un mensaje o por whatsapp. Y ahora tengo que dejarte, hace un rato que los clientes esperan.

—Por supuesto, te enviaré la dirección. Nos vemos el martes.

—Allí estaré.

«Tengo una cita, tengo una cita, tengo una cita», canturreo alegremente tras colgar el teléfono. Y me entran unas terribles ganas de salir a la terraza y gritarlo al mundo.

Capítulo 16

Bea me ha llamado esta mañana para decirme que las chicas están dispuestas a reunirse conmigo esta misma noche en El puerto, un mesón de nuestro antiguo barrio que sirve el mejor «pescaíto frito» de todo Madrid.

Estoy muy nerviosa porque voy a volver a reunirme con mis amigas después de varios meses sin vernos ni hablar con ellas y tengo miedo de que este paréntesis haya hecho resentirse nuestra amistad.

A las nueve de la noche me dirijo con paso firme al lugar en el que hemos quedado, pero según me voy acercando las piernas comienzan a temblarme como si fuesen de gelatina.

Cuando llego al mesón, empujo la puerta haciendo acopio de todo mi valor y miro alrededor en busca de caras conocidas. Y es entonces cuando veo a mis amigas. Bea, Silvia y Ana están sentadas a una mesa esperándome y cuando nuestras miradas se cruzan todas me sonrían.

Sin pensarlo un segundo más corro hacia ellas, las abrazo una a una sintiéndome muy feliz por el encuentro y dejo atrás mis miedos sabiendo que ellas ya me han perdonado.

—No esperaba este recibimiento —reconozco emocionada—. Sé que no me he portado bien con vosotras y os debo una disculpa.

—Nada de disculpas, Carlota —dice Silvia—. Imaginamos lo mal que lo has pasado después del asunto de Hugo y América y entendemos tu silencio.

—Bueno, un poquito mal educada si has sido —dice Bea que siempre dice lo que piensa.

—Pero ahora estas aquí y eso es lo único que importa —añade Ana que siempre intenta que todo el mundo se sienta cómodo.

—En cualquier caso os pido perdón por mi comportamiento y os agradezco enormemente que hoy hayáis quedado conmigo.

—Para eso están las amigas —dice Silvia.

—Pero no lo vuelvas a hacer, guapa, porque la paciencia tiene un límite —Bea sigue fiel a lo que piensa.

—¿Qué tal llevas lo de Hugo? ¿Has vuelto a verle? —se interesa Ana.

—Él y América se van a quedar con el ático —les explico—. He vuelto a verles por ese motivo y no me quedará más remedio que coincidir con ellos nuevamente cuando firmemos las escrituras.

—¿Que la guarra de América se queda con tu novio y con tu casa? —grita Bea indignada haciendo que la gente de las mesas que nos rodean se vuelvan a mirarnos—. No puedes consentirlo. Es tu casa, Carlota y nadie puede echarse de ella.

—No me importa, Bea, de verdad. Al principio fue muy duro y no me lo tomé demasiado bien, como podéis imaginar, pero ahora que he tenido tiempo de pensar en ello me alegro de haberme librado de Hugo. En cuanto al piso, no puedo pagarlo yo sola y que se lo queden ellos me beneficia —reconozco ante mis amigas.

—No me puedo creer lo que estoy oyendo —dice Silvia—. ¿Has dicho que te alegras de haberte librado de Hugo? Creía que nunca recuperarías la cordura.

—Sí, sé que tenéis razón con respecto a Hugo y que siempre la tuvisteis. Es un auténtico gilipollas y siempre lo ha sido.

—Te quedas corta, amiga —opina Bea que sin contar a América era la que peor se llevaba con Hugo.

—¿Habéis vuelto a ver a América? —pregunto.

—Ni hablar —responde Bea—. Entre las mujeres debe existir un código ético y este incluye no acostarse con el novio de tu mejor amiga.

—Ni de ninguna amiga —añade Ana.

—Sí, eso también —afirma Bea.

—¿Qué os parece si pedimos unas raciones de «pescaíto» y seguimos hablando con el estómago lleno? —pregunta la voz de la razón que no es ni más ni menos que la de Ana.

Todas respondemos afirmativamente y cuando las raciones llegan a la mesa nos lanzamos a ellas como si se tratara de la última cena.

Salir con las chicas siempre ha sido genial, pero la resaca que tengo a la mañana siguiente no lo es tanto. Después de varias botellas de vino para regar

la cantidad de raciones que nos comimos, visitamos varios bares del barrio y bebimos copa tras copa en cada uno de ellos mientras recordábamos viejos tiempos.

Me cuesta mucho levantarme de la cama a pesar del calor y, aunque es domingo y no tengo nada mejor que hacer que seguir durmiendo, sé que no lo conseguiré.

Me levanto casi a rastras y tras ir al baño y ver mi horrible aspecto ante el espejo decido tomarme una buena dosis de café y un analgésico para aliviar el dolor de cabeza.

Son las doce de un caluroso día del mes de julio y creo que ha llegado el momento de hacer una visita a la piscina comunitaria y darme un baño, algo que no he hecho en los dos años que llevo viviendo aquí y que si no hago ahora no podré hacer nunca más.

Me pongo un bikini y me felicito por haberme hecho la depilación laser. Al principio no estaba muy convencida, pero ahora, tras ver los resultados y la cantidad de tiempo ahorrado en depilarme, creo que ha merecido la pena.

La piscina está prácticamente vacía. Solo hay un par de personas tumbadas en el césped tomando el sol y dos más dentro del agua.

Nado durante más de media hora y después me tumbo al sol, no sin antes cubrirme con una generosa capa de protector solar factor 50. Mi piel es demasiado blanca y se achicharra enseguida, así que siempre debo protegerla cuidadosamente.

Aun así, a los veinte minutos vuelvo a estar acalorada y mi piel comienza a coger un horrible color rojo más propio de un inglés que de una española que lleva toda la vida soportando el sol y las altas temperaturas del verano madrileño.

Me doy otro baño y decido volver a casa antes de que mi cara se llene de pecas y mi cuerpo coja el color de una gamba cocida.

Desde el salón puedo oír a Lolo cantando al ritmo de Madonna en la terraza y aunque no puedo verle a través del muro de ladrillo que nos separa, le saludo elevando el tono de voz por encima de la música.

—Buenos días, vecino —grito y espero una respuesta.

—Hola, Charlotte —responde Lolo—. Espera un momento.

El sonido de la música desaparece y la cabeza de Lolo asoma por encima del muro de ladrillo.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto con curiosidad puesto que hace

demasiado calor para estar en la terraza.

—Estoy regando las plantas.

—No puedes regar las plantas a esta hora —le regaño pensando en sus pobres plantas, un par de geranios y un aloe vera que Lolo olvida regar casi siempre.

—Las pobres están tan chuchurridas...

—Creo que deberías sustituirlas por algunas plantas de plástico. Son mucho más fáciles de mantener aunque olvides regarlas —bromeo.

—¿Por qué no vienes a comer? Ya sabes que no me gusta nada comer solo.

—Así que ahora soy tu dama de compañía.

—Deja de decir tonterías y ven antes de que nos churrasquemos al sol como dos chuletones a la plancha. Hay algunas cosas sobre la decoración de la terraza que quiero comentarte.

Lolo no se ha olvidado de lo que hablamos la otra noche y parece haberse tomado muy en serio que yo vaya a encargarme de decorar su terraza.

Me armo de valor y voy hacia su casa dispuesta a escuchar lo que tenga que decirme y a tomar una decisión que, conociéndole, solo puede ser una: Lolo 1 – Carlota 0.

Después de aceptar el encargo de decorar la terraza de Lolo, paso toda la mañana del lunes navegando por internet en busca de mobiliario e ideas que puedan ayudarme en mi nuevo proyecto.

No puedo evitar sentirme emocionada ante este nuevo reto, aunque también tengo miedo ante la posibilidad de no estar a la altura y fracasar estrepitosamente.

Sin embargo, es un alivio tener algo en lo que ocuparme, además de buscar trabajo y empaquetar mis cosas ante la inminente mudanza.

Por la tarde Lolo y yo nos acercamos a un par de tiendas de muebles de jardín a echar un vistazo y como aún nos queda algo de tiempo visitamos una inmobiliaria para pedir información sobre los pisos en alquiler. Dejo mis datos y me intereso por un par de pisos que encajan bastante bien con lo que estoy buscando, un sitio pequeño, de un solo dormitorio y a ser posible con una terraza por diminuta que esta sea para poder tener algunas plantas. Finalmente quedo en pasarme a la mañana siguiente para visitarlos.

Me siento bastante satisfecha y al volver a casa Lolo y yo nos sentamos cómodamente en los sillones de la terraza con una copa de vino en la mano.

A pesar de que hemos pasado toda la tarde juntos y de que le he lanzado varias indirectas para sonsacarle información sobre su cita del domingo con Jorge, Lolo no ha soltado prenda, lo cual, teniendo en cuenta lo mucho que le gusta hablar, resulta de lo más sospechoso.

—Aún no me has contado nada de tu cita con Jorge —le comento de forma directa.

—Pensaba que no ibas a preguntármelo nunca —responde y parece enfadado, algo que no entiendo puesto que a Lolo no hace falta preguntarle nada, él simplemente lo cuenta todo.

—Como no has dicho nada a pesar de mis indirectas de esta tarde, he creído que no querías hablar de ello. ¿No estarás enfadado?

—Un poco sí, Charlotte. Pero no importa —dice agitando la mano—. La cita estuvo bien.

—¿Cómo de bien?

—Simplemente bien. Fuimos a la fiesta, bebimos, bailamos, nos reímos y después cada uno a su casa. Fin de la historia —enfatisa la última frase.

—Era vuestra primera cita —le recuerdo.

—Tengo treinta y cinco años y Jorge, treinta y siete. Ambos hemos tenido otras relaciones y ya no estamos para perder el tiempo.

—Supongo que habréis quedado en veros nuevamente.

—No exactamente —dice de forma enigmática.

—¿Quieres explicármelo, por favor? Últimamente no entiendo bien lo que dices.

—Primero no preguntas nada y luego quieres saberlo todo —se queja Lolo y vacía su copa de un solo trago.

—Creo que no estás de muy buen humor —señalo—. Me gustaría saber el porqué.

—Jorge me ha llamado hoy y me ha dicho que le gustaría que nos viéramos de nuevo.

—¿Cuál es el problema?

—No lo sé, nena. Pero él busca una relación seria y yo no estoy seguro de querer nada serio.

—Creía que estabas cansado de las relaciones relámpago y el aquí te pilló aquí te mato.

—Yo también lo creía —reconoce dejándome aún más perdida.

—¿Quieres decirme de una vez donde está el problema?

—Tengo miedo, Charlotte. Casi no nos conocemos pero me gusta mucho y no quiero enamorarme de alguien como un idiota y que me pase lo que a ti con Hugo —me explica dejándome con la boca abierta.

—No sé qué problema tienes hoy conmigo, Lolo, pero todas las frases que dices conducen directamente a mí.

—Reconocerás que tu historia con Hugo es para desmoralizar a cualquiera —me suelta a bocajarro dejándome estupefacta.

—¿De verdad crees eso? Lo mío con Hugo ha sido una mentira, como bien sabes. Llevaba meses engañándome con mi mejor amiga y sospecho que antes de América hubo otras. Afortunadamente para el resto de los mortales, no todos los hombres son como Hugo. Dale una oportunidad a Jorge y dátela a ti mismo —le aconsejo a mi amigo.

—No sabía que fueses tan sabia, Charlotte —dice sonriendo—. Me tomaré otra copita de vino e iré a llamar a Jorge inmediatamente —parece mucho más animado y me sorprende lo fácil que ha sido convencerle para que de una oportunidad a Jorge.

—Así me gusta —le digo dándole unas palmaditas cariñosas en la mano y después me lanzo a contarle las ideas que tengo para decorar su terraza.

Capítulo 17

Es martes por la tarde y estoy buceando literalmente dentro de mi armario en busca de algo que ponerme para mi cita con Pablo.

Lolo no se tomó demasiado bien que le dijera que me había vestido como un mamarracho para recibir a Hugo y, aunque sabe lo importante que esta cita es para mí, no se ha ofrecido a ayudarme. Sé que está esperando que sea yo quien le suplique ayuda, pero si él es orgulloso yo también lo soy.

No logro decidirme entre un vestido negro sin tirantes u otro mucho más desenfadado como el vestido de flores verdes y fondo blanco que sostengo ahora mismo en las manos.

A las ocho de la tarde, cuando queda tan solo una hora para que Pablo aparezca, decido enterrar mi orgullo y pedir ayuda a Lolo.

—Te lo suplico, te lo ruego, Lolo, necesito tu ayuda —le pido poniéndome de rodillas y dramatizando todo lo posible cuando me abre la puerta de su casa.

—Mira que eres payasa, Charlotte. Levanta ahora mismo del suelo y dime qué es lo que me suplicas —se ríe y me coge de la mano para ayudarme a ponerme en pie.

—Necesito de tu sabiduría y conocimientos infinitos de moda y juro por Versace que jamás volveré a poner en entredicho tu enorme talento. Pero, por favor, tienes que ayudarme.

—Ja, ja, ja. Me encanta esa faceta tuya tan teatral. Así que continúa —dice riéndose a carcajadas.

—Ven ahora mismo conmigo si quieres que yo me ocupe de tu terraza —le amenazo perdiendo la paciencia.

—Así que ahora recurre al chantaje. Desconocía que tuvieras tantos registros, Charlotte —está cruzado de brazos y me observa con una sonrisa de oreja a oreja disfrutando enormemente del poder que en este momento ejerce

sobre mí.

—Lolo, por favor, tienes que ayudarme. Pablo va a llegar en menos de una hora y aún no sé que voy a ponerme.

—Eso está mucho mejor. Vamos, veamos qué sorpresas esconde tu armario.

Cuarenta y cinco minutos después me contemplo en el espejo con incredulidad. Lolo ha hecho un verdadero milagro conmigo y ahora sé el porqué de su fama. Con un simple fular que ni siquiera recordaba haber comprado ha hecho un top verdaderamente espectacular. Ignoro cómo ha podido hacerlo, y dudo mucho de que yo pudiera repetirlo, pero ha conseguido que un trozo de tela verde aparentemente vulgar resulte una prenda de lo más original y divertida.

Como prenda inferior ha recuperado unos pantalones blancos del fondo del armario y los ha convertido en una pieza de lo más chic con un par de cortes por aquí y dos puntadas de hilo por allá.

Incluso me ha ayudado con el maquillaje y con el pelo. Pero esta vez no me ha hecho un cardado de infarto ni me ha aplicado pintura de guerra. Una coleta con unos cuantos mechones sueltos aparentemente al azar y un poco de mascara de pestañas y brillo de labios ha sido todo lo que ha necesitado para que no me reconozca ante el espejo.

Ha sido una experiencia fantástica. Me he sentido como en uno de esos programas de «antes y después». Y a pesar de todo el trabajo mi look resulta totalmente fresco y muy natural.

Tengo muy claro que si Dios existiera se llamaría Lolo.

—Estás preciosa —me dice Pablo cuando le abro la puerta de mi casa.

—Gracias. No tenías que haberte molestado en traer nada —le digo cogiendo la botella de vino que lleva en la mano y que tiende hacia mí—. Si te parece bien la pondré un rato en la nevera antes de abrirla.

—Creo que será lo mejor, a menos que te guste el vino caliente —responde él.

—Pasa, por favor, y perdona el desorden —me disculpo por todas las cajas que hay en el pasillo y que ocupan también parte del salón—. Es por la mudanza.

Voy a la cocina a dejar el vino y me tomo un minuto para respirar hondo y

relajarme. Pablo esta guapísimo esta noche, aunque no lleva traje, sino unos vaqueros y una camiseta negra ajustada que le quedan de maravilla. Su pelo luce como el primer día, un poco alborotado y la barba de una par de días le da un toque de lo más sexy. ¿De verdad soy yo la que está pensando esto?

Siempre he sentido debilidad por los hombres con traje y corbata, y mírame, aquí estoy, babeando ante un hombre que resulta ser todo lo contrario de lo que he deseado siempre.

Cuando vuelvo junto a Pablo sostiene un par de libros en las manos que ha cogido de una de las múltiples cajas que decoran el salón. Supongo que siente curiosidad por mis gustos en cuanto a la lectura se refiere y no ha podido resistir la tentación de echar un vistazo.

—Has encontrado mis tesoros —le digo acercándome a él.

—Tienes un gusto ecléctico —me muestra los libros que tiene en las manos, una novela romántica de Sophie Kinsella, *Loca por las compras*, y *Teoría General del empleo, el interés y el dinero*, de John Maynard Keynes.

—Lo confieso, soy una adicta a la novela romántica y a los libros de economía.

—Interesante —dice mirándome con curiosidad y aunque sonrío me doy cuenta de que parece un poco cansado.

—¿Qué te parece si salimos a la terraza y tomamos algo mientras se enfría el vino? —le propongo.

—Eso suena muy bien.

Una vez fuera y aunque hace mucho calor, mi rincón favorito vuelve a hacer su magia y la cara de Pablo que hace solo unos segundos parecía cansado, se relaja. Parece que le gusta lo que ve y nuevamente me siento apenada por tener que marcharme en tan solo unos días.

—Esto es un auténtico oasis —opina Pablo mirando a su alrededor—. Es precioso, Carlota. ¿De verdad tienes que marcharte pronto?

—Me temo que sí —respondo intentando mantener la sonrisa—. ¿Qué te apetece tomar?

—Lo que estés tomando tu estará bien —dice señalando el vaso que hay sobre la mesa.

—Estoy tomando tónica con limón —le indico.

—Me parece perfecto.

Pablo se sienta mientras voy a la cocina a buscar su bebida. No puedo evitar pensar que hace tan solo unas semanas vivía aquí, en este mismo lugar,

con Hugo. Intento recordar cómo me sentía entonces y si alguna vez tuve esta sensación de bienestar que siento junto a Pablo. Apenas nos conocemos, pero tengo la extraña sensación de conocerle desde hace mucho tiempo.

—Aquí tienes —pongo la tónica sobre la mesa y me siento junto a él en el sillón.

—Tienes unas vistas increíbles de la ciudad y, sin embargo, este lugar parece estar aislado del mundo.

—Sí, es verdad. A mí también me gusta este lugar.

—Y dime, ¿has conseguido solucionar los problemas con el banco? —me pregunta con curiosidad. Después de todo nos conocimos en el banco hace solo unos pocos días cuando creía que no podría seguir pagando las cuotas de la hipoteca. Parece que ha pasado mucho tiempo desde entonces porque todo ha cambiado muy rápidamente.

—Hugo, mi ex y mi mejor... —comienzo a decir, pero el timbre de la puerta nos interrumpe—. Lo siento, supongo que será Lolo, mi vecino.

De nuevo dejo solo a Pablo y voy a abrir la puerta maldiciendo a Lolo por su intromisión. Estoy completamente segura de que estaba sentado en su terraza, tomando un gin-tonic, concentrado en la conversación que Pablo y yo intentamos mantener y ha venido a darme uno de sus maravillosos consejos.

—¿Qué demonios crees que...? ¿Qué estás haciendo tú aquí? —no es Lolo, sino Hugo, que tiene un aspecto horrible y huele sospechosamente a alcohol.

—He venido a verte —pasa a mi lado chocando con un par de cajas de la mudanza y se dirige hacia el salón haciendo eses.

—Podrías haberme llamado antes de venir. Te recuerdo que ya no vives aquí —intento hablar en voz baja para que Pablo no pueda oírnos desde la terraza, algo complicado puesto que las puertas que dan a la misma están completamente abiertas.

—Tenemos que hablar —me dice con voz ebria completamente borracho.

—Ahora no puedo hablar contigo —le digo cada vez más nerviosa. Quiero que se vaya inmediatamente pero no parece tener intención alguna de hacerlo.

—Necesito hablar contigo ahora —insiste.

—No creo que en estos momentos estés en condiciones de hablar.

—¿Qué insinúas? —me pregunta mientras se acerca a mí tambaleándose.

Doy unos pasos hacia atrás alejándome de él y choco contra las cajas que hay apiladas en el centro del salón. Estas caen estrepitosamente al suelo haciéndome perder el equilibrio.

Hugo consigue evitar mi caída cogiéndome por la cintura en el último momento, pero en lugar de sentirme aliviada me siento agraviada. Nunca creí que pudiera decir esto, pero si alguna vez sentí algo por Hugo ha desaparecido, se ha esfumado y no queda ni un solo resto de aquellos sentimientos.

—¡Suéltame! —le exijo y en ese momento la cabeza de Pablo asoma desde la terraza.

—¿Hay algún problema? —pregunta Pablo entrando en el salón y mirándonos a Hugo y a mi alternativamente.

—Hugo ya se iba —consigo decir—. Solo ha venido a recoger algo que olvidó llevarse.

—¿Quién es este? —pregunta Hugo señalando a Pablo.

—Es un amigo —respondo.

—Ya veo que te ha faltado tiempo para buscar sustituto. América me advirtió que eras una zorra —dice Hugo para mi sorpresa. No reconozco al hombre borracho y fuera de sí que esta frente a mí.

—Creo que es mejor que te vayas —le advierto empujándole hacia el pasillo y después miro a Pablo intentando tranquilizarle.

—Estoy en mi casa y me iré cuando me dé la gana —Hugo está furioso y creo que la situación se me está escapando de las manos.

—Ya has oído a Carlota, así que, por favor, márchate —le dice Pablo acercándose a él sin perder la calma.

Siento la boca seca y el corazón desbocado. Tengo que hacer algo antes de que la situación se des controle del todo.

—¡Lárgate tú! —Hugo empuja a Pablo, pero este parece no inmutarse y el empujón no consigue moverle un solo milímetro del sitio.

—Hugo, por favor —le pido y le miro a los ojos intentando encontrar en él algo del Hugo que conozco.

Nuevamente cojo a Hugo del brazo y tiro de él para llevarle hacia la salida, pero se suelta con un gesto brusco que está a punto de hacerme caer y cuando pienso que ya nada tiene remedio, Lolo aparece de pronto interponiéndose entre nosotros.

—¿El que faltaba! —exclama Hugo dirigiéndose a Lolo.

—Sal de esta casa inmediatamente si no quieres que te eche yo mismo —le ordena Lolo.

—¿Me vas a echar tu solito, nenaza? —dice Hugo soltando una carcajada.

La situación empeora por momentos. Ahora no son dos, sino tres, los hombres que hay en el salón de mi casa, dispuestos a utilizar los puños.

—Veamos quien es la nenaza —Lolo coge a Hugo de los brazos y con un rápido movimiento se los retuerce por detrás de la espalda. Acto seguido le lleva hacia la puerta de salida y le echa sin más contemplaciones.

Pablo y yo observamos la escena estupefactos y sin movernos del sitio.

¿Qué demonios acaba de pasar?

—¿Estás bien? —Pablo se acerca a mí que estoy en estado de shock intentando procesar lo que acaba de ocurrir. Intento decirle algo para tranquilizarle pero las palabras se niegan a salir de mi boca y solo consigo asentir con la cabeza.

—¿Cómo te encuentras, nena? —Lolo me coge por la cintura y me lleva a la terraza obligándome a sentarme.

—Estoy bien —logro decir y busco a Pablo con la mirada que aparece pocos segundos después con un vaso de agua en la mano.

—Toma, bebe un poco —me tiende el vaso y le obedezco aunque las manos me tiemblan tanto que no consigo llevarme el vaso a los labios.

—Soy Lolo, el vecino de Carlota —se presenta este dándole la mano a Pablo.

—Yo soy Pablo.

—Lo sé, y lamento mucho que hayas tenido que presenciar lo sucedido. Carlota estaba muy ilusionada con la cena de esta noche.

Siento ganas de estrangular a Lolo y al mismo tiempo desearía abrazarle y agradecerle que haya aparecido justo en el momento que más le necesitaba.

—Yo también lo siento, Pablo —me disculpo—. Hugo jamás se había comportado así.

—No te preocupes —me tranquiliza Pablo sentándose a mi lado y cogiéndome la mano—. Creo que tendremos que contarles muchas cosas a nuestros nietos y esta será la primera.

Ahora sí que me he quedado sin palabras. ¿Ha dicho nuestros nietos? ¿He

oído bien? Ni siquiera nos hemos besado todavía, así que pensar en hijos y nietos me parece algo muy lejano, tanto que me mareo solo pensar en ello.

Lolo se lleva la mano al pecho y finge desmayarse sobre el sillón echando mano de todo el dramatismo que le caracteriza.

—Chicos, esto es lo más emocionante que he vivido desde hace mucho tiempo. Pero ahora tengo que abandonaros. Hay un gin- tonic en casa que me espera desde hace un rato.

Estoy a punto de decirle a Lolo que se quede a cenar. Me apetece mucho quedarme a solas con Pablo, pero mi conciencia no se sentiría tranquila si dejara a Lolo marcharse a casa después de lo que acaba de suceder.

—¿Por qué no te quedas y cenas con nosotros? —le propone Pablo y me mira pidiendo mi aprobación.

—Por favor —añado yo.

—Si me lo pedís de esa manera no puedo negarme. Pero necesito un gin- tonic, nena, ese imbécil de Hugo me ha dejado seco.

—Que sean tres —digo yo—. Creo que todos lo necesitamos.

Voy a la cocina a por las bebidas y aprovecho nuevamente para respirar profundamente y recuperar el control. No me esperaba que algo así pudiera suceder. Hugo me dejó, se fue, se marchó con América sin darme explicación alguna y no entiendo por qué ha vuelto hoy completamente borracho y se ha comportado de ese modo al ver a Pablo.

Mientras sirvo las bebidas y aprovecho para relajarme el sonido de la voz de Lolo y Pablo llega hasta mí y presto atención a lo que están diciendo.

—Hugo siempre me ha caído mal, pero he de reconocer que nunca había tenido un comportamiento como el de esta noche —está diciendo Lolo—. Ya se lo decía a Charlotte...

—¿A quién? —le interrumpe Pablo.

—A Carlota. Yo la llamo Charlotte cariñosamente —le explica Lolo—. Pues como te decía...

Y Lolo le cuenta a Pablo cómo Hugo se largó con América y me quedé sin novio, sin mejor amiga y después sin trabajo. Y cómo estaba a punto de perder la casa hasta que se me ocurrió una idea genial. Y le va pintando un panorama tan desolador que temo que Pablo salga corriendo y no vuelva jamás.

Una vez más, siento deseos de estrangular a Lolo y eso es justo lo que pienso hacer en cuanto Pablo se marche. Pero cuando estoy a punto de salir

con las bebidas las palabras de Lolo hacen que me pare en seco.

—Pero Charlotte es fuerte y en lugar de hundirse ha decidido levantarse y luchar. Pronto volverá a tener trabajo, vuelve a tener un mejor amigo, que soy yo, y además ahora también te tiene a ti. Solo le falta encontrar un sitio donde vivir. Por cierto, ¿tú tienes piso?

Capítulo 18

Los días pasan rápidamente sometidos a la estricta rutina que me he marcado.

Cada mañana consulto las páginas de trabajo intentando no desanimarme a pesar de que la mayoría de las ofertas a las que me he apuntado me han descartado como candidata sin ni siquiera citarme para una entrevista, y después me centro al cien por cien en el proyecto de la terraza de Lolo.

Cada pequeño detalle es importante y no quiero dejar nada al azar. No solo por Lolo sino porque empiezo a creer que puede ser el comienzo de algo importante y diferente. Al principio no estaba convencida de ello y he de reconocer que me lo tomé como un juego, pero según van pasando los días el proyecto me va absorbiendo más y voy sumergiéndome en el mundo de la decoración y sus secretos.

La peor parte es la insistencia de Lolo en ver mis bocetos, muy alejados de la perfección, pues es la primera vez que hago algo así y soy consciente de lo mucho que me tendré que aplicar si quiero dedicarme a esto.

En el fondo me encanta chincharle un poco y disfruto mucho del poder que ejerzo sobre él, pero las cosas han llegado demasiado lejos y hace un par de días estuve a punto de tirar la toalla y desvelarle todos los secretos.

Había salido de casa para encargarse los cojines que serán parte importante de la decoración y a mi regreso encontré a Lolo en mi casa, curioseando entre mis cosas y con los bocetos en la mano, aunque él intentó ocultarlos tras la espalda. A pesar de su metro ochenta y siete de estatura, parecía un niño pequeño pillado in fraganti.

—Es mi terraza —se defendió él al verse sorprendido.

—Me diste carta blanca para hacer lo que quisiera —le recordé.

—Sí, pero eso no significa que tengas que envolverlo todo en tanto secreto. En lugar de un simple proyecto de decoración parece que estés

custodiando los papeles del Pentágono.

—¿Has dicho simple proyecto? Me estoy dejando la piel en esto. Te recuerdo que hasta ahora era una simple aficionada a la decoración y he tenido que aprender en tiempo récord un montón de cosas para hacer bien este trabajo —estaba muy enfadada e incluso intenté arrancarle los bocetos de las manos para romperlos en mil pedazos.

—¡Cálmate, Charlotte! Solo quería echar un vistazo. Me muero de curiosidad —me confesó tras verme tan afectada.

—La curiosidad mató al gato —le dije enfadada.

—No sabía que ibas a tomártelo tan mal —y parecía tan arrepentido que me hizo sentir como una auténtica arpía. Quizá me había pasado un poco al estirar la cuerda y la tensé demasiado.

—Solo quería que todo fuera una sorpresa —le dije más tranquila—. Esto es muy importante mí, Lolo. Es una gran oportunidad profesional y también es el modo de agradecerte todo lo que has hecho por mí durante estos meses.

—Lo siento, nena. Pero te prometo que no he visto nada —me dijo devolviéndome los bocetos que permanecían aún doblados—. Toma, no quiero verlos. Confío plenamente en ti.

Me acerqué a Lolo, cogí los bocetos y me cobijé entre sus brazos. Si había algo que necesitaba en ese preciso instante era que alguien confiara en mí.

Cuando recibo un e-mail de Pablo estoy a punto de ponerme a saltar de alegría. Al ver su nombre en la bandeja de entrada siento un cosquilleo en el estómago y no puedo evitar sonreír.

Sin embargo, leer este correo no solo me hace sentir decepcionada, sino que acaba con el cosquilleo en el estómago y lo sustituye por un enorme nudo.

Pablo me adjunta la demanda para que la lea y compruebe si todos los datos son correctos y me pide que le responda lo antes posible.

Nada más.

Ni nada menos.

El alma se me cae a los pies.

Tras la accidentada cena de hace unos días llegué a temer que algo así sucediera, pero tras ver su reacción posterior deseché todos mis miedos y pensé que las posibilidades de que algo sucediera entre nosotros seguían

existiendo.

No podía estar más equivocada.

Ni más triste.

Así que decido poner fin inmediatamente a esta historia y liberar a Pablo de nuestra relación profesional respondiendo a su correo.

Estimado Pablo,

Lo he estado pensando y finalmente no voy a interponer la demanda contra JP Gestión.

Agradezco tu interés y por supuesto estoy dispuesta a pagar tus honorarios por las gestiones realizadas hasta el momento.

Envíame la factura y un número de cuenta y haré transferencia a la mayor brevedad posible.

Un cordial saludo.

Le doy a enviar sin releer lo que acabo de escribir. Temo que si lo hago me retractaré y terminaré por no enviarlo y no quiero que Pablo se sienta obligado hacia mí de ninguna manera.

Cada vez estoy más lejos de mi bella heroína y su buena suerte. Ella no tendría un estúpido exnovio dispuesto a estropearlo todo y mucho menos un apuesto príncipe de ojos azules capaz de tirar la toalla al primer contratiempo.

—¿Cómo que Pablo y tu no podéis venir a cenar conmigo y con Jorge? — vuelve a preguntarme Lolo ante mi reiterada negativa.

—Pues eso, que no podemos —le repito y ya es la tercera vez que lo hago en los últimos cinco minutos.

—¿Quieres dejar de decir eso? Sé que aquí hay gato encerrado y pensaba que entre nosotros no había secretos. Así que deja de repetir que no podéis cenar con nosotros y cuéntame lo que pasa.

Estamos en casa de Lolo tomando un café a media tarde. Todo parecía ir bien hasta que Lolo ha comenzado a decir lo mucho que le gustaría que los cuatro cenáramos juntos y que incluso lo ha hablado con Jorge. En lugar de sincerarme con él y contarle lo ocurrido con Pablo, simplemente le he dicho que no podíamos cenar con ellos. Sé que ha sido una actitud infantil, pero reconocer que, una vez más, he fracasado en mis relaciones con los hombres

no entraba en mis planes, al menos durante un tiempo.

—Es que... bueno, yo... Porque no —insisto.

—Nena, arranca de una vez, por favor —me dice amablemente.

—No he vuelto a saber nada de Pablo —confieso finalmente—. En realidad me envió un e-mail en el que me adjuntaba la demanda y únicamente me decía que la leyera y le diera el visto bueno lo antes posible —le explico con la voz apagada y la cabeza agachada mostrando mi decepción.

—¿Por qué no le has llamado tú?

—¿Por qué iba a hacerlo? Está claro que quería librarse de mí. Así que le respondí que no iba a poner la demanda, no quiero que se sienta obligado a defenderme.

—No me lo puedo creer, Charlotte. Menudo drama has montado por un simple correo —me regaña.

—Precisamente por eso, un simple correo. A veces pocas palabras bastan.

—Por supuesto no se te ha ocurrido pensar que todo tiene una explicación lógica y que no es la que tú te empeñas en creer —me dice y sé que tiene razón, he sido demasiado impulsiva.

—Lo siento, pero ya no tiene remedio. Le he enviado el correo, así que...

—Así que en cuanto vuelvas a tu casa le llamas por teléfono y aclaras la situación inmediatamente —me ordena.

—¿Y si tengo razón y no quiere volver a verme?

—En ese caso será él quien te lo diga. Dale una oportunidad. ¿Te suenan esas palabras, nena?

—No estoy preparada para que vuelvan a darme calabazas —le digo sintiéndome muy abatida.

—Mira Charlotte, la otra noche hablé con Pablo y no es el tipo de persona que huye de los problemas y abandona el barco al primer contratiempo.

—Lo pensaré —le prometo.

—No lo pienses, simplemente hazlo —y diciendo esto se levanta de la mesa y sale de la cocina dejándome sola y dando la conversación por zanjada.

Capítulo 19

Tan solo quedan unos días para que acabe el mes de julio y por fin he encontrado un piso al que mudarme.

No es grande, bueno, en realidad es diminuto, pero no me importa porque me encanta.

Es una bohardilla con salón, cocina americana, un dormitorio y un baño que parece de juguete. Pero tiene una preciosa terraza situada entre los tejados de las casas que la rodean y estoy entusiasmada con ella.

Además, solo necesita una mano de pintura y aunque hay que amueblarla, ya tengo el dormitorio y el salón es tan pequeño que apenas necesitará unos pocos muebles.

Voy pensando en la mudanza mientras camino hacia el banco para firmar las escrituras que me liberarán finalmente del ático, de las deudas y de los lazos que me unían a Hugo. Esta será la primera vez que vea a Hugo desde el día que se presentó en casa borracho y solo espero acabar pronto y dar el tema por zanjado.

Llego diez minutos antes de la hora señalada. No hay rastro de mi exnovio y mi examiga y mi estado de nervios va in crescendo según pasan los minutos. ¿No deberían estar ya aquí? ¿Lo habrán pensado mejor y habrán cambiado de idea?

Respiro aliviada cuando veo entrar a Hugo y a América en el banco. No nos saludamos y me preparo mentalmente para los minutos de tensión que, sin duda, están por llegar. Pero me consuelo pensando que dentro de un rato, todo habrá terminado para siempre.

Nada me prepara para la sorpresa que me espera dentro.

El notario lee las escrituras y nos facilita una copia a cada uno. Me arrepiento de haber venido sola y no haber aceptado que Lolo me acompañara puesto que se trata de una operación importante y no estoy

prestando la atención que sería aconsejable. Pero no quería añadir presión a este momento y sin duda la presencia de Hugo y Lolo en la misma habitación habría sido una bomba.

Finalizada la lectura de las escrituras, tanto de compra-venta como de subrogación de la hipoteca, el notario nos pregunta si estamos de acuerdo y cuando llega el momento de firmar, Hugo se levanta y dice que no va a hacerlo.

Los minutos que se suceden después son un auténtico caos.

No entiendo lo que está pasando. América acusa a Hugo de seguir enamorado de mí y de haberla utilizado como un juguete y él le responde que no quiere volver a verla. Intercambian insultos y gritos y en medio del caos América se levanta, se vuelve hacia mí y antes de marcharse me dedica una única palabra: puta.

¿Putas? ¿De verdad que la mujer que se ha estado tirando a mi novio a mis espaldas mientras yo confiaba plenamente en ella me ha llamado puta?

La situación no puede resultar más rocambolesca.

Mis sueños se desmoronan. No conseguiré librarme jamás del ático, ni de las deudas ni tampoco de Hugo.

Tengo que buscar el modo de hacer regresar a América y hacerla cambiar de opinión antes de que sea demasiado tarde.

Pero la situación vuelve a cambiar rápidamente y volvemos al punto de partida: Hugo manifiesta su intención de quedarse con el piso y hacerse cargo de la hipoteca, así que otra vez tendremos que vernos las caras para firmar unas nuevas escrituras.

Respiro aliviada al oír sus palabras y tan rápido como me es posible, cojo mis cosas y abandono el banco sin despedirme de nadie.

—¡Carlota! —me llama Hugo cuando apenas he dado unos pasos para alejarme del banco.

Me debato entre acelerar el paso y hacerle creer que no le he oído o pararme y escuchar lo que sea que tenga que decirme. Elijo la segunda opción no porque sea la que más me gusta sino porque quiero acabar con esto cuanto antes y no lo lograré dándole esquinazo. Sabe bien dónde encontrarme y sé que lo hará sin dudar.

Me quedo parada en medio de la acera esperando a que Hugo me dé

alcance. Según se va acercando me fijo en que tiene unas enormes ojeras bajo los ojos que indican cansancio y que las cosas no deben irle tan bien como esperaba.

—¿Podemos hablar un minuto? —me pide Hugo poniendo esa cara de niño bueno que tan bien conozco y que me ha dado más de un disgusto.

—La verdad es que tengo prisa —le respondo.

—Sé que he sido un idiota. La he cagado y no merezco que me escuches, pero solo te estoy pidiendo cinco minutos de tu tiempo.

—Está bien —accedo—. Si quieres puedes acompañarme hasta el metro. No dispongo de mucho tiempo.

Hugo asiente con la cabeza y comenzamos a caminar el uno junto al otro. No hace mucho tiempo hacíamos esto a menudo, aunque parecen haber pasado siglos desde entonces. Ahora parecemos dos desconocidos que acaban de ser presentados y que se sienten incómodos el uno junto al otro.

—Lo siento, Carlota. Me he portado muy mal contigo y me gustaría encontrar la manera de poder arreglar las cosas entre nosotros —me dice Hugo.

—¿Arreglar las cosas? —le pregunto y no puedo evitar soltar una carcajada que hace que Hugo me mire con sorpresa y curiosidad—. No hay ninguna manera de arreglarlo. No hay nada que puedas hacer para dar marcha atrás y fingir que nada de esto ha sucedido.

—Sé que no será fácil y que necesitarás tiempo para perdonarme —continúa diciendo.

—No, por supuesto que no es fácil —le aseguro—. Mira Hugo, no sé cómo decirte esto, pero quiero ser sincera contigo. Es demasiado tarde. Mis sentimientos hacia ti han cambiado y lo que menos me apetece en este momento es volver contigo.

—Solías decir que todos merecemos una segunda oportunidad —me recuerda.

—Y lo sigo pensando, pero no puedo mandar sobre los sentimientos y estos ya no son los mismos.

—Pensaba que me querías —dice amargamente—. Yo todavía te quiero.

—Lo siento por ti, Hugo, pero fuiste tú quien te marchaste de casa sin darme ninguna explicación y te recuerdo que entonces no volviste la vista atrás ni un solo segundo. ¿Pensaste entonces cómo me sentía yo? —le pregunto dolida.

Hugo no responde inmediatamente y baja la vista hacia el suelo. No puede responder a mi pregunta sin quedar como un auténtico capullo y lo sabe. Me pregunto cómo tiene la caradura de pedirme una segunda oportunidad sin ni siquiera sonrojarse por ello.

—Lo mejor será que intentes arreglar las cosas con América. En el fondo no es tan mala, aunque a veces tenga esos arrebatos de genio. Estoy segura de que está deseando que la llames.

—¿Cómo puedes hablar bien de alguien que se ha portado tan mal contigo?

—¿No has sido tú quien hace unos minutos me decía que hay que darle una segunda oportunidad a los demás? —le respondo y me alejo de él sin volver la vista atrás.

Cuando llego a casa después de la conversación con Hugo y tras la visita a un par de viveros en busca de algunas plantas para la terraza de Lolo, estoy exhausta.

No podría estar más cansada si hubiese recorrido el Camino de Santiago con una mochila al hombro. Pero las emociones vividas durante la mañana me han dejado fuera de combate y no tengo fuerzas ni para comer.

Me doy una ducha y decido tumbarme en el sillón y leer una novela de Marian Keyes antes de que Lolo regrese del trabajo y me someta a un tercer grado.

Pero cuando aún no he logrado pasar de la primera página, el timbre de la puerta suena y me levanto con desgana arrastrándome por el pisillo. Mi sorpresa es mayúscula cuando me encuentro con Pablo y no con Lolo como había supuesto.

—¿Puedo pasar? —me pregunta Pablo. Está serio y en su cara no hay ni rastro de su habitual sonrisa.

—Sí, por supuesto —le digo sin poder evitar que mi voz suene desgana. El momento que ha elegido para venir no podía ser peor pues no me apetece embarcarme en una nueva discusión con nadie.

Pablo me sigue hasta el salón y le señalo el sillón que queda a mi derecha para que se siente. Prefiero guardar las distancias porque en este momento me siento demasiado vulnerable.

—Supongo que has venido hasta aquí por mi e-mail, pero te aseguro que

lo pensé detenidamente antes de enviártelo y no quiero seguir adelante con la demanda —le digo a Pablo en contra de lo que pienso y de lo hablado con Lolo el día anterior.

—Creo que es una decisión equivocada, pero no he venido a verte por eso.

—Creí que...

—Sí, imagino lo que crees y he de decirte que te equivocas —dice dejándome completamente confundida—. Tu e-mail es toda una declaración de intenciones.

—¿Cómo dices?

—Pensaba que las cosas entre nosotros iban bastante bien y que podíamos... —hace una pausa mientras le miro con impaciencia esperando su siguiente frase y rezando para que diga lo que quiero oír—. Me gustas mucho, Carlota. Sé que acabas de salir de una relación y que tal vez no sea el momento apropiado para iniciar otra, pero estoy dispuesto a esperar hasta que estés preparada.

Mi corazón se derrite al escuchar estas palabras. Lolo tenía razón, el e-mail que Pablo me envió no significaba que quisiera tomar distancia y librarse de mí, sino todo lo contrario. Una vez más me he precipitado y he vuelto a equivocarme.

—Al leer tu e-mail creí que no querías volver a verme y que te sentías obligado a hacerlo por la demanda —le confieso.

—¿Por qué no iba a querer volver a verte? Fui yo quien te invitó a ese primer café, quien te dio su teléfono, quien insistió en que me llamaras y te pidió una primera cita —me recuerda él.

—Lo sé, tienes razón, pero parecías tan frío y distante... Y te oí hablar con Lolo la otra noche. El te contó muchas cosas sobre mí y mi desastrosa vida. La verdad es que ahora mismo no soy ningún chollo.

—Siento mucho que pensaras de ese modo por culpa de un simple correo. Iba a llamarte más tarde para preguntarte si lo habías recibido e invitarte a comer. Y entonces llegó tu respuesta —me explica Pablo.

—Lo siento. Siento mucho lo que ha pasado. No tienes la culpa de todas las cosas que me han sucedido últimamente aunque hayas pagado los platos rotos —me disculpo.

—Entonces, ¿todo ha sido un malentendido?

—Sí, supongo que sí —respondo sonriendo tímidamente.

—Menos mal —y parece sentirse muy aliviado por mi respuesta.

—Respecto a ese otro asunto... quiero decir... ¿De verdad te gusto?

—Creía que ya lo sabías. No he intentado ocultarlo en ningún momento, pero debo haberlo hecho fatal si no te has dado cuenta de ello.

—No, no, no lo has hecho mal, en realidad lo has hecho muy bien, pero no estoy pasando por el mejor momento de mi vida y la verdad es que me siento un poco insegura con respecto a todo.

—¿Es por tu ex? ¿Aún sientes algo por él? —Pablo parece nervioso ante la respuesta que pueda darle y decido contarle la verdad y sacarle de dudas cuanto antes.

Respiro hondo dispuesta a contarle a Pablo la verdad sobre mi relación con Hugo. No es nada fácil porque no quiero que piense que después de tres años de relación todo lo que ha quedado es una burda pelea en el salón de mi casa. Es complicado mirar a los ojos del hombre que puede ser parte de tu futuro y decirle que no sientes nada por el hombre que ahora es parte de tu pasado. ¿Pensará que soy demasiado frívola y superficial?

—No, ya no siento nada por Hugo —comienzo a decir—. Al principio, cuando se fue de casa, me sentí dolida, pero pronto descubrí que no me importaba que se hubiese marchado. Se comportó como un auténtico capullo acostándose con mi mejor amiga, pero me hizo un favor. Lo nuestro no iba a ninguna parte y quizá, si él no me hubiese dejado, yo hubiese tardado en reaccionar.

—¿No estabas enamorada de él?—pregunta Pablo sorprendido por mi confesión.

—Supongo que alguna vez lo estuve, pero hace tiempo que lo nuestro se acabó. Aunque para ser del todo sincera no sé cuándo ocurrió esto último.

Pablo se levanta del sillón y se sienta a mi lado. Estamos muy cerca. Desde aquí puedo ver brillar sus bonitos ojos azules, puedo sentir su aliento acariciando mi cara y cientos de mariposas revoloteando en mi estómago. Es una sensación mágica, única y no la cambiaría por nada del mundo.

Cuando Pablo me mira puedo ver sinceridad sus ojos, levanta la mano y acaricia mi rostro muy despacio, como temiendo que desaparezca de un momento a otro. Entonces sonrío y nuestros labios se acercan lentamente. Tan lentamente que creo que no van a juntarse nunca.

Finalmente nos besamos. Al principio es un beso lento, como una suave mariposa que acaricia mis labios. Después mi boca se abre para dejar paso a su lengua y cuando nuestras lenguas se encuentran, el beso se transforma y va

aumentando de intensidad.

Nuestros labios encajan perfectamente y parece que llevemos mucho tiempo haciendo esto. El beso se prolonga en el tiempo. Sus manos, que hasta entonces estaban alrededor de mi rostro bajan hacia mis hombros y después hasta mi pecho, mientras las mías recorren su torso descubriendo un pecho musculoso y bien depilado, lo cual me resulta de lo más sensual.

No puedo parar. No quiero parar. Y Pablo tampoco parece dispuesto a hacerlo.

—Charlotte, toc-toc-toc, Charlotte, toc-toc-toc, Charlotte, toc-toc-toc.

¿Cómo se atreve Lolo a interrumpir este momento? Por fin estoy besando a un hombre increíble que me hace sentir todas esas emociones y sensaciones que tantas veces he creído experimentar a través de las novelas románticas y alguien se atreve a romper la magia y colarse en mi propia historia.

—¿Qué es eso? —Pablo se separa un poco de mí y mira en dirección al pasillo.

—Es Lolo —digo con resignación—. Le di las llaves para que abandonara esa absurda manía suya a lo Sheldon Cooper, pero le gusta demasiado hacer el payaso.

Capítulo 20

Me despierto sintiéndome feliz por primera vez en mucho tiempo y a pesar de que solo he conseguido dormir unas pocas horas en toda la noche.

Jamás pensé que después de la frustrante y dolorosa ruptura con Hugo alguien aparecería en mi vida devolviéndome la ilusión perdida y haciéndome recuperar la esperanza en el amor.

Aún es demasiado pronto para saber qué nos deparará a Pablo y a mí esta relación que apenas ha dado sus primeros pasos y ese primer beso que durante toda la noche he revivido una y otra vez en mi cabeza. Pero no puedo evitar sentirme tremendamente positiva al respecto.

Me miro al espejo y a pesar de no haber dormido demasiado, descubro a una nueva Carlota de ojos brillantes y mirada radiante.

Tengo ganas de cantar y bailar, de reír y saltar y de comerme el mundo. Las cosas por fin empiezan a encajar en mi vida y aunque nunca pensé que mi felicidad se debería a algo tan sencillo, todo se lo debo a un beso. A un increíble, sensual y perfecto beso que estoy deseando volver a repetir, saborear y profundizar.

El teléfono suena devolviéndome a la realidad. Una realidad que ya no me asusta porque últimamente la vida solo me da cosas buenas.

—¡Hola, Carlota! —me saluda la alegre voz de Pablo.

—¡Hola, Pablo! —le devuelvo el saludo sonriendo ampliamente.

—¿Tienes un minuto?

—Todos los que necesites —le digo generosa.

—¿Te apetece que cenemos juntos esta noche? Sé que es un poco precipitado, pero...

—Me encantaría —acepto inmediatamente sin dejarle terminar la frase.

—En ese caso pasaré a recogerte a las nueve. ¿Te parece bien?

—Sí, las nueve me va bien.

—De acuerdo, entonces a las nueve. Y otra cosa, Carlota, ¿te parece bien si seguimos adelante con la demanda? Sinceramente, creo que deberías hacerlo.

—Sí, yo también lo creo. No sé si conseguiré algo, pero al menos debería intentarlo.

—Es una buena idea. Te veré esta noche —se despide.

—Hasta luego —y cuelgo el teléfono completamente feliz ante la idea de mi nueva cita con Pablo.

He conseguido estar presentable para mi cita de esta noche con Pablo sin la ayuda de Lolo. Bueno, eso no es del todo cierto. En realidad le he llamado por teléfono un par de veces para pedirle consejo e incluso le he enviado una fotografía del vestido que he elegido ponerme. Lolo se ha marchado esta misma mañana a Roma y aunque la factura del teléfono me va a costar un ojo de la cara la ocasión lo merecía.

A las nueve en punto Pablo pasa a recogerme. Al verle, con unos vaqueros y una camisa blanca remangada hasta los codos, me alegro de haber elegido una indumentaria desenfadada, un sencillo minivestido de color verde, que según Lolo es el color de las pelirrojas, y unos zapatos completamente planos.

Me acerco a él con timidez porque no sé cómo debo comportarme. ¿He de besarle en la mejilla o después del beso de ayer debo besarle en los labios?

Pablo resuelve inmediatamente todas mis dudas cogiéndome de la mano y dándome un beso en la boca.

—Estás muy guapa esta noche —me piropea volviendo a besarme, esta vez con un largo beso que me hace flotar.

—Gracias. Tú tampoco estás nada mal.

Pablo me abre la puerta del taxi en el que ha venido, sujeta la puerta para facilitarme el paso y después se coloca a mi lado dando instrucciones precisas al taxista.

—Has venido en taxi —afirmo—. ¿Es que piensas emborracharte esta noche?

—He pensado que sería más adecuado para movernos por Madrid —me explica—. Y en cuanto a lo de emborracharme he de decirte que no es lo que pretendo. Esta noche quiero ser plenamente consciente de mis actos —me

susurra al oído estas últimas palabras y pone su mano sobre mi rodilla produciéndome un cosquilleo que creía olvidado.

Coloco mi mano sobre la suya y Pablo la toma entre sus manos y acaricia mi palma con suaves círculos que me hacen estremecer. Después acerca su cabeza a la mía y posa sus labios justo detrás de mi oreja. Es solo un leve roce, pero consigue erizar toda mi piel provocándome un leve gemido de sorpresa y placer.

Lentamente comienza a bajar sus labios a lo largo de mi cuello dejando un rastro de pequeños besos que desembocan en mi hombro derecho haciéndome sentir una cálida oleada de placer que se extiende por todas mis terminaciones nerviosas.

Entonces soy yo quien gira el rostro buscando sus labios y nos fundimos en un beso que solo puedo calificar de increíble y que consigue dejarme sin respiración.

El momento es tan intenso que apenas somos conscientes de que el taxi se ha parado y hemos llegado a nuestro destino.

—Ejem, ejem —tose el taxista para llamar nuestra atención.

Pablo paga al taxista y salimos a una cálida noche veraniega llena de gente en una ciudad que parece no dormir nunca. Nos encontramos en una estrecha callejuela frente a un pequeño restaurante que hasta ahora desconocía.

Pablo vuelve a cogerme de la mano y entramos en el local, un lugar pequeño, pero encantador, con pequeñas mesas para dos dispuestas estratégicamente para mantener la intimidad de los comensales. En todas ellas hay pequeñas velas que titilan bajo la suave luz del local que apenas sirve para iluminar las mesas.

Es solo el inicio de la noche y, sin embargo, estoy segura de que recordaré esta primera cita durante mucho, mucho tiempo.

Capítulo 21

El día de la mudanza ha llegado y aunque Hugo me llamó para decirme que podía quedarme más tiempo, no quise aceptar su ofrecimiento. Ahora tengo un nuevo hogar y una nueva vida, y estoy deseando empezar a vivirla cuanto antes.

La empresa de mudanzas ha llegado temprano esta mañana y se ha llevado todas mis pertenencias. Unos pocos muebles, algunos cuadros, toda mi ropa y las cajas en las que guardé los libros, los CDs, los DVDs, las revistas de decoración, un bonito juego de té que me regaló Marga, la vajilla que me regalaron mis padres, la cubertería que me regalaron mis amigas y algunas otras cosas, la mayoría de ellas regalos que he ido acumulando a lo largo de los años.

Cumpliendo mi palabra, le he dado a Lolo una copia de las llaves de mi nueva casa y le he pedido que se adelante para abrir la puerta a la empresa de mudanzas mientras yo echaba un último vistazo para asegurarme de que no olvidaba nada.

En realidad estoy bastante segura de que no ha quedado ni rastro de que alguna vez haya vivido aquí, pero necesitaba estar sola un rato y despedirme del que ha sido mi hogar estos dos últimos años.

Lolo, en contra de lo que había supuesto, ha aceptado encantado mi propuesta y se ha marchado inmediatamente sin insistir, como es su costumbre, en quedarse conmigo.

Recorro la casa por última vez, pero aquí ya no hay nada que me pertenezca, la mayor parte de los muebles los eligió Hugo y, aunque los pagamos entre los dos, son demasiado ostentosos para mi nuevo hogar.

Solo echaré de menos una cosa.

Salgo a la terraza y miro a mi alrededor. Las fucsias, las petunias, los rosales, las alegrías y el jazmín crecen exuberantes en sus maceteros de color

blanco. Espero que Hugo cuide de todas ellas y no se echen a perder. Sería una verdadera pena.

Cada rincón me trae un recuerdo diferente, afortunadamente casi todos son buenos.

Me acerco al borde de la terraza y contemplo el paisaje que se extiende ante mí. Un Madrid ruidoso e imposible, lleno de coches, de personas que vienen y van y montones de edificios que se alzan por todas partes. Pero al darme la vuelta todo eso queda atrás porque este rincón es un oasis de paz en medio de una ciudad de locos.

Abandono el ático sin echar la vista atrás y cierro la puerta con llave. Abajo me espera un mensajero a quien le entrego las llaves para que se las lleve a Hugo.

No hay marcha atrás, la vida sigue y he decidido seguir con ella.

—¡Sorpresa! —es lo primero que oigo al entrar en mi nueva casa. Y desde luego es una auténtica sorpresa.

Son mis amigos y mis padres quienes me dan la bienvenida y estoy tan emocionada que siento deseos de llorar de alegría.

Lolo, Pablo y un desconocido rostro que supongo que pertenece a Jorge, sujetan una pancarta en la que puede leerse: *Bienvenida a tu nuevo hogar, Charlotte.*

Tras ellos se encuentran mis padres y mis amigas, Bea, Ana, Silvia y Marga. Todos sonrían y haciendo un auténtico esfuerzo consigo sonreír en lugar de ponerme a llorar como una loca.

Estoy segura de que todo esto ha sido idea de Lolo, de ahí que no haya insistido en quedarse conmigo y en su lugar haya preferido marcharse inmediatamente para darme esta sorpresa.

Me acerco a todos ellos y uno a uno voy besándoles, abrazándoles y dándoles las gracias por haber venido a ayudarme y hacer que este día, que en principio parecía difícil, se convierta en una auténtica fiesta.

—¡Papá! ¡Mamá! ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Cuándo habéis llegado? —les pregunto a mis padres dándoles un abrazo.

Lolo nos llamó pidiéndonos que viniéramos y no nos pudimos negar —me explica mi padre.

—Llegamos anoche y hemos dormido en casa de Lolo —continúa mi

madre—. Ha sido muy amable dejándonos dormir en su casa.

—¿Lleváis aquí desde anoche? —pregunto entendiendo por fin todo el misterio que ayer envolvía a Lolo y su negativa a que cenáramos juntos.

—Queríamos darte una sorpresa —dice mi madre que parece estar muy feliz y decido no enfadarme porque mis padres lleven aquí desde ayer y yo no me haya enterado hasta ahora.

—Vamos a quedarnos unos días, pero no te preocupes, Lolo nos ha ofrecido su casa —dice mi padre.

—Sí, Charlotte, tus padres se quedarán un par de días en mi casa y yo me quedaré aquí contigo —me informa Lolo que parece tenerlo todo muy bien planeado.

—Y ahora pongamos manos a la obra —ordena mi madre y todos los presentes comienzan a desempaquetar las cajas y a colocar las cosas en los pocos muebles que Lolo, Pablo y yo montamos ayer.

—Muchas gracias a todas por venir —les digo a mis amigas que están sacando la vajilla y la cubertería de las cajas para colocarlas en la cocina.

—Vamos, niña, ¿cómo no íbamos a venir? Lolo nos llamó y nos pareció una idea genial venir a ayudarte —dice Bea.

—Yo me he librado de ir a casa de mi suegra, así que soy yo quien debe darte las gracias —bromea Silvia.

—¿Cómo ha conseguido Lolo vuestros teléfonos? —pregunto.

—Vino a verme al trabajo y le di el teléfono de Bea —explica Marga.

—Charlotte, aún no te he presentado a Jorge —dice Lolo que llega de la mano de Jorge.

—Estoy encantada de conocerte por fin y te agradezco mucho que hayas venido hoy.

—Supongo que ya sabes lo persuasivo que puede ser Lolo —señala Jorge.

—Sí, claro que lo sé —respondo, pero mis ojos buscan los de Pablo que en este momento está charlando con mi madre mientras cuelgan un cuadro en la pared.

—Perdonadme un momento —les digo a mis amigos y voy en busca de Pablo—. Mamá, te robo un momento a Pablo, ahora mismo te lo devuelvo.

Llevo a Pablo a un rincón de la pequeña terraza y me aseguro de que nadie pueda vernos. Sin decirle una sola palabra me lanzo a sus brazos y nos damos un largo y ardiente beso que, como ya es habitual, me deja sin respiración. Tenía tantas ganas de hacerlo que no podía aguantar un solo minuto más.

—Gracias por estar aquí —le digo cuando recupero el aliento.

—Si prometes que siempre me recibirás así, creo que vendré a visitarte muy a menudo.

—Eso espero —le digo volviendo a besarle.

—¡Vamos, tortolitos! Hay mucho trabajo por hacer —dice Lolo interrumpiéndonos.

Pablo y yo nos separamos con mala cara y ponemos manos a la obra, aunque en ningún momento dejamos de mirarnos ansiando el momento en el que por fin, estemos solos.

Cuando todos mis amigos se marchan, incluido Pablo, Lolo y mi padre van a comprar algo para la cena, por lo que me quedo a solas con mi madre.

Estoy cansada tras un día de duro trabajo y, sin embargo, mi madre parece estar más fresca que una lechuga recién cogida del huerto.

Estamos sentadas en mi nuevo sillón con los pies en alto mientras tomamos un refresco y charlamos para ponernos al día después de varios meses sin vernos.

—Tienes unos amigos fantásticos, Carlota —sonríe mi madre feliz.

—Sí, son geniales —le confirmo devolviéndole la sonrisa.

—Tu padre y yo estábamos muy preocupados después de lo que pasó con Hugo y de que te quedaras sin trabajo, pero ahora que veo que estás rodeada de tan buenos amigos me siento mucho más tranquila.

—Papa y tú os preocupáis demasiado, mamá. Ya ves que no mentía al decirte que estoy bien —le digo y me siento culpable por mentirle ya que he vivido momentos realmente malos en los últimos meses.

—Lolo se preocupa de verdad por ti. Se ha esforzado mucho para darte esta sorpresa hoy. Tienes que estarle muy agradecida.

—Lo estoy, mamá. Lolo ha sido mi ángel de la guarda en los malos momentos y nunca voy a olvidarlo.

—Pablo es muy guapo, ¿no crees? —suelta de repente cambiando de tema y haciendo que me atragante con la coca-cola.

—Sí, claro, es... es... muy atractivo.

—¿Hace mucho tiempo que os conocéis? —insiste.

—No, en realidad nos conocimos hace un mes más o menos.

—Pareced buen chico y no he podido evitar darme cuenta de cómo te

miraba.

—Mamá, ¿por qué no vas al grano? —le pido.

—¿Estáis juntos? —pregunta por fin.

—Como ya te he dicho, hace poco tiempo que nos conocemos, pero me gusta y... bueno, ya veremos hacia dónde nos lleva esto.

—Me alegro mucho por ti, hija. Pablo parece un buen chico, no como... esto... —balbucea mi madre y decido acudir en su rescate.

—No hace falta que disimules, mamá, puedes decir abiertamente lo que piensas de Hugo. Ya lo has hecho otras veces.

—Pues ahora que lo dices, ni a tu padre ni a mí nos gustaba tu relación con él. Creo que es un poco... superficial —me dice.

—Es engreído, prepotente, chulo, un auténtico imbécil... Lo sé, mamá —añado dejando a mi madre con la boca abierta.

—¿Por que estabas con él entonces?

—Hasta ahora no me había dado cuenta de cómo era realmente —le confieso.

—Nunca es tarde, Carlota, y ahora que has conocido a Pablo la vida vuelve a darte una oportunidad. No la desaproveches —me aconseja.

—No lo haré —le prometo a mi madre a quien hacía mucho tiempo que no veía y sintiéndome muy feliz por tener en mi vida a personas a las que quiero tanto.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —le pregunto a Lolo con enfado mientras busco en la nevera cualquier cosa para preparar una cena improvisada para cuatro personas—. Podrías haberme dicho que ibas a venir con Jorge y hubiese ido a hacer la compra.

—¿Cómo iba a imaginar que tu nevera estaría más vacía que la de Carpanta, nena? —contraataca Lolo—. Tienes un tomate pocho, un trozo de queso rancio y unos pepinillos que están más avinagrados que tú esta noche. Además, sabías que Pablo iba a venir, ¿qué pensabas darle de cenar? ¿Los pepinillos o el tomate?

—Deja de decir tonterías y ayúdame a preparar algo —le digo a Lolo intentando ponerme seria, pero es imposible y tengo que esconder la cara para que no me vea reír.

—¿Qué tal un poco de pasta? Tienes nata, huevos y queso.

—Pero no hay bacón.

—Pues improvisaremos —dice con total seguridad y pone manos a la obra.

Media hora más tarde estamos los cuatro alrededor de la mesa degustando los deliciosos espagueti carbonara que ha hecho Lolo, que tiene tan buena mano en la cocina como con la ropa y al igual que es capaz de hacer un vestido con unas cortinas ha conseguido preparar una cena para chuparse los dedos con los pocos ingredientes que tenía en la nevera.

—Una cena deliciosa, Carlota —me felicita Jorge.

—Te agradezco el cumplido, pero soy inocente —le digo señalando a Lolo.

—No sabía que también cocinabas —dice Jorge que aún no tiene ni idea de las múltiples sorpresas que Lolo será capaz de darle.

—La próxima vez cocinaré de verdad y en mi casa —dice Lolo que aún está molesto conmigo por mi regañina de antes.

—Espero que me invites a esa cena, Lolo, hacía tiempo que no probaba algo tan bueno —le dice Pablo que ha dejado su plato completamente limpio.

—¡Solo son unos espaguetis! —exclamo sorprendiéndolos a todos—. Quiero decir que están deliciosos, pero Lolo es capaz de cocinar platos mucho más exquisitos.

—Es más fácil cuando hay suficientes ingredientes —dice Lolo volviendo la cabeza hacia mí y fulminándome con la mirada.

—Por supuesto —le doy la razón—. Así que espero que dentro de poco, cuando tu terraza esté lista, puedas deleitarnos con una de esas exóticas recetas que se te dan tan bien —le desafío.

—Por supuesto, nena. Sabes que me encantan los retos —y sonrío mirando a Jorge y a Pablo y dándome un tremendo pellizco en el muslo por debajo de la mesa.

Cuando Lolo y Jorge se van suspiro aliviada. Lolo y yo no nos peleamos con demasiada frecuencia y cuando esto sucede es solo cuestión de horas que lo resolvamos. Aun así, la tensión que ha habido esta noche entre nosotros me ha dejado exhausta y también irritada.

—Relájate —dice Pablo tirando de mí y haciéndome caer sobre su regazo.

—A veces resulta tan irritante —digo refiriéndome a Lolo.

—Se le pasará enseguida, igual que a ti, así que deja de pensar en ello.

—¿Tienes algún plan más interesante? —pregunto juguetona pasando mis brazos alrededor de su cuello.

—Se me ocurren algunos —responde atrapando mis labios entre los suyos.

Respondo a su beso con verdadera voracidad, como si llevara siglos en ayunas y por fin hubiese encontrado un plato realmente succulento. Como siempre sucede cuando Pablo me besa, la piel de todo mi cuerpo comienza a erizarse y un profundo deseo me invade. Sus besos y caricias se han convertido en una droga dura y he de confesar que soy completamente adicta a ella.

Aunque hace poco tiempo que estamos juntos, Pablo es ya una persona imprescindible en mi vida. No es solo guapísimo, dulce y encantador, también es el hombre más considerado que jamás haya conocido. A su lado tengo la sensación de haber llegado, por fin, al lugar al que pertenezco.

Con solo mirarme es capaz de provocar en mí un auténtico torbellino de sensaciones y emociones que hasta ahora desconocía. ¿Y qué decir de sus besos? Van desde el más dulce y tierno hasta el más sensual y cálido que jamás haya experimentado, pasando por toda una gama intermedia igualmente sorprendente.

Así que cuando Pablo me besa capturando ávidamente mi lengua con la suya y al apartarme el pelo hacia un lado roza con sus manos la piel de mi cuello, siento que soy un volcán a punto de entrar en erupción.

Intento desabotonar su camisa sin apartarme de sus labios mientras él se deshace de mi camiseta y sujetador con un movimiento rápido y certero. La urgencia en quitarnos la ropa sin dejar de besarnos nos hace caer torpemente al suelo entre un revoltijo de ropa a medio quitar. Tendría su gracia y hasta me reiría si no fuera porque en este momento no puedo pensar en otra cosa que no sea Pablo.

Cuando caemos al suelo y Pablo se coloca sobre mí apartando mi falda de su camino siento que estoy tocando el cielo con los dedos y pierdo el control por completo. Solo deseo sentirle dentro y ya no me importa la ropa a medio quitar ni la dureza del suelo bajo mi cuerpo.

Todo sucede muy rápido y en cuanto empieza a moverse en mi interior me siento al borde del éxtasis y sé, en cuanto nuestras miradas se encuentran, que él siente exactamente lo mismo.

Con el corazón a punto de pararse en mi pecho por el intenso placer que siento, me dejo llevar y emito un gutural e intenso gemido que arrastra a Pablo hacia su propio placer.

Cuando Pablo se derrumba sobre mi cuerpo aún puedo sentir que el mío tiembla. Todo ha acabado demasiado rápido, pero eso no significa que no haya sido perfecto. Y entonces, para hacer del momento algo inolvidable, me susurra al oído un par de palabras que me dejan perpleja:

—Te quiero.

Todo entre nosotros está sucediendo a una velocidad de vértigo y, sin embargo, cuando pronuncia esas palabras, y a pesar de mi aturdimiento inicial, sé que siento exactamente lo mismo.

—Yo también te quiero —respondo aún jadeante.

Volvemos a besarnos, dispuestos a repetir la experiencia, pero esta vez lentamente, saboreando hasta el último centímetro de piel del otro.

Capítulo 22

Adoro a Lolo. Haría cualquier cosa por él, desde donarle un riñón hasta sostenerle la cabeza mientras vomita o escuchar su incesante verborrea durante horas incluso con dolor de cabeza. Pero no puedo vivir con él ni un solo día más.

Lolo lleva una semana durmiendo en el sofá-cama de mi salón y está siendo una semana agotadora.

Es culpa mía, puesto que fui yo quien se empeñó en que se quedara en casa mientras me encargaba de la decoración de su terraza. Pensé que tenerle a mi alrededor mientras trabajaba me volvería completamente loca, pero no se me ocurrió pensar que tenerle a mi alrededor por la noche mientras intentaba dormir después de una agotadora jornada me volvería igualmente loca. Por no hablar de que mis encuentros con Pablo estos últimos días han sido meramente anecdóticos. Apenas hemos intercambiado unos cuantos besos en el ascensor del edificio donde trabaja, donde fuimos pillados in fraganti por su jefe, y un café rápido en el Starbucks que hay al lado de su oficina.

Lolo es mi mejor amigo. Me hace reír la mayor parte del tiempo, aunque la otra parte la pasemos discutiendo. Aun así, me encanta pasar tiempo con él, me encanta compartir parte de mi vida con él y saber que pase lo que pase siempre estaremos ahí el uno para el otro, pero a veces resulta agotador.

Su impaciencia por ver mi trabajo antes de tiempo le ha llevado a tramar todo tipo de extravagancias durante la última semana, pero solo citaré algunas. Por ejemplo, despertarme a media noche aprovechando que estoy medio dormida para sonsacarme información del trabajo que estoy realizando; aparecer en su casa a mitad del día fingiendo haber olvidado algo; intentar emborracharme a base de caipiriñas y tarta de zanahoria y coco regada en litros de coñac o la última, ayer mismo, cuando le pidió a la señora

Petra, una vecina de ochenta y siete años que vive en el 4ºB, que subiera a ayudarme, para que después le diera detalles «de cómo va la cosa por ahí arriba».

Afortunadamente mi trabajo aquí ha concluido y estoy echando un último vistazo antes de que llegue Lolo para comprobar que todo está perfecto. A pesar de todo, el trabajo ha sido muy gratificante y los resultados obtenidos, mucho mejor de lo que jamás hubiese podido imaginar.

Espero que Lolo piense lo mismo que yo, pues me he dejado la piel aquí, al igual que Marga, quien se ofreció a echarme una mano con las macetas y las plantas y quien finalmente ha colaborado en todo el proyecto con el tiempo libre que el trabajo le ha permitido, sorprendiéndome con su buen gusto, su metódico trabajo y su espíritu incansable. Sin ella nada habría sido igual.

Recorro la terraza fijándome en cada uno de los detalles. A la izquierda, la mesa principal es una pieza única que encontré en una pequeña tienda, fabricada con madera de vías de ferrocarril, rodeada de ocho sillas de madera y forja con acabado en color óxido y en cuyos asientos lucen unos preciosos cojines de vivos colores bordados a mano.

A la derecha hay una zona de descanso con dos mullidos sillones de tres plazas cada uno con base de madera, vestidos en color rojo. Ante ellos una original mesa fabricada con palés de madera sobre la cual hay una preciosa lámpara de tipo hindú hecha de cristales de colores.

También hay una gran barbacoa, petición expresa de Lolo, y una zona *chill out* para relajarse, compuesta por una enorme cama con dosel del que cuelgan varias cortinas de gasa de colores que ondean con la suave brisa.

Para completar el conjunto, toda la terraza está rodeada de grandes maceteros de colores pintados a mano en los que crecen multitud de plantas y flores que dan un toque alegre al conjunto.

Creo que a Lolo le va a encantar el estallido de color, tan diferente de lo que había en mi antigua casa, en la que todo era de un blanco impoluto y solo las flores aportaban un toque de color.

El gran sueño de Lolo, las mil y una noches, cobran vida en este rincón de ensueño.

Si algo tiene claro Lolo es que lo prometido es deuda. Hace un mes me

prometió organizar una cena en su casa en cuanto su nueva terraza estuviese lista e invitar a sus amigos del mundo de la moda para presentarme ante ellos como el hada madrina que ha hecho realidad sus sueños. Y he de confesar que ha sobrepasado mis expectativas.

Lolo ha invitado a un selecto grupo de diseñadores, modelos, fotógrafos de moda, periodistas y directores de importantes revistas y por supuesto me los ha presentado a todos, uno a uno, a quienes ha dicho que soy una nueva promesa de la decoración y el diseño e incluso ha impreso tarjetas de visita con todos mis datos que ha repartido a diestro y siniestro entre todos los presentes.

He venido con Pablo, vestida con un precioso vestido verde esmeralda diseñado por un amigo de Lolo y unas sandalias de Manolo Blahnik que Lolo me ha regalado para agradecer mi trabajo en su casa.

Estoy abrumada ante toda esta gente tan guapa y glamurosa y envidia la naturalidad de Lolo para desenvolverse entre todas estas personas.

Escucho los comentarios sobre Lolo y su trabajo, y, aunque hace mucho tiempo que soy su fan número uno, me sorprende oír hablar de su profesionalidad y del buen ambiente de trabajo que es capaz de crear. Sabía que era fantástico y que su trabajo era muy reconocido, pero hasta esta noche no imaginaba hasta qué punto.

Pablo y yo vamos de un grupo a otro de personas, a veces juntos y otras por separado, pero sin perdernos de vista en ningún momento. En realidad, lo que más me apetece en este momento es salir de aquí y poder quedarnos al fin solos. Entre la mudanza y el trabajo en casa de Lolo, las últimas semanas han sido un poco caóticas, y apenas hemos tenido un momento para estar juntos.

Nos pasamos toda la noche lanzándonos miradas llenas de promesas que espero podamos cumplir a la mayor brevedad posible. El simple roce de su mano en mi cintura hace que la temperatura de mi cuerpo se eleve unos cuantos grados y apenas puedo contener el deseo de besarle aquí mismo.

Cuando la noche acaba y Lolo me libera de mis obligaciones, estoy tan cansada que temo quedarme dormida en el taxi de vuelta a casa antes de que Pablo y yo podamos disfrutar de la soledad que ambos llevamos ansiando toda la noche. Pero una vez en el taxi, el simple roce de sus dedos en mi cintura despierta mis instintos más primarios y solo puedo pensar en poseerle y que me posea.

Una vez en el ascensor nuestros besos no se hacen esperar al tiempo que nuestras manos acarician la piel del otro.

Nada más entrar en mi casa, nos desprendemos de toda la ropa que llevamos encima e incluso me atrevo a romper algunos de los botones de la camisa de Pablo llevada por la intensidad del momento.

Ni siquiera llegamos al dormitorio y en medio del salón, contra la pared, sobre la mesa e incluso en el suelo, Pablo y yo damos rienda suelta a toda la pasión que llevamos dentro.

Capítulo 23

Meses más tarde

Mientras conduzco por una atestada autovía intentando salir de Madrid, pienso que mi viaje apenas ha comenzado y que aún tardaré varias horas en llegar a mi destino.

Me dirijo a un pequeño pueblo de la provincia de Teruel en el que no he estado nunca antes y que solo conozco a través de los ojos de Lolo, que tantas historias me ha contado sobre él. Es el pueblo de Lolo, el lugar que le vio nacer, donde creció y vivió hasta que, a la edad de dieciocho años, decidió marcharse.

Aunque Pablo, Marga y Jorge se han ofrecido a acompañarme, he querido hacer esto sola, porque es algo le debo a Lolo y a nuestra amistad.

Estoy muy nerviosa porque no sé si seré bien recibida y también asustada porque no sé si conseguiré mi objetivo, que no es otro que conseguir que la madre de Lolo acepte ir a la boda de su hijo.

Lolo y Jorge van a casarse dentro de tan solo dos semanas. Incluso para mí, que he visto como su relación crecía y se consolidaba en los últimos meses, la noticia fue toda una sorpresa.

Cuando Lolo me dijo que iba a casarse, me alegré muchísimo por él y por Jorge, y me emocioné cuando me pidió que fuese su madrina de boda. Por supuesto, no me hice de rogar y acepté inmediatamente.

—Tú eres lo más parecido que tengo a una familia, Charlotte — me dijo Lolo mientras yo intentaba controlar las lágrimas.

En realidad Lolo tiene su propia familia, una hermana mayor que él, Teresa, con quien mantiene una buena relación aunque no se vean demasiado, y su madre, Lucía, con quien las cosas no han funcionado nunca bien.

Sus padres jamás aceptaron que Manuel, su hijo pequeño, prefiriese

diseñar vestidos para las muñecas de su hermana que jugar al fútbol con los demás niños del pueblo.

Lolo solía visitar a sus padres cada Navidad, aunque estos no le perdonasen jamás su homosexualidad y pensasen que era una vergüenza para la familia. Pero una vez que su padre falleció, Lolo desistió de su intención de reconciliarse con su madre y dejó de visitarla.

Teresa vive en el pueblo con su madre y con su propia familia, un marido y tres hijos a quienes Lolo apenas conoce, y dirige una casa rural. Ha sido con ella con quien he mantenido varias conversaciones en los últimos días y, aunque ella opina que mi visita no hará cambiar de opinión a su madre con respecto a Lolo y que no seré capaz de convencerla de asistir a la boda, se ha mostrado totalmente dispuesta a colaborar conmigo en todo momento.

Aunque Lolo jamás lo reconocería, que su madre asistiese a su boda sería el mejor regalo que podrían hacerle ese día.

Durante el viaje, pienso en lo mucho que ha cambiado mi vida en los últimos meses. Gracias a Lolo tengo un nuevo trabajo que me encanta y soy mi propia jefa, y, por si fuera poco, tengo una nueva casa y también a Pablo, con quien la relación va viento en popa a toda vela. Aunque no todo ha sido fácil.

Tras la cena que mi amigo celebró en su casa para dar a conocer mi trabajo pasaron semanas hasta que recibí mi primer encargo. Lolo me pedía paciencia, y tenía mucha razón, pero la inseguridad y un único trabajo en mi currículum por todo aval de mis capacidades en el campo del diseño, hicieron que mis esperanzas se desvanecieran tan rápidamente como habían llegado.

Hasta que un día especialmente malo en el que regresaba de una decepcionante entrevista de trabajo, recibí la primera llamada. Se trataba de una modelo amiga de Lolo que buscaba nuevas ideas para decorar la terraza de su ático.

Mi entrevista con la famosa modelo dio sus frutos y a partir de aquel momento y sin saber como había sucedido, a mi teléfono y correo electrónico empezaron a llegar encargos de todo tipo. Por supuesto, no todos de mi agrado, y aunque algunos salieron adelante, otros muchos no lo hicieron. Aun así, absorberlo todo yo sola empezó a ser imposible. Entonces, una vez más, sucedió algo inesperado: Marga se unió a mi equipo.

Todo sucedió una tarde, mientras tomábamos un refresco en una pequeña cafetería junto a su trabajo y Marga me dijo que tras haberlo meditado

detenidamente quería trabajar para mí.

Marga llevaba diecisiete años trabajando en JP Gestión como Secretaria de Dirección. Tenía un puesto fijo y bastante seguro, sin embargo, estaba dispuesta a dejarlo todo para unirse a mi recién estrenada aventura empresarial.

Conocía el trabajo de Marga, y sabía que no solo era una persona muy organizada, eficiente e inteligente, además hablaba un perfecto inglés fruto de sus ocho años de matrimonio con un diplomático en los que viajó y vivió en diferentes lugares del mundo. Me habría encantado contar con ella, pero no quería engañarla.

—No puedes embarcarte en esta aventura conmigo y dejar tu trabajo —le dije intentando hacerla entrar en razón.

—Necesito un cambio —me confesó ella—. Mírame, tengo cuarenta y siete años y estoy harta de mi vida. Lo más emocionante que me ha pasado en los últimos años ha sido ayudarte con la terraza de Lolo. ¿No crees que soy patética? Estoy mortalmente aburrida de hacer siempre lo mismo. Voy de casa al trabajo, del trabajo a casa y los fines de semana me quedo cuidando de mis sobrinos para que mi hermana y su nuevo novio salgan a divertirse. Trabajar contigo traerá a mi vida emoción y sorpresas, estoy segura. Así que por favor, dime que sí, dime que me dejaras trabajar para ti.

—No sé qué decir, Marga —respondí. No tenía ni idea de que ella se sintiese así respecto a su vida y mucho menos que considerara que trabajar conmigo fuese a introducir en ella los cambios que estaba buscando para hacerla más emocionante.

—No me importa si al principio no puedes pagarme. Tengo dinero ahorrado y si lo necesitas puedo hacerte un préstamo —me dijo con mirada suplicante.

—Tengo que decirte que no.

—¿Ni siquiera vas a pensarlo? —su decepción era notablemente visible en su cara, que de repente se había puesto tan blanca como la camisa que llevaba puesta.

—Ya lo he pensado y no quiero que trabajes para mí, sino conmigo. ¿Aceptarías ser mi socia al cincuenta por ciento?

—¿Quieres que sea tu socia? —me preguntó con incredulidad.

—Sé que no es una gran empresa y que quizá tengamos los días contados, pero creo que juntas tendremos más oportunidades —le expliqué intentando

ser honesta.

—Acepto —dijo Marga sonriendo ampliamente—. ¡Camarero! Tráiganos una botella de cava. Mi socia y yo tenemos que hacer un brindis.

Según el GPS estoy a punto de llegar al pueblo de Lolo, apenas un par de kilómetros más y habré llegado a mi destino.

Teresa me ha dicho que Lucía suele estar siempre en casa a esta hora viendo su programa favorito, *Las Mañanas de la 1*.

El termómetro del coche marca una temperatura exterior de dos grados bajo cero; demasiado frío para estar en otoño y ser casi mediodía.

El paisaje que me rodea es impactante. Hasta donde me alcanza la vista se extienden kilómetros de tierras aradas que se funden en el horizonte con un cielo azul completamente despejado. A lo lejos un pequeño pueblo de casas de piedra entre las que sobresale el campanario de una iglesia. Las calles están completamente vacías, no se ve ni un alma, lo cual no es extraño si tenemos en cuenta el frío que hace.

Lolo siempre me ha dicho que su pueblo era muy pequeño y que apenas vivía gente en él, pero no podía imaginar hasta qué punto tenía razón, estoy segura de que aquí hay menos casas y vecinos que en el edificio donde vivo.

No puedo imaginar a Lolo viviendo aquí.

El Lolo que yo conozco es todo glamur y sofisticación. Un urbanita consolidado. Comprador compulsivo, adicto a las fiestas, los viajes y las marcas de lujo. ¿Qué demonios hacía un chico como él en un lugar como este?

El pueblo tiene su encanto, es tranquilo y muy silencioso. Sus bonitas casas de piedra forman un conjunto muy agradable a la vista y se respira una profunda paz. Quizá enloquecería si viviera aquí cada día, pero es el lugar ideal para perderse durante unos días y tomarse un descanso.

Al salir del coche un viento gélido me azota el rostro y me arrepiento de no haberme abrigado mucho más. Me dirijo sin perder tiempo hacia la casa donde vive Lucía junto a su hija, sus nietos y su yerno. Es una preciosa casa de piedra de dos alturas con varios balcones en la segunda planta. Las ventanas son de madera y están pintadas de color rojo al igual que la puerta principal. Sobre ella hay un cartel también de madera en el que puede leerse: *Hotel Rural Casa Lucía*.

Llamo a la puerta y me abre una mujer de mediana edad que supongo que es Teresa. Al contrario que Lolo, Teresa es bajita y muy delgada. Lleva un corte de pelo anticuado y su ropa, unos pantalones negros y un jersey rojo de lana no tienen nada que ver con la ropa a la última que viste siempre su hermano. No hay nada en ella que recuerde al alto, fuerte y atractivo Lolo.

—Buenos días. Supongo que eres Teresa —la saludo entre el castañeteo de dientes.

—Y tú debes de ser Carlota. Pero pasa, por favor, estás helada.

—Gracias —respondo y acepto su invitación agradeciendo el calor del interior de la casa.

—¿Qué tal el viaje?—pregunta amablemente.

—Bien, he tardado menos de lo que esperaba.

—Y ¿cómo esta Manuel? Hace más de una semana que no hablo con él.

—Lolo está bien. Trabajando y viajando, como siempre, y ahora muy atareado con los preparativos de la boda.

—Sí, lo sé. Me alegra mucho que por fin haya encontrado a su media naranja.

—Le encantaría que estuvieses allí ese día—le digo refiriéndome a la boda.

—¿Tú crees? —pregunta insegura.

—Pues claro que sí. Lolo siempre habla de ti y de lo mucho que le has apoyado siempre.

—¿Por qué no te quitas el abrigo? Mamá está en el salón viendo la televisión. Es la primera puerta a la derecha. Te llevaré un café caliente.

—Gracias, Teresa.

Camino despacio a lo largo del pasillo. Solo unos metros me separan de Lucía. Cruzo los dedos, respiro hondo y me encamino hacia mi próxima aventura.

Lucía está sentada en un sillón de flores azules sobre un fondo blanco. Frente a ella, en el televisor, Mariló presenta el programa *Las Mañanas de la 1*.

Miro a mi alrededor y me gusta lo que veo. Se trata de una habitación grande pero muy acogedora, presidida por una chimenea de gran tamaño en la que arden varios troncos de leña y en la que se pueden ver varios

ambientes, todos ellos pensados para el descanso de los huéspedes.

—¿Quién eres tú? —me pregunta Lucía que ha advertido mi presencia y me mira con suspicacia con sus vivos ojos de color azul pálido.

—Soy Carlota, usted no me conoce, pero soy amiga de su hijo Lolo —me presento.

—¿Manuel? ¿Mi Manuel?

—Sí, su hijo Manuel —afirmo—. ¿Le importa si me siento? He venido a verla para hablar de algo importante.

—¿Está bien Manuel? —pregunta alarmada.

—Sí, él está perfectamente —la tranquilizo.

—Era un buen chico, pero eligió el mal camino y se fue de casa —afirma convencida.

—Es una excelente persona, de hecho tiene muchos amigos y...

—Mariquitas.

—¿Cómo dice? —le pregunto sorprendida por su afirmación.

—Digo que todos sus amigos son mariquitas. Eso no está bien a los ojos de Dios —afirma taxativamente.

—Verá Lucía, no he venido para hablar con usted de la homosexualidad de su hijo. En realidad he venido a verla porque Manuel va a casarse y su presencia el día de la boda sería muy importante para él.

—¿Va a casarse con un hombre?

—Sí, por supuesto, su futuro marido se llama Jorge y están muy enamorados —le explico.

—Bueno, pues si eso es lo que has venido a decirme ya te puedes marchar —me dice subiendo el volumen del televisor y dando por terminada nuestra conversación.

Me debato entre marcharme tal y como Lucía quiere que haga o quedarme e intentar convencerla para que asista a la boda de su hijo. No tengo un plan B, así que ya que estoy aquí y he recorrido un largo camino para llegar, no puedo irme sin más.

—Lucía, quiero que sepa que su hijo es un buen hombre —comienzo a decir—. Le encanta su trabajo y tiene muchos amigos que le quieren, pero echa de menos a su familia.

Lucía sigue mirando fijamente el televisor y parece ignorarme completamente.

—Yo no estaría aquí intentando convencerla de que vaya a su boda si no

creyera completamente en lo que digo.

—No me ha invitado. Ni siquiera viene a visitarme desde que murió su padre —dice Lucía.

—Manuel habla cada semana con Teresa —le aseguro—. ¿Cómo iba a saber yo de su existencia y la de su familia si él no hablara de todos ustedes? Sé que se preocupa por usted y que le encantaría mantener una relación más estrecha, pero teme ser rechazado de nuevo.

—Él eligió su camino. Sabía lo que pasaría y aun así decidió marcharse y dejar atrás a su familia —dice sin apartar la vista del televisor.

—El no eligió su homosexualidad. Lo pasó mal durante mucho tiempo y tuvo que luchar contra viento y marea, pero finalmente ha sabido aceptarse a sí mismo y seguir adelante. Debería usted hacer lo mismo y darle una oportunidad.

—¿Qué diría la gente? —me pregunta visiblemente afectada y entiendo que no debe ser fácil vivir en un pueblo tan pequeño donde todo el mundo tiene una visión bastante cerrada del mundo.

—La gente no puede criticar que una madre quiera a su hijo y le acepte tal y como es —le digo y por primera vez veo en sus ojos algo de comprensión y ternura—. Si aceptara ir a su boda se daría cuenta de que Lolo es feliz, tiene muchos amigos que le quieren y que a ninguno nos importa si su pareja se llama Juan o María.

En ese momento llega Teresa con una bandeja en la que trae café y unas galletas que parecen recién horneadas. Agradezco que haya elegido este momento para interrumpirnos porque necesitaba un respiro.

Teresa nos sirve café y se sienta a mi lado en el sofá. Me mira intrigada y respondo a su mirada con un encogimiento de hombros. No sé si algo de lo que he dicho ha servido para hacer cambiar de opinión a Lucía o por el contrario, tal y como me dijo Teresa antes de aventurarme a venir, tenía la batalla perdida de antemano. Aun así me alegro de haber venido y haberlo intentado. Lolo se merece este pequeño esfuerzo.

Para mi sorpresa y la de Teresa, Lucía parece haber tomado ya una decisión.

—Teresa —comienza a decir Lucía—. Tienes que llevarme a comprar un vestido. Los que hay en mi armario son muy viejos y necesito algo nuevo y elegante para ir a la boda de mi hijo.

Teresa sonrío y niega con la cabeza con incredulidad. Lleva años

intentando que su madre acepte a su hijo y deje atrás todos sus prejuicios sin ningún éxito. Supongo que se preguntará qué demonios le he podido decir yo para hacerla cambiar de opinión en tan solo unos pocos minutos. No tengo la respuesta, a veces una frase muy simple puede dar la vuelta a una situación y hacer ganar una batalla que se creía perdida.

Capítulo 24

Llego a casa de noche, cansada después del largo viaje pero satisfecha por los resultados obtenidos.

Después de que Lucía haya mostrado su conformidad para asistir a la boda de Lolo, me he mostrado dispuesta a marcharme enseguida, pero Teresa ha insistido en que me quedara a comer con ellas y finalmente he aceptado.

Lo que más me apetece en este momento es ver a Pablo, últimamente pasamos juntos casi cada noche, pero hoy no nos veremos. Ambos hemos decidido esta misma mañana que puesto que yo tenía un largo viaje por delante y él una reunión con la ONG con la que colabora, Ni Un Desahucio Más, esta noche la pasaríamos cada uno en nuestra casa. Ahora me arrepiento de haber tomado esa decisión. Debería haberle llamado para decirle que iría a su casa finalmente.

Decido que lo mejor es tomar un largo baño, cenar algo ligero y meterme en la cama con un libro. Después de todo, una noche sin compañía puede resultar agradable.

Aparco el coche en el garaje y subo en el ascensor hasta mi casa. Cuando salgo del ascensor y dirijo la mirada hacia la puerta de mi piso, me quedo paralizada al ver a la persona que hay apoyada sobre ella.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto a Hugo que tiene un aspecto horrible con el pelo revuelto, barba de varios días y la corbata desanudada.

—He venido a verte —dice arrastrando las palabras y me doy cuenta de que ha vuelto a beber. Su aliento huele como una destilería de whisky y no consigue vocalizar bien.

—No creo que sea buena idea. Si quieres puedo pedirte un taxi para que te lleve a casa y...

—¿No vas a dejarme pasar? Tengo que ir al baño.

Abro la puerta y me echo a un lado para permitirle el paso. Hugo va

directamente al baño, que encuentra enseguida aunque está borracho y es la primera vez que viene.

La idea de estar sola con él en el estado en que se encuentra me resulta desagradable. Aún recuerdo la última experiencia, cuando aún vivía en el piso que habíamos compartido durante dos años y Hugo apareció borracho. Sé que puede resultar peligroso y ahora no tengo a Pablo y a Lolo para echarme una mano si las cosas se ponen feas.

He cometido un error dejándole entrar y me arrepiento de haber sido tan insensata. ¿Qué hago si comienza a insultarme o se pone violento ante mi negativa a volver con él? Se ha pasado los últimos meses enviándome mensajes al móvil e incluso me ha enviado flores en dos o tres ocasiones pidiéndome perdón y una nueva oportunidad.

Ni Lolo ni Pablo saben nada sobre los mensajes y las flores porque no quería que se preocuparan. De nuevo, me arrepiento de no habérselo contado a nadie.

—No has respondido a mis mensajes —dice Hugo con dificultad cuando vuelve del baño.

—Creía habértelo dejado claro. No quiero volver contigo.

—Te quiero. Sé que cometí un error al irme con esa zorra de América. Ella prácticamente se metió en mi cama y...

—No quiero saberlo —le corto—. Todo eso forma parte del pasado y yo quiero ir hacia adelante. ¿Por qué no lo intentas tú también? —intento convencerle pero no parece estar escuchándome.

Hugo se acerca a mí sonriendo y comienzo a sentirme realmente asustada por lo que pueda suceder a partir de ahora. Me siento acorralada y miro a mi alrededor buscando una salida, pero está demasiado cerca para escapar de él.

Cuando Hugo llega hasta donde estoy, se acerca tanto a mí que puedo sentir su aliento en mi cara. El olor del alcohol mezclado con otro olor que no logro descifrar me revuelve el estómago y me hacen girar la cara y cerrar los ojos.

Por increíble que me parezca ahora, hubo un tiempo en el que creí que nos queríamos y que pasaríamos el resto de nuestra vida juntos. No queda nada de todo aquello, solo un lejano recuerdo.

Todo pasa muy deprisa. Hugo me coge la cara y me obliga a mirarle. Intento resistirme, pero me agarra con fuerza provocándome un agudo dolor en la mandíbula y el cuello.

Cuando estamos frente a frente, le miro intentando encontrar en él algo que me recuerde al hombre que un día creí amar, pero es imposible. Sus ojos no parecen verme y se ha convertido en un absoluto extraño para mí.

Un segundo después me besa desesperadamente. Noto su lengua en mis labios intentando abrirse paso hacia el interior de mi boca y aunque lucho con todas mis fuerzas y le tiro del pelo para apartarle, no lo consigo.

Me siento cada vez más asustada y ni siquiera soy capaz de pensar con claridad.

De un tirón, Hugo logra desgarrar mi camiseta y me veo abocada al peor de los finales. Aunque le empujo con toda la fuerza de la que soy capaz, ni siquiera logro hacer que se mueva un milímetro y no puedo liberar las piernas porque me mantiene completamente pegada a la pared sujetándome con las suyas.

Me falta el aire y la habitación comienza a girar a mi alrededor. Tengo la tentación de rendirme, pero sé que jamás podría perdonármelo.

Cuando su lengua vuelve a penetrar en mi boca, le muerdo con fuerza provocándole un grito de dolor. Aprovecho su momentáneo desconcierto para zafarme de sus brazos y escaparme tras darle una patada en la entrepierna.

Hugo se dobla de dolor, pero se recupera rápidamente. Veo rabia en sus ojos y una sonrisa en sus labios. Está completamente fuera de sí y sin perder el tiempo corro intentando alcanzar la puerta de la calle antes de que él me alcance a mí.

Aunque consigo llegar hasta la puerta, Hugo viene detrás y cae sobre mi cuerpo haciendo que el aire de mis pulmones salga de un solo golpe.

Estoy perdida, pienso, y entonces una llave en la cerradura me devuelve la esperanza.

Intento tirar de la puerta para abrirla, pero el peso del cuerpo de Hugo presionando sobre el mío me lo impide. Grito pidiendo ayuda y entonces la puerta se abre de un fuerte golpe arrastrándonos a los dos y haciéndonos perder el equilibrio. Hugo cae al suelo y aunque me sujeta fuertemente consigo mantenerme en pie asida a la puerta.

Pablo entra por fin mirándonos a Hugo y a mi desconcertado primero y furioso después al entender lo que está ocurriendo.

Mi aspecto no debe ser bueno, tengo la camiseta destrozada y me cuesta respirar. En cuanto a Hugo, está tirado en el suelo fuera de sí, se ha dado un tremendo golpe en la cabeza al caer y tiene sangre en la comisura de los

labios.

—¿Estás bien? —pregunta Pablo mientras me derrumbo en sus brazos aliviada por su milagrosa aparición. Desearía ponerme a llorar y lamentarme, pero Hugo está todavía en el suelo y nos observa a los dos furioso.

Hugo intenta ponerse en pie, pero su coordinación no es demasiado buena y tarda un rato en conseguirlo. Pablo le mira, furioso por lo que acaba de ocurrir. Siento cómo los músculos de su cuerpo se tensan y sé lo que va a pasar a continuación.

—No lo hagas, Pablo —le pido intentando sujetarle para impedir que haga algo de lo que más tarde pueda arrepentirse—. Llamaré a la policía.

—Pero si te estaba gustando, nena. Lo he visto en tus ojos —dice Hugo provocador.

—¡Te voy a matar, cabrón! —grita Pablo lanzándose sobre él y tirándole de nuevo al suelo.

—¡No! Déjale, por favor —le pido, pero Pablo no me escucha y le pega a Hugo un puñetazo en la cara.

—Por favor —le ruego cogiéndole de los brazos—. No quiero que por su culpa hagas algo que pueda arruinaros la vida.

Pablo aprieta los dientes y asiente con la cabeza. Después saca el teléfono de su abrigo y llama a la policía.

Hugo sigue en el suelo con los ojos cerrados después del puñetazo que le ha propinado Pablo. Me arrodillo a su lado para comprobar su estado y cuando advierte mi presencia abre los ojos y comienza a reírse a carcajadas.

La policía se lleva a Hugo a la comisaria y poco después llegan Lolo y Jorge muy preocupados por lo sucedido. He intentado convencer a Pablo para que no llamase a Lolo, pero ha dicho que si no lo hacía, este no se lo perdonaría jamás. Sé que tiene razón, pero ahora mismo no me veo capaz de enfrentarme a nadie y sé cómo se tomará Lolo que no le haya contado nada sobre las flores y mensajes enviados por Hugo.

—¿Por qué no me has contado nada de todo eso antes? —me regaña Lolo visiblemente enfadado.

—No quería preocuparos y no creí que Hugo llegaría tan lejos —le explico a mi amigo mientras Pablo y Jorge están en la cocina haciendo café.

—Ya lo hizo una vez, así que deberías haberle dado más importancia.

—Lo siento, de verdad no creí que... —pero no consigo acabar la frase y no puedo evitar derrumbarme de nuevo. No sé qué habría sucedido si Pablo no hubiese aparecido de pronto y tiemblo solo de pensarlo.

—Podría haber sido mucho peor —dice Lolo que parece estar leyendo mis pensamientos—. ¿Por qué no estabas con Pablo?

—Teníamos un día muy complicado y decidimos no vernos esta noche —le explico.

—Cuando salí de la reunión pensé que no era demasiado tarde y decidí venir —dice Pablo que aparece junto a Jorge llevando una bandeja con varias tazas de café.

—Ese hijo de puta podría haberle hecho un daño irreparable si no llegas a aparecer —le dice Lolo a Pablo que no parece dispuesto a olvidar lo que ha hecho Hugo esta noche.

—Estoy bien, de verdad —le tranquilizo.

—Pablo me ha contado que no es la primera vez que sucede —dice Jorge que hasta ahora ha permanecido en silencio dejando a Lolo hablar—. A partir de ahora tendrás que ser más cuidadosa. Conozco a ese tipo de personas y no suelen rendirse fácilmente.

—No pienso perderla de vista —dice Pablo sentándose a mi lado y abrazándome.

Pienso en la enorme suerte que tengo por tener a mi lado a estas personas que se preocupan tanto por mí. Sé que tienen razón, Hugo podría intentarlo de nuevo y quizá la próxima vez no tenga tanta suerte.

Cuando el timbre de la puerta suena de nuevo es Jorge quien va a abrir. No sé de quién podrá tratarse a estas horas de la madrugada y me sorprende al ver a Marga, pálida y con la cara desencajada que viene hacia mí.

—Carlota, ¿estás bien? —pregunta abrazándome con fuerza—. Lolo me ha llamado y he querido venir enseguida para ver cómo estabas.

—Gracias, Marga, pero estoy bien. No deberías haber venido y tú, Lolo, no deberías haberla llamado a estas horas —le regaño.

—Pues claro que sí. Lolo ha hecho lo que tenía que hacer y aunque lamento lo sucedido, ahora mismo no desearía estar en ninguna otra parte —dice ella haciendo que nuevamente una lágrima escape de mis ojos.

Marga y yo nos abrazamos mientras que en mi interior estalla una tormenta de emociones.

Hace unos meses creía tenerlo todo, un atractivo novio, un bonito piso, un

trabajo bien pagado y una buena amiga con la que podía contar siempre. Ahora sé que todo aquello no era verdad, solo hizo falta que el viento soplara levemente para que todo se derrumbara bajo mis pies. Sin embargo, en lugar de sentirme triste, me siento feliz. Todo aquello en lo que creí se ha esfumado, pero en su lugar ha quedado algo infinitamente mejor.

Capítulo 25

Según van pasando los días el recuerdo de Hugo va quedando relegado a un rincón de mi mente. No puedo bajar la guardia, a Hugo le soltaron a la mañana siguiente y aunque intento no pensar en ello, a veces me aterroriza la idea de que pueda estar esperándome en cualquier esquina y que esta vez consiga hacerme daño.

Afortunadamente tengo otras cosas en las que pensar. Marga y yo tenemos mucho trabajo y hemos tomado la decisión de contratar a una persona para que nos eche una mano con el trabajo administrativo. En este momento Marga esta entrevistando a un candidato mientras que yo espero a Lolo para ir a recoger el chaqué que ha encargado para el día de su boda.

Estoy sentada en mi mesa, respondiendo algunos e-mails y buscando nuevos proveedores. Cuando decoré la terraza de Lolo, Marga me presentó a su hermana, Sonia, que fue la persona que hizo los cojines para las sillas y el rincón *chill out*. Desde entonces y gracias a Sonia hemos contactado con otros artesanos que realizan todo tipo de muebles, maceteros, portavelas, lámparas y un sinfín de accesorios de decoración.

Marga y yo estamos constantemente buscando nuevos proveedores y dedicamos parte de nuestro tiempo a visitarlos. Es increíble ver cuánto talento hay por todas partes.

Cuando llaman a la puerta, aunque aún es pronto, estoy completamente convencida de que se trata de Lolo que estará impaciente por recoger su traje de novio. Pero una vez más, y debería estar ya acostumbrada, la persona que está al otro lado de la puerta no es quien espero.

—Hola, Carlota. ¿Puedo pasar? —me saluda América.

No respondo inmediatamente, pero me echo a un lado para permitirle el paso. Ella pasa a mi lado con seguridad, con la cabeza muy alta como si hubiese hecho esto cientos de veces.

—Tienes una oficina muy bonita —opina mirando a su alrededor.

—¿A qué has venido? —intento que mi voz suene indiferente y recuerdo el día que fui a buscarla al trabajo y ella no me recibió con los brazos abiertos.

—Te debo una explicación y una disculpa —comienza a decir.

—Llegas un poco tarde —respondo. No estoy dispuesta a ponérselo fácil aunque intente ser más educada de lo que ella lo fue conmigo.

—Me gustaría haber venido antes, pero reconozco que no me he atrevido hasta ahora. Sé que no me porté bien contigo. Me gustaba Hugo y no me detuve hasta conseguirle sin pararme a pensar en el daño que podía hacerte —me explica.

—Tú siempre has hecho lo mismo. Cuando querías algo lo cogías sin más. Así que no puedo decir que me sorprendiera demasiado.

—Supongo que pedir que me perdones es una pérdida de tiempo.

—Sinceramente, América, no tengo ningún problema en perdonarte. Gracias a ti mi vida ha cambiado y soy mucho más feliz ahora —le digo y ella parece sorprendida ante estas palabras—. Pero las cosas nunca podrán ser como antes entre nosotras. No somos amigas y no volveremos a serlo nunca.

—No sabía que fueses rencorosa. Siempre hablabas de segundas oportunidades y de que la amistad estaba por encima de todo —me dice con gestos grandilocuentes.

—Sigo pensando lo mismo, pero no creo que nunca fueses mi amiga. Los amigos no actúan como tú lo hiciste. Así que tampoco te mereces una segunda oportunidad —le digo rotundamente.

América me mira como si fuese la primera vez que me ve. Estos meses me han cambiado y ya no soy la ingenua Carlota que confiaba en cualquiera y presuponía que todo el mundo era digno de confianza.

—Cometí un error y lo siento. Fui egoísta, pero me he dado cuenta de lo mucho que me equivoqué y ahora sé que nunca debí haberme acostado con Hugo —por primera vez desde que ha llegado parece sinceramente arrepentida, pero toda la confianza que un día deposité en ella se ha esfumado y se ha llevado por delante cualquier sentimiento que pudiera haberme inspirado en el pasado.

—Nunca podría volver a confiar en ti. Me hiciste daño. Hubiese entendido que Hugo y tú os enamoraseis, esas cosas pasan y no se puede luchar contra los sentimientos. Pero os comportasteis como dos auténticos cabrones

conmigo dejándome tirada sin ninguna explicación. ¿Cómo crees que me sentí cuando me dejó mi novio y también la que consideraba mi mejor amiga? ¿Alguna vez te paraste a pensar en ello? ¿Estarías aquí ahora si Hugo no te hubiese dejado? —le escupo con fiereza pues empiezo a sentirme realmente cabreada.

—¿Me estás diciendo que si te hubiese contado lo mío con Hugo nos habrías dado tu bendición? —me pregunta sonriendo irónicamente—. No creo que Santa Carlota fuese tan Santa. Me enamoré de Hugo, ese fue mi error, y cuando supe que me correspondía no pensé en el daño que podría hacerte. Te lo he dicho, fui muy egoísta. Y no sé si ahora estaría aquí si aún estuviésemos juntos —me dice y pienso que al menos es sincera, más de lo que esperaba.

—Nunca volveremos a ser aquellas chicas que intercambiaban secretos y se reían juntas de cualquier cosa. Las dos hemos cambiado, yo lo he hecho y ya no quiero las mismas cosas que antes. Así que lo siento, América, pero nada volverá a ser igual entre nosotras.

—Supongo que Lolo se habrá sentido feliz al ver como nuestra amistad se desvanecía.

—¿Qué insinúas? —pregunto a la defensiva. No voy a consentirle que hable mal de Lolo, esa es una línea roja que no pienso dejar que traspase.

—Nunca le gusté y estoy segura que tiene mucho que ver con tu decisión de no darme una oportunidad. Te habrá envenenado con...

—Lolo ni si quiera habla de ti —la interrumpo—. Ninguno de los dos hablamos ni de ti ni de Hugo porque...

—Porque no nos interesáis en absoluto —me interrumpe Lolo apareciendo ante nosotras—. Siempre he pensado que eras una zorra mentirosa además de una hortera vistiendo —dice mirándola de arriba abajo—. Pero ni Carlota ni yo perdemos el tiempo hablando de vosotros.

—Siempre estás allí donde te necesitan —le dice América volviéndose hacia él.

—Igual que tú —responde Lolo pasando a su lado y colocándose junto a mí—. Siempre tan amiga de tus amigos.

—Nunca te he caído demasiado bien, ¿verdad?

—Pues no, Alaska.

—América —le corrige ella.

—Alaska, América o Australia, igual da. Un nombre demasiado grande

para alguien como tú.

—No importa lo que Lolo piense de ti o lo que tú pienses de él. El es mi amigo y tú ya no eres nada para mí —le aclaro a América.

—Vamos, Charlotte o llegaremos tarde a nuestra cita —dice Lolo cogiéndome del brazo.

—Adiós, América —me despido—. La próxima vez que hagas algo piensa en las personas a quienes pueden afectar tus decisiones.

Lolo y yo salimos de la oficina sin darle a América la oportunidad de decir nada más. En otro tiempo me hubiese sentido culpable por sentirme feliz mientras que alguien que una vez significó mucho para mí parece sentirse desgraciada. Pero todo ha cambiado y mientras camino del brazo de Lolo por las calles de Madrid no puedo evitar que una amplia sonrisa se dibuje en mis labios.

Los días que preceden la boda de Lolo son una auténtica locura para Marga y para mí, e incluso para Pablo, quien se ofreció a echar una mano a Lolo que este no dudó en aceptar de buena gana.

Marga y yo seremos las encargadas de las flores y los centros de mesa que decorarán el antiguo convento convertido en hotel y lugar de ceremonias en el que se celebrará la boda. Y aunque a primera vista parecía un encargo sencillo, las cosas se han ido complicando poco a poco hasta llegar a una situación insostenible.

Todo comenzó con la elección de las flores para la zona donde se celebrará la ceremonia; primer desacuerdo, puesto que Marga y yo consideramos que lo más acertado era elegir calas, lirios y tulipanes de color blanco mientras que Lolo ha pasado ya por todas las flores y combinaciones posibles de colores. Después las cosas se complicaron con la elección de los centros de mesa. Flores, frutas, verduras, recipientes amarillos, verdes, de rafia, metálicos, de madera, forrados de seda, de tul, de estilo rústico o moderno...

Para hacer las cosas aún más difíciles, Jorge tuvo que marcharse inesperadamente hace unos días, con lo cual no solo contamos con un par de manos menos, sino que ha desaparecido el bálsamo relajante que hace que Lolo sea más humano y menos tirano.

Pablo, Marga y yo nos hemos convertido en las damas de compañía de un

insoponible Lolo que a cada paso sugiere nuevos cambios de última hora — o minuto— que afectan a los floreros, las flores, la tarta, el champán, el vino, los manteles e incluso a nuestro propio vestuario para ese día. Así que, inteligentemente, hemos decidido hacer turnos para acompañar a Lolo ante el riesgo cierto de que enloquezca antes del gran día.

Cuando llego a mi piso, Pablo me está esperando para cenar. Ha preparado la mesa con velas y flores frescas y de la cocina llega un delicioso aroma que hace rugir mis tripas de hambre después de un largo día en el que solo he tomado un sándwich y un par de cafés con leche.

—Si esto no acaba pronto no me quedara más remedio que asesinarle — tiro el bolso y el abrigo sobre un silla y me siento encima de Pablo que está en el sillón leyendo unos papeles—. No me casaré jamás si eso significa tener que pasar por todo esto nuevamente.

Pablo me da un beso muy dulce mientras me masajea la espalda produciéndome un agradable placer y un profundo relax. Después de un día intenso de trabajo y acompañando a Lolo por todo Madrid en busca de su última ocurrencia, las atenciones de Pablo al llegar a casa son el mejor de los remedios.

—¿Quiere eso decir que no vas a casarte nunca? —me pregunta sin dejar de besarme.

—No en los próximos cien años —respondo pasando la mano por su incipiente barba.

—Seremos demasiado viejos entonces.

—Eres demasiado bueno con el tirano de Lolo. Nunca te quejas de sus extravagancias aunque te arrastre de un lugar a otro sin descanso.

—Lolo me cae bien y soy un tipo paciente —dice simplemente.

—Lo sé, eres un encanto y para ser justa diré que él también suele serlo. Pero en este momento es un vendaval que lo arrasa todo a su paso. Menos mal que el sábado las cosas volverán a la normalidad —suspiro aliviada.

—¿Qué dirías si te pidiera que te cases conmigo? —me pregunta y busco en sus ojos algo que me indique que solo está bromeando, pero sus bonitos ojos azules y su sonrisa sincera me dicen que habla completamente en serio.

—Lo dices en serio —afirmo sintiéndome aterrada—. Quiero decir... bueno... esto...

—Carlota, no es necesario que lo decidamos esta misma noche y no tiene que ser una boda como la que planean Lolo y Jorge —intenta tranquilizarme,

pero no lo consigue y sus palabras solo hacen que me sienta cada vez más asustada.

—¡Hablas en serio! —vuelvo a decir y me pongo en pie buscando a mi alrededor un lugar en el que esconderme—. Tengo que ir... al baño —me disculpo y desaparezco en el diminuto cuarto de baño sintiéndome muy confundida por lo que acaba de suceder.

¿De verdad Pablo me acaba de pedir que nos casemos? No tengo respuesta para esa pregunta y me escondo en el baño durante un buen rato deseando poder cerrar los ojos y desaparecer para siempre.

—Eres una auténtica cobarde, Charlotte —me recrimina Lolo después de contarles a Marga y a él lo sucedido la noche anterior con Pablo.

—La culpa es tuya por casarte —me defiende sabiendo que Lolo tiene razón. Soy una cobarde y además no he pegado ojo en toda la noche y estoy enormemente irascible.

Me siento muy mal por mi comportamiento y mucho peor porque cuando finalmente tuve el valor de salir del baño, Pablo no volvió a sacar el tema y no me recriminó mi comportamiento, aunque se notaba a la legua que se sentía decepcionado.

—Cuando algo no te gusta los demás tenemos la culpa —vuelve a la carga Lolo—. Pablo es un ser humano como pocos y encima es guapísimo, con esos ojitos azules y esa sonrisa capaz de derretir el Polo Sur enterito. Ni siquiera le importa que piensen que es gay cuando le ven conmigo. ¿Sabes la cantidad de veces que le han confundido con mi pareja en estos últimos días? Y él nunca se ha molestado en negarlo. Ahí lo tienes, nena —y remata la frase con una palmada para hacerla más contundente.

Pero no es necesario. Sé que Pablo es un verdadero amor y el hecho de que Lolo me lo recuerde constantemente me hace sentir muy mal conmigo misma. Sin embargo, no puedo evitar el miedo que me embarga ante la idea del matrimonio. Hace poco más de un año que mi relación con Hugo acabó y, aunque no siento absolutamente nada por él y estoy segura de estar enamorada de Pablo, todo parece ir demasiado deprisa y no puedo evitar sentir vértigo.

—Tengo que darle la razón a Lolo —dice Marga que hasta ahora no había dado su opinión—. No te has comportado con la madurez que te caracteriza,

deberías haber mantenido una conversación con Pablo en lugar de salir corriendo y esconderte.

—Vale, lo admito, no estuve muy acertada, pero ¿casarnos? —muevo la cabeza de un lado a otro.

—Ni acertada, ni atinada, ni nada de nada, nena —me regaña nuevamente Lolo—. Nadie te va a obligar a casarte y deberías hablar con Pablo.

—Te dije que no tenía que ser algo inmediato. Además, Pablo te quiere y tú le quieres. Seguro que podéis llegar a un consenso —dice sabiamente Marga—. Te conozco desde hace años y jamás te había visto tan feliz como lo eres desde que estás con él.

—Pablo es lo mejor que te ha pasado —continúa diciendo Lolo.

—¡Pues si es tan bueno puedes quedártelo! —le digo enfadada.

—Si fuera gay y Jorge no existiera me lo quedaría inmediatamente —responde él.

—Habla con él —me anima Marga—. Si no estás preparada para dar un paso tan importante estoy segura de que lo entenderá.

—Creo que necesito un poco de tiempo para pensar en todo esto.

—Pues date prisa o se te pasará el arroz —Lolo no me da tregua y está empezando a sacarme de mis casillas.

—Tengo veintinueve años, no es el fin del mundo.

—No puedes ir por la vida pensándolo todo a cada paso que das. Déjate llevar —me recomienda Lolo.

—¿Puedo quedarme a dormir en tu casa? —le pido a Lolo poniendo ojos de cachorro.

—¿Vas a cambiar a un hombretón que te espera con los brazos abiertos por un gay como yo?

Lolo sabe muy bien como fastidiarme y disfruta enormemente haciéndolo.

—Es solo una noche...

—Puedes venir a mi casa —sugiere Marga acudiendo a mi rescate.

—Está bien. ¿Por qué no venís las dos a mi casa? —propone Lolo—. Así podrás decirle a Pablo que vamos a celebrar una noche de chicas y eso te dará una excusa para pensar. Pero solo esta noche, Charlotte —me advierte.

Marga y yo aceptamos inmediatamente la invitación y respiro aliviada al no tener que enfrentarme a Pablo, al menos esta noche. Sin embargo, sé que si no es hoy será mañana, tarde o temprano tendré que hacerlo y de momento la perspectiva me parece aterradora.

Cuando Pablo me llama por la mañana para preguntarme si nos divertimos en casa de Lolo, le respondo con monosílabos y me despido enseguida de él con la excusa de una cita con un cliente. Una sola noche no ha sido suficiente para pensar en nuestra relación y lo que espero de ella. Solo tengo claro que todo va demasiado deprisa y que sin apenas darme cuenta me encuentro inmersa en una relación demasiado seria.

¿Estoy preparada para dar un paso más?

Dejar mi piso, en el que apenas llevo viviendo un año significa, en cierto modo, renunciar a mi independencia.

Quiero a Pablo y sé que él me quiere también, pero ¿no hubo un tiempo en el que creí estar enamorada de Hugo?

Tres años después descubrí que todo lo que había vivido junto a él había sido una mentira. Hugo se acostó con mi mejor amiga y me dejó por ella y yo descubrí que mis sentimientos hacia él se habían desvanecido en algún momento de nuestra relación y sin darme cuenta siquiera.

Tengo demasiadas dudas en este momento. Necesito tiempo para pensar tranquilamente y tomar una decisión de la que más tarde no me arrepienta. Pero temo que si le cuento a Pablo todas las dudas que me embargan le perderé para siempre. Como él me recuerda constantemente, es un hombre paciente, pero ¿será lo suficientemente paciente para soportar a alguien con tantas dudas e inseguridades? Sinceramente no lo sé, y aunque lo fuese, creo que no se lo merece.

A pesar de todo sé que debo sincerarme con él. Tengo que contarle cómo me siento y estoy segura de que juntos podremos tomar la decisión más adecuada para ambos aunque eso signifique el fin de nuestra relación.

Después de muchas horas pensando en ello le envió un mensaje al móvil y le digo que esta noche nos veremos en su casa. El resto del día lo dedico a responder llamadas y correos electrónicos y a ultimar los detalles de la entrega de flores para la boda de Lolo y Jorge.

Utilizo mi llave para entrar en casa de Pablo. Las intercambiamos hace tiempo, cuando apenas llevábamos juntos un par de meses, lo cual demuestra lo rápido que ha sucedido todo entre nosotros.

Pablo me espera sentado en el sillón del salón tomando una copa de vino que sostiene en la mano mientras lee unos papeles que tiene en el regazo.

Cuando levanta la vista de los papeles y me ve, sonrío y se levanta inmediatamente. Se me acerca, me abraza y me besa en los labios dulcemente. Pienso en lo bien que me siento entre sus brazos y estoy a punto de olvidarme de todo y dejarme llevar tal y como me recomendó Lolo la noche anterior.

—Te he echado de menos —me susurra al oído produciéndome un escalofrío que me pone la piel de gallina.

Dejarme llevar es lo que más me apetece en este momento, pero si lo hiciera no estaría siendo sincera ni con Pablo ni conmigo.

—Tenemos que hablar —le digo finalmente echando mano de todo mi valor.

—Eso no suena demasiado bien —dice Pablo y cuando me mira con esos preciosos ojos de color azul siento que algo dentro de mí comienza a romperse. Me odio por estar dispuesta a perder algo tan bueno y hacerle daño por culpa de mis dudas e inseguridades—. Ven y siéntate, te traeré una copa de vino.

Me siento haciendo caso a Pablo y miro los papeles que ha dejado sobre la mesa. Como suponía, se trata de una carpeta de Ni Un Desahucio Más, la asociación a la que Pablo dedica gran parte de su tiempo libre poniendo sus conocimientos al servicio de aquellos que lo necesitan y no pueden pagarlos. Y eso me hace sentir aún más culpable.

¿De verdad que voy a estropear algo tan maravilloso en lugar de dejarme llevar y seguir adelante? Un hombre como él bien lo merece.

Pero está esa otra parte de mí diciéndome que debo hacer lo correcto y no puedo evitar escucharla.

—¿De qué quieres que hablemos? —me pregunta Pablo tendiéndome la copa de vino y sentándose a mi lado.

—El otro día, cuando hablabas de casarnos, ¿lo decías en serio?

—¿Es eso lo que te preocupa? —sonrío mostrándome su dentadura blanquísima y perfecta—. Verás, Carlota, he tenido otras relaciones antes de estar juntos, pero nunca había sentido por nadie lo que siento por ti. Te quiero y nada me gustaría más que pasar el resto de mi vida a tu lado. No importa si nos casamos o no, estoy dispuesto a hablarlo y a que seamos los dos quienes tomemos una decisión juntos.

—No sé qué decir, Pablo. Lo que acabas de decir es precioso, pero yo...

—No tenemos que tomar una decisión inmediatamente. Solo quería que supieras que me encantaría compartir mi vida contigo y que me gustaría dar un paso más en nuestra relación.

—Te quiero, Pablo. De verdad que te quiero. A tu lado me siento maravillosamente bien, me encanta estar contigo y me encanta como eres, lo que eres y lo que piensas —le confieso con voz temblorosa y sintiendo cómo las primeras lágrimas se me empiezan a acumular en los ojos.

—¿Cuál es el problema, Carlota? —me pregunta Pablo muy serio.

—El problema soy yo —digo al fin—. Todo parecía ir bien, pero la otra noche cuando hablaste de casarnos... algo se desató dentro de mí y comencé a tener dudas. Ya he pasado por esto y no me fue demasiado bien, así que creo que no estoy preparada —le digo al tiempo que me levanto, cojo el bolso y el abrigo, y salgo de casa de Pablo como alma que lleva el diablo.

Sé que soy una cobarde y es probable que me arrepienta siempre de lo que acabo de hacer, pero ni Pablo ni yo nos merecemos una relación de la que, de momento, no estoy segura.

Capítulo 26

Pablo no salió corriendo tras de mí cuando me fui de su casa anoche. Tampoco me llamo por teléfono más tarde, ni ha dado señales de vida en todo el día. Ni un solo mensaje. Nada.

Una parte de mi se siente aliviada. Eso es lo que quería, tiempo para reflexionar y decidir qué es lo que más me conviene. Pero está esa otra parte que no deja de repetirme que estoy equivocada y que quizá ya no exista esa oportunidad de reflexionar ni decidir sobre nada porque todo ha acabado.

Ni siquiera me he atrevido a decírselo a Lolo. No quiero ni oír lo que tendrá que decirme cuando se entere de lo sucedido, y a tan solo dos días de su boda. Supongo que se sentirá tentado de matarme y no se lo reprocharé, merezco el peor de los castigos por mi comportamiento. Sin embargo, a mi favor he de decir que estaba muerta de miedo y que no estaba dispuesta a encontrarme otra vez sola, sin casa, sin pareja y teniendo que comenzar de nuevo. No lo soportaría.

—¿Estás bien? —es la cuarta vez que Marga me lo pregunta esta mañana y las tres anteriores le he respondido que sí, aunque es más que evidente que le he mentado.

Estamos en medio de un gran proyecto. Nos han encargado la decoración de un piso situado en una de las mejores zonas de Madrid. Es la primera vez que nos enfrentamos a un proyecto así, el interior de una vivienda, y aún no puedo creer que alguien haya podido depositar su confianza en dos novatas cuyo currículum no pasa de las terrazas de unos cuantos áticos.

—No, no estoy bien —le confieso al fin—. He dejado a Pablo.

—¿Que has hecho qué? —Marga esta tan sorprendida que derrama la leche fuera de la taza poniéndolo todo perdido—. ¡Fíjate lo que he hecho!

—Sé lo que vas a decir y tienes razón, estoy completamente loca y quizá me arrepienta de haber tomado esta decisión, pero no estaba segura de querer

seguir adelante.

—¿Qué ha dicho Pablo?

—No le di tiempo a decir nada. Me fui de su casa sin dejarle que dijera nada —le digo bajando la vista porque me siento avergonzada por mi actitud.

—Ya veo. Creo que cometes un grave error, pero todos tenemos derecho a equivocarnos —me asegura Marga—. Lo malo es que algunos errores son irreparables. Te lo digo por experiencia.

Marga sale de la cocina dejándome sola y llena de dudas. Más dudas de las que ya tenía y muchas más de las que puedo soportar. Así que cojo el abrigo y salgo de la oficina sin saber a dónde dirigirme.

Hace mucho frío y un fuerte viento que apenas me deja caminar. El suelo está lleno de hojas secas que movidas por el viento forman alegres remolinos a ras del suelo. Pero no estoy de humor. Todo lo que me rodea me recuerda a Pablo. Una pareja que se besa junto a un portal, una embarazada que me hace pensar en los hijos que Pablo y yo nunca tendremos o una última hoja que cae de un árbol dejándolo vacío y desnudo, tal y como me siento yo ahora.

Acelero el paso y camino sin mirar hacia ninguna parte.

Cuando soy consciente de que llevo mucho tiempo caminando es casi de noche y no sé dónde estoy.

Llego a casa mucho después de que haya anochecido. Finalmente he cogido un taxi para volver y me ha sorprendido lo lejos que he llegado caminando.

La puerta no está cerrada con llave, tal y como la he dejado esta mañana y mi corazón se acelera ante la posibilidad de que Pablo haya decidido venir y esté esperándome.

Recorro los escasos metros que me separan del salón con el corazón a punto de estallar, deseando encontrar a Pablo sentado en el sillón, estudiando sus papeles con una copa de vino en la mano como si nada hubiera sucedido. Pero no es Pablo, sino Lolo y Marga, quienes me esperan.

—Aquí tienes, el resultado de tus sabias y maduras decisiones —me dice Lolo nada más verme dándome un juego de llaves.

Lo reconozco inmediatamente, es el juego de llaves que le di a Pablo y lo sé porque lleva un bonito llavero de piel que compré a uno de los artesanos que Marga y yo visitamos hace unos meses.

—Lamento no tener las cosas tan claras como tú —le digo prácticamente susurrando porque no tengo ganas de discutir con nadie y cojo las llaves y las

tiro sobre la mesa como si me quemaran en las manos.

—No te entiendo, Carlota —comienza a decir mi amigo llamándome por mi nombre, algo que solamente hace cuando no está para bromas—. Tienes unos padres maravillosos que siempre te han apoyado, tienes buenos amigos y también un hombre que te quiere. Y por supuesto están todas esas dudas que parecen abordarte a cada paso que das —Lolo pasea de un lado a otro del salón y ni siquiera me mira—. Creía que eras más lista pero...

—Si has venido a insultarme ya te puedes ir —le digo, pero no tengo fuerzas para levantar la voz y no sueno muy convincente.

—Yo no soy Pablo, así que quieras o no a mí vas a escucharme.

—Ni siquiera me ha llamado —le digo—. Si es verdad que me quiere, ¿dónde está ahora?

—Está en su casa, dándote tiempo para que entres en razón, si es que la tienes, algo que empiezo a dudar seriamente —me dice Lolo duramente.

—Creo que será mejor que vaya a hacer café —dice Marga poniéndose en pie.

—Mejor trae el whisky —ordena Lolo—. Me temo que va a ser una larga noche.

—No quiero discutir contigo, Lolo —me siento en el sillón frente a él y suspiro larga y ruidosamente.

—Si Pablo no está aquí ahora mismo es porque no quiere agobiarte. Sabe bien por lo que has tenido que pasar con Hugo y no quiere que pienses que es igual que él.

—¿Te ha llamado él?

—No, he sido yo quien le he llamado para decirle algo, pero ha sido él quien me ha pedido que venga esta noche para estar contigo.

Las palabras de Lolo me golpean directamente en el corazón. Pablo le ha pedido que venga a mi casa esta noche, seguramente para que me sienta menos sola y alguien pueda consolarme. Pero no hay consuelo posible en este momento. Una parte de mí cree haber hecho lo correcto mientras que otra está completamente arrepentida.

Marga trae la bebida, hielo y unos vasos y sirve en cada uno de ellos una buena dosis de whisky. He de confesar que no me gusta esta bebida, pero tengo frío y necesito algo que me haga entrar en calor.

—¿Cómo puedes hacerme esto cuando faltan menos de cuarenta y ocho horas para mi boda? —me pregunta Lolo—. Tendré unas ojeras horribles por

tu culpa, Charlotte. No pienso perdonarte por esto.

—¿Ira él a la boda?

—Por supuesto. Pablo es un hombre de palabra.

Sí, lo es, y también es el padrino de la boda, así que me sentiría horriblemente mortificada si por mi culpa Pablo no fuese a la boda. Sé lo buenos amigos que Lolo y él han llegado a ser en estos últimos meses.

—Me has tenido muy preocupada todo el día —me dice Marga sentándose a mi lado—. Te he llamado al móvil, pero te lo habías dejado en la oficina y he pensado que debía venir a traértelo —dice sacando el teléfono del bolsillo de su chaqueta.

—Gracias. Ni siquiera me he dado cuenta de que no llevaba el teléfono.

—Charlotte, ¿te das cuenta de lo que has hecho? —dice Lolo recuperando de nuevo la palabra—. Soy tu amigo y si estás segura de esto te apoyaré hasta el final, pero si no lo estás, si tienes la más mínima duda, debes hacer algo inmediatamente.

—Estoy segura —respondo con absoluta rotundidad, aunque en este momento ni yo misma sé lo que quiero.

—Bien, en ese caso emborrachémonos cuanto antes. Dicen que beber quita las penas, y falta nos hace.

Lolo coge la botella de whisky y nos rellena los vasos con una cantidad más que generosa del espirituoso líquido.

Beber quita las penas. No sé si será cierto, pero lo que sí sé es que una vez superada la borrachera todo seguirá siendo exactamente igual.

El viernes, un día antes de la boda, es una auténtica locura, a pesar de que ahora contamos con la ayuda de Jorge que ha regresado de su viaje y también con la de mis padres, que llegaron ayer del pueblo e inmediatamente se pusieron a disposición de Lolo.

Afortunadamente cada uno tiene sus propias tareas y aún no he tenido que enfrentarme a Pablo. Pero en algún momento coincidiremos y mañana ambos tendremos que acompañar hasta el altar a los novios y compartir la misma mesa tras la ceremonia.

Marga y yo nos encargamos de colocar las flores en el lugar donde se celebrará la ceremonia civil y las disponemos a lo largo y ancho de la gran sala en bonitos cubos de zinc y en guirnaldas que cuelgan de las sillas donde

se sentarán los invitados.

También tendremos que colocar los centros de mesa en el salón donde se servirá posteriormente la comida que, después de muchos debates y opiniones encontradas, consisten en recipientes de cristal llenos de limones naturales sumergidos en agua. La idea fue de Marga y aunque al principio nos resultó algo chocante, después de hacer algunas pruebas, pudimos comprobar que no solo era una idea original, sino que quedaban muy bien además de combinar a la perfección con el azul de los manteles de las mesas.

Jorge y Pablo son los encargados de recoger las cajas de Möet & Chandon de la bodega y traerlas al convento, puesto que no nos aseguraban la entrega antes del sábado y no quisimos arriesgarnos.

Por su parte, mis padres se encargan de la disposición de las mesas y para ello están colocando bonitos tarjetones amarillos sobre ellas con el nombre de cada uno de los invitados.

De Lolo no sabemos nada. No nos coge el teléfono y esta mañana solo nos ha dicho que tenía muchas cosas que hacer y que nos veríamos más tarde. Espero que no esté en un spa haciéndose uno de esos tratamientos antiestrés a los que es adicto.

En medio de la vorágine y mientras Marga y yo descargamos kilos y kilos de limones del coche, aparece Pablo. Le veo a lo lejos y bajo la vista para que nuestras miradas no se crucen. No sé cómo actuar ni cómo reaccionará él después de la escenita estilo «novia a la fuga» que protagonicé la otra noche en su casa.

—¿Puedo ayudaros? —pregunta Pablo con total normalidad y me pregunto cómo es capaz de actuar como si nada hubiese sucedido.

Me quedo callada porque no se qué contestar y deseo que la tierra se abra y me trague por completo.

—Sí —responde Marga.

—No —digo yo al mismo tiempo.

Pablo nos mira a ambas y después coge una caja de limones y la lleva al interior del convento.

Me siento completamente estúpida y decido que he de dar la cara y afrontar la situación con madurez. No me va a quedar más remedio que pasar tiempo con Pablo hasta que todo esto acabe. «Solo es un día, Carlota», me digo. Y pongo manos a la obra con toda la calma y serenidad que soy capaz de encontrar en mi interior.

Por la noche, alojados en el convento y a pocas horas del gran día, Lolo, que ha aparecido por la tarde sospechosamente relajado y con el cutis brillante, propone que Marga, él y yo compartamos habitación.

En mi opinión es una pésima idea puesto que conozco bien a Lolo y sé que no nos dejará pegar ojo en toda la noche, pero es su última noche de soltero y no me atrevo a llevarle la contraria.

—Y ahora, chicas, hagamos un brindis —dice Lolo que aparece ante nosotras con una botella de Möet & Chandon y tres copas.

—¿No habrás asaltado las provisiones de champán? Pablo y Jorge se han pasado toda la mañana haciendo viajes a la bodega y descargando cajas del coche —regaño a Lolo que ha estado todo el día en paradero desconocido mientras los demás hacíamos todo el trabajo sucio para que mañana las cosas salgan bien.

—¿Qué es una botella entre todo ese océano de champán? —Lolo sonríe y descorcha la botella.

—Vamos, Carlota, ánimo —dice Marga—. Lolo tiene razón, solo es una botella y nos vendrá bien después de un día agotador.

—Está bien, tomaré una copa, pero sólo una porque mañana no quiero tener resaca y unas ojeras que me lleguen hasta los pies.

—¿Podéis creer que mañana a estas horas seré un hombre casado? —dice Lolo completamente feliz ante su inminente boda con Jorge—. Y después nos iremos de luna de miel a una paradisíaca playa tailandesa.

—Estuve una vez en Tailandia —nos informa Marga—. Fueron unas vacaciones fantásticas y me encantó el lugar. Estoy segura de que os divertiréis mucho.

—¿Por qué te divorciaste, Marga? —le pregunto pues siento curiosidad por la vida que llevaba antes de su divorcio.

—Si te digo la verdad, me cansé de viajar de un lugar a otro, de no tener un verdadero hogar y de estar lejos de mi familia. Carlos estaba totalmente entregado a su trabajo y yo me sentía sola. Así que le pedí el divorcio y el aceptó.

—Eso suena muy civilizado, nena —opina Lolo.

—Cuando algo se acaba hay que aceptarlo y seguir adelante. Quizá si las cosas hubiesen sido de otro modo entre nosotros... —nos dice Marga con la

mirada perdida—. Poco después me enteré de que se había vuelto a casar.

—Supongo que sería un duro golpe —le digo.

—En realidad no —nos confiesa—. Cuando nos casamos estábamos enamorados, pero después la relación se enfrió hasta tal punto que en los últimos años apenas hablábamos y tampoco manteníamos relaciones íntimas.

—¡Eso es horrible! —exclama Lolo—. No me imagino a Jorge y a mí viviendo una situación así. El sexo entre nosotros es apasionado y tan... tan... No tengo palabras para describirlo —dice Lolo con los ojos brillantes—. ¿Qué hay de ti, Charlotte? ¿Cómo es el sexo con Pablo?

—El sexo con Pablo es una experiencia absolutamente increíble —reconozco ante mis amigos tras dos copas de champán—. Supongo que es algo que echaré de menos.

—Aún no es tarde, nena. Tienes a ese hombretón justo en la habitación de al lado —Lolo señala la pared que hay frente a nosotros y yo la miro fijamente intentando imaginar qué estará Pablo haciendo en este momento.

—Seguramente está muy aburrido —insinúa Marga.

—Pensaba que esta era una noche especial. Será tu última noche de soltero, Lolo, y no me la perdería por nada del mundo.

—¿Ni por una apasionada noche de reconciliación y sexo con un semental? —pregunta Lolo con tono burlón y ligeramente achispado.

—No. Por nada del mundo —reitero y bebo mi copa de un trago intentando no pensar en cuándo será la próxima vez que disfrutaré de una apasionada noche de sexo.

Como hubiese dicho mi abuela, a este paso me quedaré para vestir Santos.

La peluquera coloca la última horquilla en mi pelo mientras me miro en el espejo y trato de reconocer a la mujer que veo en él.

Me encuentro muy diferente con el pelo recogido en un bonito moño bajo decorado con pequeñas flores blancas en hileras que destacan visiblemente sobre mi pelo rojo.

Marga me mira desde el espejo y asiente con la cabeza mientras me guiña un ojo. Está guapísima con su melena negra cayéndole en ondas sobre los hombros y un vestido rojo de tirantes, de falda recta salpicada con pequeños cristales que brillan bajo la tenue luz del sol que ilumina la habitación.

Tras la sesión de maquillaje y peluquería me dispongo a vestirme. Por

elección de Lolo voy vestida de blanco y luciré un precioso vestido con escote palabra de honor y una bonita falda de vuelo bordada con pequeñas flores blancas que ha diseñado un amigo suyo.

Cuando acabo de vestirme, Lolo entra en la habitación corriendo. Está muy guapo con su chaqué de color gris marengo, la camisa blanca y el chaleco y la corbata de color azul celeste. Lleva el pelo aún mojado tras la ducha y en los puños luce los gemelos de oro blanco con las iniciales de Jorge y de él que Marga y yo les hemos regalado a ambos.

—¿Estáis listas, nenas? —pregunta mirándonos a ambas alternativamente—. Marga, estás divina —le dice a esta mientras la toma de la mano y la hace girar sobre sí misma—. Y tú, Charlotte, pareces una princesa.

Echo un último vistazo al espejo antes de aceptar el brazo que Lolo me tiende y vuelvo a sorprenderme ante mi imagen. Sí, parezco una princesa, solo me falta el príncipe azul.

Lolo y yo bajamos las escaleras cogidos del brazo. Al llegar al final, una alfombra roja recorre la distancia hasta el salón en el que se celebrará la ceremonia.

Los *flashes* de los tres fotógrafos que Lolo se ha empeñado en contratar destellan a nuestro paso y me siento muy nerviosa ante toda esa gente que nos espera. Lolo también está nervioso, lo sé porque con su mano derecha agarra con fuerza la mano con la que me sujeto a su brazo izquierdo, y pienso que nunca le había visto tan nervioso ante nada.

¿Qué hará cuando vea a su madre?

Teresa me ha telefoneado esta mañana para decirme que habían llegado y han estado escondidos en la habitación de Pablo esperando a que llegara este momento.

Al fondo del salón, sobre un pequeño escenario, veo a Jorge y a Pablo, ambos increíblemente atractivos con sus chaqués de color negro.

Caminamos despacio entre la gente. Lolo va saludando a todo el mundo mientras tiro de él con disimulo para llegar hasta la primera fila, donde su madre y el resto de su familia esperan impacientes.

Los segundos que siguen son angustiosos para mí. No sé lo que va a pasar cuando Lolo descubra a su madre entre los invitados.

Cuando por fin sus miradas se encuentran, Lolo mira a su madre con auténtica sorpresa mientras que ella le devuelve la mirada con sus vivos ojos azules. Ninguno reacciona inmediatamente y los segundos se hacen eternos.

—¿Mamá? —pregunta Lolo atónito ante el descubrimiento.

—¿No vas a abrazar a tu madre? —dice Lucía rompiendo su silencio y Lolo con los ojos húmedos por la emoción abraza a su madre después de muchos años sin verse.

Suspiro aliviada y noto que mis ojos también se humedecen por las lágrimas ante la escena que estoy contemplando.

Cuando por fin nos reunimos con Jorge y Pablo, no puedo apartar los ojos de este último. Envidio a mis amigos por estar allí, a punto de unir sus vidas a la persona que aman sin ninguna duda que lo empañe todo.

No puedo concentrarme en las palabras del maestro de ceremonias, solo tengo ojos para Pablo. Sin embargo, el apenas me mira, sus ojos solo se cruzan con los míos un instante y enseguida aparta la mirada. Estoy tan ensimismada que ni siquiera oigo a Lolo cuando me habla.

—Charlotte, por favor, ¿dónde tienes la cabeza?

—¿Cómo? —pregunto bajando de la nube y volviendo a la realidad.

—Te toca hablar —dice mi amigo.

—Sí, claro, ya voy.

Había escrito y memorizado un pequeño discurso en honor a mis amigos, pero me quedo en blanco y no soy capaz de recordar una sola palabra. Carraspeo, me tomo unos segundos, vuelvo a carraspear y miro a Lolo, que parece atónito ante mi repentino mutismo.

—Ejem, ejem... —carraspeo por tercera vez—. Como todos los aquí presentes sabéis, Lolo y Jorge no solo parecen la pareja ideal, sino que son la pareja ideal. Se conocieron hace poco más de un año y, aunque no comenzaron con buen pie, decidieron darse una oportunidad y no dejar escapar lo bueno que les ofrecía la vida —Lolo me mira sorprendido, no era este el discurso que tenía preparado y él lo sabe porque lo ha leído un millón de veces—. En la vida hay que ser valiente, dejarse llevar y disfrutar del presente como si no existiese un mañana. Esto que parece tan obvio, no lo es para todo el mundo y a veces nos comportamos como auténticos cobardes rechazando oportunidades únicas que tal vez jamás vuelvan a repetirse —y ahora mi mirada se dirige a Pablo que me escucha con atención—. Hoy quiero decir a todos los presentes que cuando creáis haber encontrado el amor, abráis las ventanas de vuestro corazón de par en par y lo dejéis entrar.

El amor es algo único, nos ofrece la posibilidad de ser felices y de compartir con quienes amamos todo aquello que somos —pero un momento para tomar aire y vuelvo la mirada hacia Lolo y Jorge—. Así que, ya sabéis, si el amor llama a vuestra puerta, dejadle entrar. Nunca os arrepentiréis.

Lolo sigue mirándome con incredulidad y la cara de Pablo es indescifrable. Quizá he hecho un enorme ridículo, pienso, pero todo el mundo comienza a aplaudir y el aplauso acaba convirtiéndose en una gran ovación. Entonces bajo del atril y cedo la palabra a la hermana de Jorge.

—Charlotte, nena, nunca conseguiré entenderte —me susurra Lolo—. ¿Era eso una declaración de amor?

—Por supuesto —respondo muy segura de mí misma, aunque no sé si llega demasiado tarde.

Cuando la ceremonia acaba y todo el mundo se acerca a felicitar a los novios, aprovecho que nadie me echará de menos en los próximos minutos y salgo al jardín para tomar el aire.

No sé si Pablo se habrá dado cuenta de que mis palabras iban dirigidas a él. No he podido descifrar su mirada y cuando todo ha terminado, no ha hecho ningún ademán de acercarse a mí. Supongo que he llegado tarde y no hay nada que hacer, pero tenía que intentarlo.

—Charlotte, cariño, ¿qué haces aquí? Vas a coger una pulmonía el día de mi boda —me dice Lolo poniéndome su chaqueta sobre los hombros—. Así que ha vuelto la mujer valiente dispuesta a arriesgarse.

—¿Cómo he podido ser tan idiota? Estoy enamorada de un hombre maravilloso que me corresponde y por culpa de mi inseguridad y un montón de dudas absurdas quizá le he perdido para siempre.

—¿Por qué no se lo preguntas a él?

—Lo haré, pero no ahora. No quiero arruinar vuestro día. La gente debe estar preguntándose donde estás.

—Gracias por traer a mi madre —dice cogiéndome de la mano—. Ha sido toda una sorpresa verla aquí. Pensaba que era algo imposible.

—¿Cómo sabes que he sido yo?

—Charlotte, solo tú puedes haber hecho una cosa así.

—No lo creas. Marga, Jorge y Pablo...

—No sigas —dice poniendo un dedo sobre mis labios—. Gracias, de verdad.

—Está bien, acepto tu agradecimiento y ahora, ¿no crees que deberías

estar con ella? Tenéis muchas cosas que contaros.

—Está conociendo a Jorge y sometiéndole al tercer grado —dice soltando una carcajada.

—En ese caso deberías ir a rescatarle —sonríe pensando en el interrogatorio al que Lucía estará sometiendo a Jorge.

Cogidos del brazo, Lolo y yo cambiamos el bonito jardín por la calidez del interior del convento.

Todo se desarrolla según lo previsto. La comida es deliciosa, el servicio funciona de maravilla y todo el mundo parece estar divirtiéndose.

Cuando llega el momento de la tarta, mi expectación es tal que consigo poner nervioso a Lolo que es el único que la ha visto cuando la han traído esta mañana. Lolo cambió de parecer en el último momento y en lugar de la tradicional tarta de bodas de varios pisos optó por una elaborada obra de arte en forma de cámara fotográfica en honor a su marido.

Cuando los camareros aparecen empujando el carrito y se apartan a un lado para que los recién casados hagan el tradicional corte de tarta, todos los presentes se sorprenden ante la visión de una enorme cámara fotográfica hecha de mazapán, chocolate y nata.

Jorge mira la tarta y a Lolo alternativamente sin poder dar crédito a lo que ve, mientras Lolo, cada vez más nervioso, le pregunta si le gusta la sorpresa.

—Me encanta, cariño. Es preciosa —le responde este dándole un suave beso en los labios.

Tras el postre hacemos un brindis con el champán elegido por los novios para la ocasión y después, como no podía faltar en cualquier boda, la orquesta contratada por los novios anuncia el primer baile.

En lugar del típico vals, Lolo ha elegido una de sus canciones favoritas, *Forever Young*, de Alphaville, que la orquesta comienza a interpretar inmediatamente.

Jorge y Lolo bailan abrazados, uniendo sus caras y sus cuerpos que ahora son un solo cuerpo. Durante todo este tiempo he visto como su historia de amor crecía hasta convertirse en algo sólido y duradero, y de nuevo no puedo evitar sentir envidia por su valentía.

Cuando el baile acaba, todos los presentes aplaudimos, incluida la madre de Lolo, que parece estar divirtiéndose mucho y ha pasado gran parte de la comida hablando con los padres de Jorge, una pareja encantadora que siempre ha apoyado a su hijo.

Para mí llega el peor momento, ese en el que todos comenzarán a bailar mientras yo deambularé de un lado a otro, sin pareja, mirando desde lejos a Pablo y deseando estar entre sus brazos. Pero los músicos hacen un nuevo anuncio.

—Antes de seguir adelante y a petición de los novios, esta canción es para Carlota y Pablo, los padrinos.

Cuando comienzan los primeros acordes reconozco enseguida la canción. Se trata de la canción *Up where we belong*. Me entran ganas de reír, sé que la última escena de la película *Oficial y Caballero* es una de las preferidas de Lolo y ni siquiera debería sorprenderme ante este derroche de romanticismo.

Lolo me empuja hacia el centro de la pista de baile mientras Jorge hace lo mismo con Pablo. Nos dejan solos, a tan solo unos centímetros de distancia, mirándonos fijamente pero sin atrevernos a dar el primer paso. Busco a Lolo con la mirada y este me hace un gesto con la mano indicándome que me lance y comience a bailar con Pablo.

Todo el mundo está pendiente de nosotros y mortalmente avergonzada avanzo los últimos centímetros que me separan de Pablo.

—¿Quieres bailar conmigo? —le pregunto con la voz a punto de quebrarse.

Pablo no responde, pero me coge por la cintura y me aprieta contra él fuertemente. Alzo los brazos y los coloco alrededor de su cuello mientras apoyo la cabeza sobre su pecho.

Lentamente comenzamos a movernos por la pista al ritmo de la música.

«Por fin estoy en casa», pienso. Me siento igual que aquel primer día en que nos conocimos. A salvo, segura y en casa.

Todo acaba demasiado rápido. Cierro los ojos deseando que las cosas sean de otro modo y que mi estupidez no hubiese acabado con algo tan bueno.

Pablo se separa de mí. Todo ha terminado e incapaz de soportarlo un solo minuto más, me alejo de él en dirección a ninguna parte.

Fuera del salón miro hacia uno y otro lado buscando un lugar donde tranquilizarme lejos de la mirada de todos.

Sé que podría haber aprovechado el momento para hablar con Pablo, seguramente ese ha sido el objetivo de nuestros amigos al dedicarnos la canción, pero no he tenido el valor de hacerlo. Todo el mundo nos estaba observando y no quería hacer una escena delante de nadie.

Durante todo el día Pablo apenas me ha dirigido unas pocas miradas. Me

lo merezco, se que fui yo quien se marchó de su casa dejándole con la palabra en la boca y poniendo fin a nuestra relación. Sin embargo, no puedo dejar de pensar que una sola mirada, una palabra, hubiesen sido suficiente para lanzarme al vacío.

Me apoyo contra la pared que hay junto a un gran ventanal que da a los jardines del convento. Ya ha anochecido y afuera todo está envuelto en una densa niebla.

Me estremezco de frío y una vez más alguien coloca una chaqueta sobre mis hombros con suavidad. Pero esta vez no es Lolo, reconozco este aroma, sé que podría distinguirlo entre un millón.

—¿Prefieres que te deje sola? —pregunta Pablo que se encuentra detrás de mí.

—No. Quédate, por favor —le pido volviéndome hacia él.

Pablo asiente con la cabeza y se coloca a mi lado, apoyándose contra el gran ventanal. Sé que esta es mi oportunidad, quizá la única, y no pienso desaprovecharla.

—No sé si podrás perdonar mi comportamiento alguna vez. He sido una estúpida y lamento profundamente haber estropeado lo que había entre nosotros —comienzo a decir—. No tengo ninguna explicación para lo que he hecho. Sólo puedo decir que estaba muerta de miedo y en lugar de quedarme a tu lado y decirte cómo me sentía decidí marcharme y estropearlo todo.

—Hablas en pasado —apunta él—. Solo han pasado unos días y supuse que necesitabas algo de tiempo para pensar.

—¿Por que eres tan bueno? Me he portado como una auténtica arpía, he provocado un daño innecesario y tal vez irreparable en nuestra relación y tú me dices que suponías que necesitaba algo de tiempo para pensar —le digo sintiendo que mi voz comienza a quebrarse.

—¿No es así?

—Creía que sí, pero en realidad nunca lo he necesitado —le confieso, ahora completamente segura de lo que siento.

—Eso significa que...

—Eso significa que todo ese tiempo sabía lo que sentía por ti —le interrumpo.

—Sigues hablando en pasado.

—Todo ese tiempo te he querido. Te quiero, Pablo. Estoy enamorada de ti. Eres el hombre de mi vida y nada me gustaría más que compartirla

contigo. No importa si eso significa casarme contigo, vivir contigo o cualquier otra cosa que se te ocurra siempre que estemos juntos.

Pablo se queda callado al oír mis palabras. Una vez más no logro descifrar su mirada. La oscuridad me impide ver con nitidez sus ojos y sus labios no sonrían como siempre. Siento el corazón desbocado. Por mi mente pasan mil imágenes de mi vida sin Pablo. Despertar sin él. Acostarme sin que él esté a mi lado. No volver a hablarle ni a escucharle. Y esa vida me parece insoportable.

—Todos tenemos dudas —dice al fin Pablo—. A veces.

Escucho sus palabras con avidez, intentando comprender todo su sentido y no malinterpretarlas.

—¿Tú también? —le pregunto sorprendida ante su confesión.

—Yo también —me asegura y siento que mi corazón vuelve a acelerarse ante sus palabras.

—¿Quieres decir que tú también tienes dudas ahora?

—No. Ahora no tengo ninguna duda.

Cuando su silencio me envuelve de nuevo siento una horrible opresión en el pecho que se llama miedo. Temo que todo esté perdido y no puedo dejar de culparme por ello. ¿Cómo va a confiar en mí de nuevo después de lo que he hecho?

Pablo se acerca a mí y yo levanto la cabeza para mirarle. Nuestros labios quedan a solo unos centímetros de distancia, pero en este momento a mí me parecen kilómetros.

Cierro los ojos, esperando sentir sus labios sobre los míos, y aunque los segundos parecen transformarse en siglos, finalmente Pablo me besa.

Todos mis miedos, todas mis dudas se desvanecen y en su lugar solo quedamos Pablo y yo, nuestros labios que parecen devorarse intentando recuperar el tiempo perdido y nuestras manos buscándose en la oscuridad.

—¿Significa esto que me perdonas? —le susurro.

—No hay nada que perdonar, pero no vuelvas a hacerlo —me advierte muy serio aunque veo que sus ojos ríen.

—No lo haré. Te quiero demasiado para arriesgarme de nuevo a perderte —le prometo.

—Yo también te quiero —me susurra al oído provocando que la piel de todo mi cuerpo se erice.

—¿Hasta que la muerte nos separe? —le pregunto

—Hasta que la muerte nos separe —me asegura él volviendo a besarme.

—Charlotte, cariño, ¿se puede saber dónde demonios te habías metido? — pregunta Lolo apareciendo ante nosotros, y ambos nos miramos y comenzamos a reír a carcajadas.

Epílogo

Quizá no pueda compararme con la bella protagonista de una de las novelas románticas que sigo devorando con auténtica avidez. Probablemente ella y su caballero de brillante armadura a estas alturas vivirían felices para siempre, rodeados de preciosos bebés en un lugar de ensueño. Pero eso no significa que mi historia de amor, o mejor dicho, nuestra historia de amor, la que Pablo y yo escribimos cada día, no sea tan magnífica como cualquier otra.

Tras la boda de Jorge y Lolo dejamos nuestros minúsculos apartamentos y nos trasladamos a un piso algo más grande. No tan ostentoso como en el que viví con Hugo, por supuesto, pero tiene una preciosa terraza que al llegar la primavera se transforma en un auténtico paraíso, nuestro Jardín del Edén. Y lo más importante es que soy más feliz de lo que jamás había soñado.

Pablo es, sin ninguna duda, el hombre que decía ser, el que conocí aquel primer día en que nos encontramos y que me ofreció su ayuda sin pedir nada a cambio.

La demanda que presenté contra JP Gestión gracias a Pablo siguió su curso y, afortunadamente, la gané en un juicio en el que la empresa dejó patente que mi despido no se debió a ninguna causa económica que supusiera pérdidas, sino a la avaricia de un grupo de personas que aprovecharon la oportunidad que la crisis económica y la nueva legislación laboral ofrecían.

La empresa de la que Marga y yo somos socias va bastante bien a pesar de la crisis. Tal vez nunca seremos ricas, pero nos permite ganar un sueldo digno y dar empleo a otras dos personas por ahora. Hemos tenido que invertir en formación y también en software para adaptarnos a los nuevos tiempos y a las necesidades de los clientes, pero ha sido algo tan divertido como necesario.

Marga ha conseguido su objetivo, salir de la monotonía en la que llevaba inmersa muchos años y trabajar en algo que le divierte y le da enormes

satisfacciones. Ahora sale asiduamente con las chicas y conmigo, y con la ayuda de Lolo ha conseguido transformar su fondo de armario compuesto básicamente por trajes grises y tan monótonos como su antigua vida, en ropa moderna y sofisticada. No parece la misma mujer que conocí hace unos años e incluso ha conocido a un misterioso y atractivo hombre de negocios con el que la relación parece ir viento en popa a toda vela.

Respecto a Hugo, poco puedo contar. Tras la denuncia que presenté contra él y que se saldó con un juicio de faltas y una multa económica irrisoria, no volvió a molestarme y aunque ha sido inevitable que nos crucemos de vez en cuando, pues sigue siendo vecino de Lolo y Jorge, ni siquiera ha dado muestras de conocerme y yo no he hecho nada por evitar esa situación.

Nuestra historia de amor en realidad no fue tal. Podría compararla con esos bonitos fuegos artificiales que estallan en el cielo convirtiéndolo en algo diferente por un instante, pero después, una vez que han mostrado todo su esplendor, se desvanecen en el cielo sin dejar rastro alguno.

Nunca fue una relación de igual a igual como la que tenemos Pablo y yo, en la que cada uno contamos y somos importantes tanto juntos como individualmente.

Jorge y Lolo están más enamorados que nunca. Es una delicia contemplar cómo su relación crece y madura día tras día. Jorge es la seriedad y la cordura mientras que Lolo le da a la relación ese toque de magia y locura que tanto le caracterizan. Y por supuesto siguen celebrando asombrosas cenas en la terraza de su ático a las que, afortunadamente, siempre estamos invitados.

La vida de mis amigas también ha experimentado importantes cambios.

Bea acaba de casarse hace tan solo un par de semanas. Fue una boda relámpago, como todo lo que ella hace, llevada por esa filosofía suya bajo la que todo lo engloba «rápido y de un tirón», que descubrió un día mientras se hacía la cera en las ingles y que después decidió aplicar a cada faceta de su vida. Sin embargo, es una de las bodas más entrañables y a la vez más divertidas a la que he asistido nunca.

Silvia va a ser mamá dentro de poco. Está tan enorme que a veces temo que vaya a salir volando como un globo y tan feliz como jamás la había visto. Pero a pesar de su embarazo y felicidad no ha dejado de salir con nosotras en ninguna ocasión y siempre bromeamos con la idea de que el bebé nazca en una de nuestras noches de juerga.

Ana fue despedida de su trabajo hace unos meses y Marga y yo, que

buscábamos a alguien para ocuparse de la gestión de la empresa mientras nosotras realizamos el trabajo de campo, decidimos contratarla. ¿Quién mejor que Ana, con su flamante título en Administración de Empresas, su fluido inglés y sus enormes conocimientos y experiencia? Pero lo más importante, aunque aún no nos lo haya confesado, es que su relación con Javier, nuestro otro empleado, va más allá de la de simples compañeros. O quizá sean solo las ganas que tengo de ver la vida de color de rosa y el amor brillando en todo su esplendor por doquier.

En cuanto a América, apenas he vuelto a tener noticias de su vida. Sé que abrió una peluquería en nuestro antiguo barrio, muy cerca de donde trabajaba y que le quitó parte de la clientela a su jefe. Desde que ella se marchó de mi vida solo me han pasado cosas buenas. No solo he estrechado los lazos con mis amigas de siempre, sino que junto a ellas, Lolo y Marga, he descubierto el verdadero sentido de aquella frase que tantas veces había dicho pero cuyo verdadero significado aún no conocía: la amistad está por encima de todo.

—¿Qué haces? —pregunta Pablo saliendo de la ducha con una toalla alrededor de la cintura.

—Estaba pensando en nosotros y en lo mucho que ha cambiado mi vida desde que te conocí.

—Aún podría cambiar más —me dice enigmático.

—¿Crees que aún podríamos ser más felices?

—Podríamos retomar aquella conversación que dejamos a medias hace meses en la que yo hablaba de ciertos planes y tú salías corriendo—dice sentándose a mi lado en la cama.

—¿Estás hablando de...de...?

—Carlota, ¿quieres casarte conmigo?

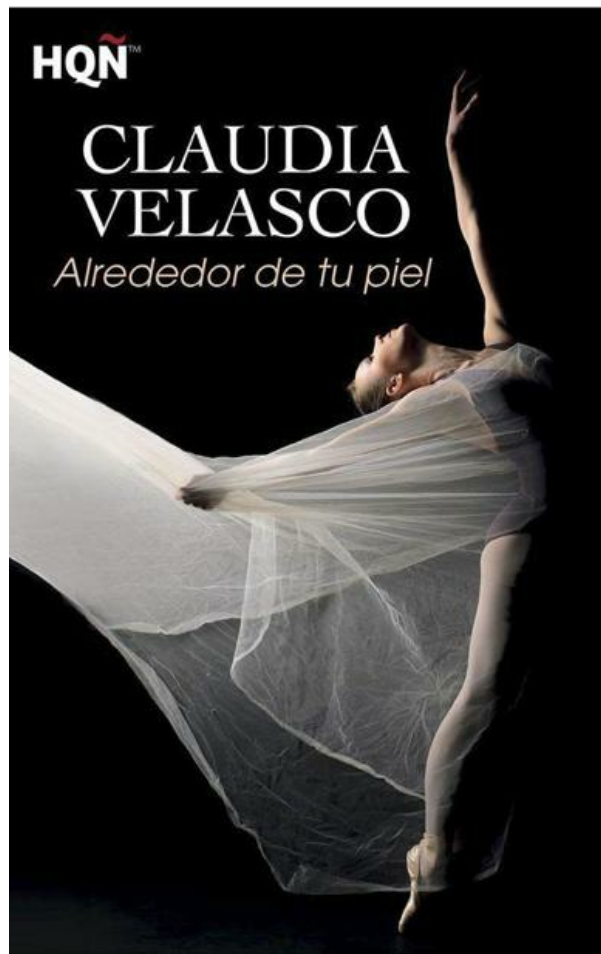
Su pregunta me deja sorprendida de nuevo. No tengo ninguna duda respecto a nuestra relación o respecto a lo que sentimos el uno por el otro. Y, por supuesto, esta vez no pienso salir corriendo, pero no esperaba su proposición en este momento.

Le miro a los ojos intentando sumergirme en ellos. ¿Acaso no fui yo quien dijo aquello de «hasta que la muerte nos separe?» ¿No es eso precisamente lo que sigo pensando ahora?

Sonrío para tranquilizarle y me acerco a él buscando sus labios.

—Sí, quiero —susurro sobre sus labios sin ninguna duda, antes de sumergirme del todo en sus bonitos ojos azules.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com